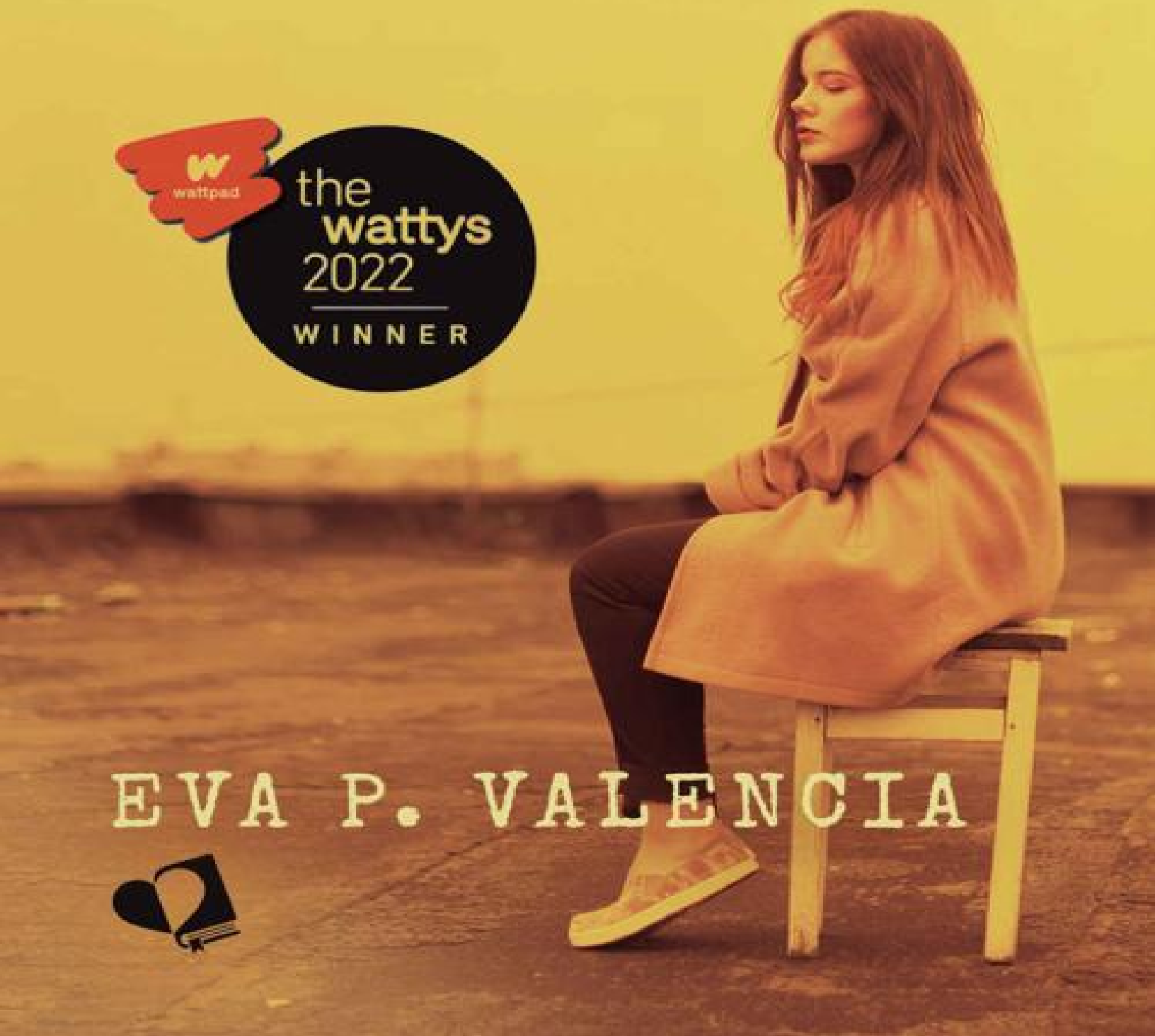
# Valentine

Por la autora de la bilogía
*Un millón de nosotros*




EVA P. VALENCIA

# VALENTINE

Eva P. Valencia



**VALENTINE**

ISBN: 9788419941152
ISBN ebook: 9788419941725

Derechos reservados © 2024, por:

© del texto: Eva P. Valencia
© diseño cubierta: Eva P. Valencia
© de esta edición: Colección Mil Amores.
Lantia Publishing SL CIF B91966879

*MIL AMORES es una colección especializada en literatura romántica y libros sobre amor publicada por Editorial Amoris - Lantia Publishing S.L. en colaboración con Mediaset España.*

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3ª Planta.
41001. Sevilla
info@lantia.com
www.lantia.com

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a info@lantia.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mi hijo, siempre.*

# Prólogo

Cuando Eva me propuso escribir el prólogo para *Valentine*, quedé en estado de shock.

1. Jamás pensé merecer este honor.
2. *Valentine*, sin duda, es la mejor para mí, la que más ha removido mis sentimientos hasta ahora.

Descubrí a Eva y sus libros en una época muy dura y triste para mí. Su libro *Otoño en Manhattan* me enganchó. Busqué sus libros y... me conquistaron totalmente. Sus historias fueron un balón de oxígeno para mí, lograron sacarme muchas sonrisas y risas con cada uno de ellos. A través de mensajes en redes, contacté con ella hace más o menos un año. Una persona encantadora, simpática, alegre, todo corazón. Si como escritora es un 10, como persona es matrícula.

Encontré a *Valentine* en Wattpad, bastó comenzar a leer las primeras líneas para atraparme, envolviéndome en su historia.

*Valentine*, la principal protagonista, desde que nació creció sin cariño y ha llevado una lucha constante por sobrevivir, dando lecciones sin saberlo a quienes la conocen.

Es una historia en la cual cuatro vidas se cruzan, vidas distintas con formas diferentes de vivirla y gestionarla, cuatro corazones que, sin saberlo, se encuentran. Una historia bien estructurada, con un lenguaje claro y conciso que atrapará y removerá sentimientos y reflexiones en quienes la lean. Merecida ganadora del premio Wattpad 2022, se ganó el respeto y el corazón de cientos de lectores. El mío lo conquistó por completo, ya que leí la historia varias veces.

Por último, os dejo una frase que los marcará como me ha marcado a mí:

«Lo importante no es el tiempo que vivas, sino la calidad de ese tiempo que compartas.» Gracias mil veces, Eva, por darme este gran honor. Gracias por tus historias llenas de sentimientos.

*Una Loka salmantina, Marisa Amado R.*

# PRIMERA PARTE
# VIDAS CRUZADAS

# 1

No hay camino para la verdad, la verdad es el camino.

*MAHATMA GANDHI*

*Valentine Dunne*
*Madrugada del 20 de octubre de 2017*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

Eran cerca de las dos de la madrugada y el local estaba completamente vacío salvo por un par de individuos; uno alto y delgado con el rostro granujiento y otro corpulento con la frente empapada en sudor.

Al parecer, estaban inmersos en una distendida charla sobre algo que debía ser gracioso a juzgar por la expresión de sus exagerados aspavientos de brazos.

Ambos cenaban con total parsimonia sin sospechar que cerca, a sólo unos metros más al fondo y sin quitarles la vista de encima, alguien les lanzaba aojamientos con cara de pocos amigos.

Por cierto, ese *alguien* era yo, Valentine Dunne.

De nuevo observé la hora en el reloj de cuarzo retro que pendía de un cable de cobre; esta vez hastiada, irritada… desesperada, mientras que un maldito mantra bombardeaba mi cabeza sin cesar: «Bobby Taylor me va a matar…, Bobby Taylor me va a matar…, Bobby Taylor me va a…»

—Valentine… —oí decir justo a mi espalda, al otro extremo de la barra y dejé de mordisquearme la uña del pulgar—, no te angusties, ya cerraré yo el local.

En aquel momento, alcé las cejas y miré a Pipper. Ella había captado toda mi atención.

—Venga, recoge tus cosas y márchate a casa. Sabes de sobra que en la mía no hay nadie que me espere despierto.

Le sonreí con condescendencia y con los labios apretados, conteniendo mi exasperación al tiempo que experimentaba una gratitud inmensa hacia ella, quien desde siempre, había sido conocedora del fuerte temperamento de mi marido en determinadas circunstancias y el llegar tan tarde a casa, sin lugar a dudas, era una de ellas.

Pipper Ortiz era la propietaria del Dreams & Coffee Bar. Una cafetería cuyo principal reclamo turístico era servir menús por menos de seis dólares, además de la extensa variedad de sus cafés, zumos e infusiones. Estaba ubicada en el barrio histórico de Bedford-Stuyvesant, más conocido durante décadas por ser el centro cultural de la población afroamericana de Brooklyn, por sus casas de piedra bien cuidadas y por sus escaparates desarreglados.

Ella, era una mujer hispana de mediana edad, de pelo lacio y azabache que acostumbraba a llevar recogido con horquillas. A veces en una trenza lateral (dándole un toque más bohemio) y

otras en un moño bajo informal, pues le incomodaba el continuo cosquilleo que le provocaban los mechones en su cara. Era de nariz chata y ojos oscuros, que a su vez eran discordantes con sus pómulos redondos e involuntariamente sonrojados.

Cabe añadir que, era una buena mujer, con sus defectos y sus enormes virtudes. Noble, leal y de acérrimas creencias religiosas.

Sencillamente, ella era alguien en quien se podía confiar, en quien podía confiar. Después de todo, la consideré una verdadera amiga desde el mismo instante en que la suela de mis deportivas Adidas pisaron aquel mugriento suelo de linóleo.

—Gracias, Pipper. —Doblé el trapo húmedo con el que estaba repasando la superficie de la barra y, tras secarme las manos en el delantal, le acaricié el hombro con afecto— Te lo agradezco en el alma.

—No hay de qué, preciosa. —Me sonrió con dulzura, de igual forma que lo haría una madre. O… como siempre había imaginado que lo haría una madre en el hipotético caso de haber tenido una. La mía, por desgracia, falleció al poco de yo nacer (momento en el que empezó todo mi calvario)— Y no olvides coger tu parte de las propinas. Recuerda que hoy es viernes.

—Cierto… Ya sabes que ese dinero lo necesito como agua de mayo, —suspiré aliviada con la mano en el pecho tras mencionar ese hecho— Matt necesita con urgencia que le compre unas bambas nuevas.

Sin demorar más la espera, desenrosqué la tapa y metí la mano en el recipiente de cristal. Un tercio de la recaudación, esa era la parte que me tocaba de las propinas. Exactamente: ochenta y tres dólares con veinte centavos.

Guardé los billetes y las monedas en el bolsillo trasero de mis vaqueros y, a continuación, me vestí la cazadora de piel de imitación barata para salir como alma que lleva el diablo sin descuidar un solo segundo.

Mientras me dirigía calle abajo hacia mi casa (una típica *brownstones* de finales del siglo diecinueve, terraplenada, que, a pesar de que ésta se cayera a pedazos, no podíamos reformar por culpa de la dichosa hipoteca de interés variable que nos había concedido el banco y que nos estaba asfixiando a marchas forzadas…), iba pensando en el uso que iba a darle a esos *pavos* extras. Lo primero: las bambas para Matt y después: algunos bistecs de carne roja. Hacía demasiados días que nuestro organismo necesitaba con urgencia nutrirse de proteínas, hierro y creatina... y no sólo de la insana comida precocinada.

Era un trayecto corto, no más de quince minutos a pie y silencioso. El vecindario a esas horas de la madrugada permanecía inquietantemente silencioso y con varios tramos oscuros, esos de acceso a los sombríos callejones sin salida.

Al llegar, me paré frente a la entrada de la vivienda antes de subir las escaleras, pues sentí que alguien me observaba al otro lado de la calle.

Miré en esa dirección.

Estaba segura de que no era uno de mis vecinos. Acostumbraba a mantener conversación con la mayoría de ellos y su semblante no me resultaba familiar, sino todo lo contrario, era el de un

hombre que no había visto nunca.

Me estremecí.

Un súbito escalofrío recorrió el largo de mi espalda sin poder apartar la vista de aquel desconocido.

De repente y sin motivo aparente, dejó de analizarme. Se giró sobre sus talones y echó a andar perdiendo su rastro al doblar la primera esquina a la derecha.

Tragué saliva antes de ascender los peldaños de dos en dos, entrar en casa, cerrar bajo llave y echar los cerrojos. Tres, para ser exactos. En esta vida nunca se es demasiado precavida…

En cualquier caso, seguí vigilando un rato más a través de la mirilla y cuando me cercioré de que ningún sujeto sospechoso seguía merodeando por los alrededores, deposité las llaves en la bandeja de encima el tapete de ganchillo y me descalcé.

Fue entonces cuando inhalé el aroma rancio a cerveza y cigarrillos que provenía del salón y que me estaba atravesando la garganta por doquier.

Encendí las luces y escudriñé la estancia a conciencia.

Sin entrar mucho en los detalles, habían restos de pizza por todas partes, varias latas de cerveza de oferta estrujadas con la mano o con el pie, eso nunca se sabía. Una de ellas goteaba, manchando la alfombra del *Ikea*. Un calcetín sucio estaba enganchado a una de las lágrimas de la lámpara del techo (deduzco que Bobby estaría aburrido y probó a hacer canasta entre trago y trago o entre calada y calada). La televisión a todo volumen emitiendo un anuncio de coches con la canción *Starman* de David Bowie como telón de fondo y mi jarrón favorito (un precioso regalo de mi boda) hecho añicos y esparcido a trocitos por el suelo.

Y… en mitad de aquel caos, Bobby tirado en el sofá. Durmiendo a pierna suelta mientras resollaba con la boca abierta dejando un reguero de saliva mojando el cojín.

Iba vestido con la misma indumentaria de estar por casa de los últimos meses: unos calzoncillos viejos y una camiseta de tirantes desgastada dejando al descubierto aquellos tatuajes *talegueros* que tanto detestaba.

Puse los ojos en blanco e hice una mueca en señal de disgusto.

¡Otra vez la casa patas arriba…!

Para entrar en antecedentes, os diré que Bobby Taylor, mi marido y padre de la criatura, trabajó de forma ocasional en distintos oficios: de pintor, de mecánico, de mensajero, de reponedor de supermercado… Y, ¡en cientos puestos más! Hasta que perdí la cuenta.

Hacía cerca de cinco meses que se había quedado sin empleo por culpa de su *habitual* conducta agresiva. Aún recuerdo como si fuera ayer cuando se presentó en casa con la mano fracturada por culpa de haber asestado varios puñetazos al hijo del jefe.

Síiiiii, lo sé, él lo sabe y todo el mundo sabe que esa es una de las principales normas que jamás se han de quebrantar pues el hijo del jefe es hierático. Es decir: in-to-ca-ble. ¡Él y los demás grados parentescos!

Tras ese incidente, sucedieron otros: una retahíla de tormentosos episodios a cual peor…

Un claro ejemplo fue lo sucedido a finales del año pasado cuando Matt se encontraba en la escuela y yo sirviendo menús en Dreams & Coffee Bar. Pues bien, Bobby tuvo la desafortunada idea de sorprenderme con una cena romántica por nuestro sexto aniversario de boda, sin sospechar que estaba a punto de fastidiarlo todo.

Se empeñó en jugar a las cocinillas y experimentar, cuando jamás había frito un huevo en toda su vida. El nuevo *gurú* culinario (que así fue como lo bauticé), convirtió nuestra cocina en un completo infierno.

¡Dios mío, esto es un infierno! Al más puro estilo *Rambo*.

Abandonar la sartén con el aceite ardiendo para fumarte un pitillo mientras vas al baño y echas una partida al solitario, no es una buena idea. Pero si me apuráis, aún es peor planteamiento el de echar a correr con los pantalones bajados, trastabillar y caer de bruces contra el suelo mientras tratas de levantarte y de sofocar las llamas lanzando generosos vasos de agua por doquier…

Al fin y al cabo, es de culturilla general saber que hubiese bastado con colocar la tapa sobre la sartén y así privar al fuego de oxígeno.

Pero Bobby no lo hizo.

Bobby no es ese tipo de gente.

Bobby primero actúa y luego piensa.

Con esa anécdota queda claro que, el día en el que en clase hablaron del filósofo René Descartes y su célebre «cogito ergo sum» o «Pienso luego existo», Bobby hizo pellas.

Por consiguiente, la campana extractora, las cortinas y varios muebles de madera de pino fueron para tirar. Todo quedó inservible. ¡Una verdadera ruina!

Así pues, al final la dichosa cena sorpresa resultó ser bastante cara: una cocina nueva que no nos podíamos permitir y un nauseabundo hedor a humo impregnado en las paredes, en los techos y en las cortinas que nos acompañó por toda la casa los meses posteriores, como si se tratara de nuestra propia sombra.

Moraleja de esta historia: al final resultó ser más caro el caldo que las albóndigas.

Aun así, quisiera que constara una cosa en acta: sé que su intención desde el principio era buena pero, llegados a ese punto, pienso que la mejor opción en la vida es ser prácticos, pues él sabía que me hubiera conformado con un simple perrito caliente en cualquier *food-trucks* callejero.

Caminé de puntillas, serpenteando los trozos de pizza que había esparcidos por el suelo junto al sofá. Traté de no pisar ninguno, craso error.

Al llegar junto a él, me encorvé y después susurré su nombre.

—Bobby…

Le concedí diez segundos de rigor antes de intentarlo de nuevo.

Un nuevo asalto:

—Bobby… despierta.

Un gruñido ronco, seguido de otro.

Silencio.

Toqué su hombro. Justo entonces se removió, sólo un poco. Lo necesario para hurgar bajo su camiseta, rascarse el ombligo y volver a refunfuñar.

—Már-cha-chate, Valentine… déjame dormir. —Se quejó con los ojos hinchados y entreabiertos. Tenía una expresión ojerosa y cansada.

¡Odiaba tanto cuando tenía aquella apariencia de un deshecho humano!

—Venga, levántate… —insistí, esta vez rodeándole con un brazo.

Al pegar su rostro contra mi mejilla, noté el fuerte tufo a alcohol que a punto estuvo de provocarme arcadas.

—Vamos, no quiero que te quedes dormido toda la noche en el sofá. Levántate… ¡Ale! Perezoso… ¡Arriiiiiiiba!

—¿Qué hora es…? —Balbuceó.

—Tarde. Tarde para quedarse dormido en el sofá lo que queda de noche y pasar la mona.

—No he be-bebido nada… Lo ju-juro.

Alzó la mano izquierda como si ese singular movimiento tuviera algún valor legal. Por supuesto, no tardé en poner los ojos en blanco y, acto seguido, suspirar profusamente.

Demonios.

A saber quién coño se atrevió a afirmar que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad. Desde luego en el caso de Bobby, la excepción confirmaba la regla.

—Ayúdame a levantarte… ¡Pesas como un muerto! —Supliqué al tratar de cargar con su cuerpo. Unos ochenta y seis kilos el año pasado, quizá ahora llegaba a los noventa tras su hibernación del sofá a la cama y de la cama al sofá, frente a mis raspados cincuenta kilos.

Desoyendo mis palabras, aprovechó para posar su mano en mi trasero y después pellizcarlo con gracia. Pero yo, ignoré ese hecho, no estaba para jueguecitos nocturnos. Así que seguí con mi particular contienda, pero mi marido pesaba demasiado. No había manera de despertarlo ni cargar a cuestas con él.

Me encabroné. Recuerdo que insistí durante largo rato pero fue inútil, literalmente. Su nula colaboración, el cansancio que arrastraba tras tantas horas de pie sirviendo platos a ingratos y notar que se me empezaba a pinzar el nervio ciático en la parte posterior de la pierna derecha, hicieron el resto.

Abandoné.

Fui al armario, cogí una manta gruesa y le tapé con ella. Por lo que no me quedó otra opción que marcharme a la cama, sin Bobby, a sabiendas de antemano que esa no sería ni la primera ni la última vez que dormiría sola.

# 2

Un vaso medio vacío de vino es también uno medio lleno,

pero una mentira a medias, de ningún modo es una media verdad.

*JEAN COCTEAU*

*Bobby Taylor*
*Madrugada del 20 de octubre de 2017*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

Preparé el *escenario del crimen* en un periquete.

Me bastó con estrujar unas latas de cerveza y dejar que el líquido de una de ellas se derramara *motu proprio* por la alfombra. Guarrear unos trozos de pizza, fumar unos pitillos como un carretero, y… que su jarrón favorito (regalo de mis progenitores) se hiciera añicos.

Esto último no fue premeditado… lo juro. Salvo porque confieso que en el fondo tampoco me supo tan mal. ¡Era horroroso! Os doy mi palabra de honor de que era el jarrón más espantoso que había visto nunca. Dañaba la vista, lo digo en serio.

Tan pronto terminé de organizarlo todo, me quedé tumbado en el sofá, en ropa interior y la esperé.

Al cabo de una hora, la oí llegar.

Echando cuentas, calculé que debían ser pasadas las dos de la madrugada.

¡Maldita Valentine…!

Por aquel entonces me repateaba el hígado que llegase tan tarde a casa pero me mordí la lengua y guardé silencio como una tumba. De hecho, si pretendía seguir con mi propósito, con mi plan, no me quedaba más remedio que fingir estar durmiendo.

Ya habría más ocasiones para sermonearla cualquier otro día de estos…

Afortunadamente, mi esposa no tardó en desistir su intento de llevarme a la cama. En realidad, sabía que estaría tan reventada de servir platos en el bar que, más pronto que tarde, tiraría la toalla.

De modo que, una vez más, no me equivoqué.

Al poco, a hurtadillas y con sigilo, entré en nuestra habitación y me puse a examinar con minuciosidad sus pertenencias. Hurgué a conciencia en todos los bolsillos de su ropa hasta hallar lo que buscaba: la parte de las propinas. ¡Síiiiii! ¡Esos pavos iban a salvarme la puta vida!

Ni siquiera los conté pues no hacía falta ya que el tiempo apremiaba. Así que, hice una bola con los billetes y devolví el resto al lugar donde los encontré.

Justo cuando estaba a punto de marcharme, una moneda de cuarto dólar con el motivo de un águila calva en vuelo y la leyenda: «United States of America, e pluribus unum» resbaló de mi mano y cayó contra el suelo, a sólo unos centímetros de su lado, de Valentine.

Me quedé inmóvil, como una estatua de piedra, tragando saliva despacio y con las manos bastante sudorosas. Rezando a su vez, para que el tintineo del metal no la hubiera desvelado. No demasiado…

«Sigue durmiendo… Vamos, sigue durmiendo…»

Para colmo de males, primero la oí ronronear y después murmurar algo ininteligible entre los dientes. Luego, se giró, cambiando de postura. Bostezó sin abrir los ojos. Y, por último, sacó un brazo de las sábanas para seguir durmiendo.

Funcionó.

¡Cojonudo!

«El jugador Bobby Taylor dribla a un defensa, da dos pasos, salta, lanza el balón y… ¡encesta en la canasta! ¡Ooooh, yeaaaaah! ¡Síiiiii, señor…!».

2.53 A.M.

Aparqué la vieja camioneta en el lugar acordado, en Red Hook, frente a un almacén abandonado del 160 de Imlay St.

Debía reunirme con Peter Baker, un conocido corredor de apuestas (ilegales) al que le debía algunos pavos; desde mi punto de vista, nada alarmante. De todos modos, daba igual porque algo me indicaba de que estaba en racha y que mi mala suerte iba cambiar por completo. Pues por algún motivo, presentía que esa noche iba a ser memorable, igual que en mis comienzos. En mis primeras apuestas…

Entretanto, mientras esperaba, encendí un cigarrillo y di una larga calada para calmar los ánimos. Peter no tardaría en llegar, era de esos tipos que prefería que le clavaran agujas entre las uñas antes de llegar tarde a una cita. Era el colmo de la puntualidad.

Además, le conocía bien. Demasiado bien, añadiría. Como si le hubiese parido. Hacía tiempo que confiaba en él, que confiábamos el uno en el otro.

Tan convencido estaba de ese hecho que era capaz de poner la mano en el fuego sin riesgo a quemarme. Él nunca iba a metérmela doblada. Era un tipo legal. Íntegro, con clase.

Al cabo de un par de minutos, se presentó en su coche. Un Chevrolet Impala de 1961: rojo fuego, descapotable, con sus decoraciones de cromo en los tableros de la puerta, luces traseras con forma de ojo de gato…, simplemente maravilloso.

Estaba tan enamorado de esa obra de arte de la tecnología que no me hubiese importado vender mi alma al mismísimo diablo por tomarlo prestado el resto de mi vida.

Peter se acercó a paso lento.

Era un hombre bajo y algo regordete, de pelo gris y gafas de montura metálica. Tenía el mismo aspecto de siempre: la cara pálida, la prominente nariz y unas ojeras bien marcadas.

—¿Has venido solo? —Aventuré a preguntar al darme cuenta de que Sam Brown, su fiel colega, no le acompañaba como de costumbre.

—Esta vez sí, Bobby.

Fue curioso, casi anecdótico pues por algún motivo, noté cierto aire de hostilidad en el tono de sus palabras y entonces fue cuando aproveché para estudiarle a conciencia.

Al cabo de un rato llegué a la conclusión de que tal vez estaba de mal humor porque habría tenido un mal día y dejé de tener pájaras mentales por tonterías.

¡Bah! ¿Quién no ha tenido un día de perros alguna vez?

—¿Un pitillo?

Le ofrecí la caja para que cogiera uno, pero no lo hizo. Se limitó a mostrarme la palma de la mano derecha y luego guardó ambas manos en los bolsillos de su cazadora.

—Tenemos que hablar. —Aseveró.

Ese: «tenemos que hablar», aún sonó peor que su primera frase. Me tenía perdido. No sabía a qué había venido esto último. Definitivamente *algo* estaba pasando, *algo* de lo que aún no era partícipe.

—Desembucha, socio.

Le sonreí para tratar de quitar hierro al asunto, pero con frialdad, con los labios apretados pues ya empezaba a mosquearme su mala actitud. No me estaba gustando nada del rollo que iba.

A pesar de conocerle hacía demasiado tiempo, no le reconocía.

Peter carraspeó y después empezó a hablar:

—Hoy no vas a apostar.

Al oír esas palabras salir de su boca, mi rictus desapareció de golpe.

—¿Estás de broma, no? —Esta vez le interrumpí de malas formas.

¿Acaso me estaba vacilando? Lo miré como si acabase de contarme un mal chiste.

Él negó con la cabeza.

—Es un riesgo y lo sabes. —Dijo finalmente—. Un riesgo para ti pero también para mí. Y no me apetece que sigas apostando si me debes pasta. Mucha pasta. Más de tres mil pavos.

«¡¿En serio…, tanto?! —Espeté nerviosamente en mi cabeza—. ¡Joder, había perdido la cuenta de lo que debía…! Las matemáticas nunca fueron santo de mi devoción.»

Me fallaron las piernas.

Estaba metido en un buen aprieto.

Mis ojos empezaron a desbordarse por momentos, no daba crédito. El corazón empezó a irme a cien. Noté como la lengua apelmazada se pegaba al fondo de la boca.

—Vamos… ¡No me jodas, tío! ¡Sabes que te devolveré hasta el último centavo…!

Le bramé, desesperado. Algo que nunca había hecho con anterioridad porque le respetaba y mucho. Sin embargo, el muy cabrón me estaba dejando tirado, en la estacada… ¡como a un puto perro callejero!

Entonces fue cuando Peter me miró a los ojos como si sintiera lástima por mí.

—No puedo fiarte más, lo siento. —Sentenció sin titubeos. Momento que aprovechó para darme la espalda, abriéndose camino para finiquitar la charla.

De repente, me entró el pánico y le sujeté del hombro con fuerza, procurando detenerlo en su huida.

¡Maldito cobarde…!

Quise plantarle cara.

—Entonces, ¡¿qué me den por el culo? ¿Eh, Peter?!

Mis gritos aumentaron.

Notaba la mandíbula desencajada y los ojos desorbitados. Estaba fuera de mis casillas, como si estuviera loco.

—¡¿Te crees que eres el único corredor de apuestas de la ciudad?!

Permanecimos callados todo el tiempo que nos mantuvimos firmes el uno frente al otro, con el semblante amenazador y la musculación tensa.

Al poco, rompió el incómodo silencio.

—Si no hay pasta, no hay apuestas.

Se acercó aún más a mí.

Se pegó tanto a mi cara que pude oler su goma de mascar de menta.

—Parece mentira que no sepas qué es lo que ocurre llegado a este punto en las películas, Bobby Taylor.

Masticó con énfasis mientras me observaba fijamente. Luego, prosiguió:

—No te hagas el sueco. Es de cajón que no es a mí a quien debes la pasta. Yo sólo soy un mero intermediario. Nada más.

Noté un abismo bajo mis pies…

—Pero, ¿qué coño insinúas?

Quería que hablase claro, que pusiera de una vez por todas, los puntos sobre las íes y se dejara de rodeos.

Y… así lo hizo.

—Si quieres que te de un consejo… Yo de ti me preocuparía más por pagar lo que debes lo antes posible y de paso me olvidaría de seguir apostando.

»Puedo asegurarte que ellos no se van a andar con chiquitas y que muy pronto reclamarán lo que les pertenece. Es decir: tu deuda. Toda y con intereses.

Antes de que Peter se diera la vuelta y entrara en su flamante Chevrolet recién encerado, tuve la esperanza de que me dijera algo más: un lo siento, un me sabe mal, algo.

Decirme cualquier cosa que me hiciera sentir mejor… Tal vez, notar un ápice de camaradería por su parte. Pero, para mi decepción, eso nunca llegó a pasar.

Se limitó a dejarme allí, en medio de mi vulnerada nueva realidad y se marchó. Ni siquiera tuvo la desfachatez de despedirse.

A partir de ese momento, mi vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados y mi integridad física, quedaría vista para sentencia.

¡Acababa de estamparme contra un puto muro de hormigón!

Me acerqué a la vieja furgoneta.

Grité como un energúmeno y le di varias patadas a la carrocería. Me subí y empecé a dar golpes al volante y puñetazos al techo, a los cristales. Me conocía muy bien y sabía que no

pararía hasta calmar el subidón de adrenalina que recorría ferozmente mi torrente sanguíneo… o hasta que mis nudillos quedasen pelados, en carne viva.

Luego tras darle repetidos tragos a la botella que descansaba en el asiento del acompañante, me agarré la cabeza con las manos y maldije entre dientes:

«Bobby Taylor, estás jodido… muy jodido.»

# 3

Lo que haces por ti mismo desaparecerá cuando no estés,

pero lo que haces por los demás permanecerá como tu legado.

*KALU NDUKWE KALU*

*Jack Tucker*
*Madrugada del 20 de octubre de 2017*
*Upper West Side, Nueva York*

Al final resultó ser una velada entretenida, mejor de lo que esperaba.

El plan era sencillo: cenar en el barrio de Astoria en Queens y tomar wunas copas. La excusa era perfecta para que James Curtis, el compañero de trabajo de mi mujer, nos presentara a su último ligue.

Lo cierto fue que la chica no tenía un aspecto muy distinto a las anteriores conquistas: veintitantos, sureña, labios carnosos, generosas curvas, piernas kilométricas, sin demasiadas luces, falta de diálogo… risa escandalosa. Rubia, morena o pelirroja. Para James el color del pelo era algo trivial. En resumidas cuentas, era el mismo estereotipo al que él nos tenía acostumbrados.

Además, con esa nueva chica se había llevado la palma. Era como una especie de *Barbie* de plástico pero a tamaño real: pestañas postizas, uñas postizas, fundas dentales blanco nuclear, labios y pechos operados… Incluso me atrevería a señalar que había recurrido al *bótox* para hacerse algún retoque facial.

Por suerte, Julia Tucker era la antítesis a esa chica, quien, a pesar del paso del tiempo, mantenía intacto su atractivo natural.

Mi mujer era esbelta y henchía elegancia por todos los poros de su piel. Tenía el pelo rojizo y ondulado y, los ojos de un azul tan claros, que era capaz de hechizarte con sólo mirarte.

También era extrovertida, culta y tenía una mente brillante.

¡Vaaaale, vale, lo admito! Si me permitís, no todo era de color de rosa. También había una pega, si es que podía denominarse así. Siempre necesitaba que estuviera pendiente de ella. Sin embargo, lo que ella no sabía era que me complacía dedicar todo mi tiempo a cuidarla, quererla y venerarla.

Yo, en cambio, me definía como un tipo común, normalito, incluso del montón. Educado por unos padres de costumbres sencillas que me infundieron grandes valores. Eso ayudó a convertirme en quien soy a día de hoy: un hombre humilde, íntegro y familiar. Alguien que aun

sabiendo que no existe ningún manual de instrucciones que explique cómo amar a su mujer, se esfuerza día a día por hacerla sonreír.

Llegadas las tres de la madrugada, regresamos a nuestro ático, en Upper West Side. A esas horas la ciudad de Nueva York seguía despierta pues era costumbre toparse con demasiados rezagados empeñados en tomar una última copa en un bar antes de irse a la cama y con los famosos *yellow cab* recorriendo las transitadas calles.

Julia metió la llave en la cerradura y abrió la puerta de casa.

Olía a jazmín.

Desde que empezamos nuestra vida en común, ella se había empeñado en comprar flores frescas para dar un toque de perfume natural y de paso eliminar malos olores.

Las cambiaba con regularidad, según su estado de ánimo: rosas, gardenias, flor de cera… la lista era infinita.

Señaló el cuarto del baño y me dijo en un susurro:

—Ahora vengo, cielo. Dame un segundo.

Salió un par de minutos más tarde, se había dejado el pelo suelto y andaba descalza aunque seguía llevando aquel vestido ajustado sin mangas de color merengue que le había regalado el año anterior.

—Así estoy más cómoda.

Pasó por mi lado con una sonrisa ladeada y me dio un beso en la mejilla. Sin detenerse, fue al mini bar, abrió la nevera y escogió una botella de mi *champagne* preferido: el *Bollinger Brut Special Cuveé* y sirvió dos copas.

Aproveché para desprenderme de la americana y dejarme caer en el sofá; estaba rendido.

Un poco más tarde Julia se sentó a mi lado.

—¿Brindamos?

Tosí una risa.

—¿Y puedo saber a qué se debe la celebración?

Se recolocó con delicadeza un mechón tras la oreja y me miró con complicidad, con esos increíbles ojos azules que me traspasaban el alma.

—Es octubre…

—Así es, cariño. —Me eché a reír ante la evidencia—. Castañas, hojas caídas, lluvia…, Halloween…

—¿Te estás quedando conmigo?

Alcé una ceja.

—¡No, por Dios! Te juro que no adivino por dónde van los tiros.

Me miró de hito en hito, poco convencida de mis palabras. Aun sabiendo que era una calamidad recordando fechas que para otras personas eran clave pues las únicas fechas que jamás olvidaba eran: su aniversario y el de nuestra boda.

—Venga… —respiró hondo—, te doy otra pista antes de que se evaporen las burbujas del *champagne*.

—¡Dispara!

Me froté las manos, divertido.

—No se trata de un aniversario, sino de un acontecimiento importante.

Os juro que no se me ocurría nada y me fastidiaba mucho. Rastreé en mi cerebro. Repasé mentalmente hechos inmediatos, citas, reuniones… pero nada. Nada que mereciera ser destacado sobre el resto de cosas.

O…, tal vez sí.

—¿No estarás embarazada? —Pregunté con la voz entrecortada.

Ella sonrió con tristeza.

—No, Jack. —Me cogió una mano y meneó la cabeza decepcionada. Varios de sus mechones se removieron rebeldes— Ojalá fuese ese el parabién, pero me temo que no lo es…

—Ven aquí… —dije, rodeándola con un brazo y besándole despacio en la frente— No te preocupes, mi vida. Todo llegará, estoy convencido de ello.

Lo que dije pareció complacerla o, al menos en parte, porque seguía con la mirada apenada y no era de extrañar pues tenía sus razones, exactamente las mismas que las mías. Hacía un par de meses que habíamos pasado al siguiente objetivo tras dos años de intentos fallidos. Ese plan B consistía en la fecundación in Vitro.

El peor momento fue cuando el especialista nos mostró en un informe la baja reserva ovárica de Julia a sus cuarenta años y seguidamente nos informó de cómo podíamos revertir ese pronóstico. Nos advirtió que no sería fácil, pero tampoco imposible. De hecho, nos infundió ánimos y nos aconsejó dotarnos de mucha paciencia pues se trataba de un proceso largo, costoso y en ocasiones, desesperante.

Julia respiró hondo.

Debió captar el hilo de mis pensamientos y reanudó su particular juego de “adivina, adivinanza”:

—Vamos, Jack. Estoy segura de que si lo meditas sólo un poquito más, acertarás.

—Perdóname, pero es que estoy completamente perdido. —Le confesé y al mismo tiempo me sentí mal por no recordarlo, por haber pasado algo por alto, algo importante para ella.

Julia me echó un último vistazo y me vio expectante, callado e imagino que ansioso por saberlo de una vez.

Se lo pensó un segundo más hasta darse por vencida, después sonrió.

—¿Recuerdas que te comenté que en el mes de octubre se jubilaba el director general, el señor MacGregor y… que la vacante de su puesto quedaba libre?

—Espera, espera… espera.

Dejé la copa sobre la mesita y me puse en pie.

Di unos pasos alrededor del sofá, la miré fascinado desde lo alto y luego me volví a sentar a su lado.

Durante muchos años, mi esposa había trabajado duro para destacar en lo que mejor se le daba: los negocios. Y jamás me había importado quedar vislumbrado por su talento innato. Ni siquiera cuando aportaba más dinero a la economía familiar.

No soy de esos tipos que coaccionan a sus mujeres para poder llevar los pantalones en casa.

Nuestra relación se basaba en el *fifty-fifty*: igualdad y respeto en todas las decisiones que nos afectaban a nuestra vida en común.

—Enhorabuena, cariño. ¡Me alegro tanto por ti!

Le sujeté la cara para acercarla a la mía y la besé.

—Gracias, Jack. Sé que te alegras por mí, aunque eso implique menos tiempo para estar juntos…

Ella puso morritos.

—No importa, es lo que anhelabas. ¡Ahora ya lo tienes!

—En realidad, se supone que es confidencial pero… ¡Sí, la vacante es mía!

Se abalanzó sobre mí y me abrazó. Y yo pensé en lo orgulloso que me sentía de Julia.

Seamos sinceros, siempre creí que ella llegaría a lo más alto, de modo que cuando se confirmaron mis sospechas, no me sorprendió lo más mínimo. Sabía que tarde o temprano, con tesón y perseverancia, lo lograría.

Esa es la mejor sensación, os lo aseguro, el ver feliz a la persona que amas.

Julia se echó hacia atrás, apartándose de mí para ofrecerme de nuevo la copa.

—Hagamos un brindis.

Me miró con los ojos chispeantes, como las burbujas del champagne y yo le sostuve la mirada.

—Permíteme hacer los honores… —le propuse alzando la copa al aire.

—Ajá, por supuesto, cielo. —Asintió algo emocionada.

—Así, a bote pronto, brindo por la mujer más maravillosa, inteligente y cabezota del mundo. —Se me antojó decir, porque así lo sentía— Por luchar sin rendirte, por creer en ti misma y en nosotros. Y porque te quiero: esa es la principal razón.

Ambos nos sonreímos mutuamente, intercambiando miradas cómplices.

—Acepto lo de cabezota pero quisiera hacer un baño de humildad si he de aceptar lo de ser la mujer más maravillosa e inteligente del mundo… mundial.

—Lo eres, para mí. —Sentencié. Idolatraba a mi mujer, era un hecho.

En aquel momento, Julia alzó sus largas manos por encima de mi cabeza y luego las cruzó en mi nuca.

—Yo también te quiero, Jack.

—Lo sé, no me cabe la menor duda.

Y era del todo cierto pues había tenido cientos de ocasiones para demostrármelo.

—Yo lo que creo es que deberíamos celebrarlo, ¿tú qué opinas? —Preguntó en un ronroneo cadente y muy sexi.

Me besó en los labios y me mostró una mirada felina, cargada de deseo.

—Lo que creo es que debería secundar tu idea. —Respondí al instante.

Le devolví el beso aún con mayor intensidad.

Le arrebaté la copa de las manos y dejé ambas sobre la mesita. Luego, la cogí en brazos, a lo Richard Gere en *Oficial y caballero* (pero en modo casero) y nos encaminamos hacia nuestra habitación.

A medio camino, de golpe, empecé a encontrarme mal. Muy mal…

Algo no marchaba bien.

Me costaba respirar… Me estaba ahogando súbitamente.

Dejé a Julia en el suelo y con torpeza traté de desabrochar el primer botón de la camisa; sin embargo las manos me temblequeaban como si se trataran de un postre de gelatina.

—Jack, ¿qué te pasa? —Palpó mi frente— Estás muy pálido…

De repente, sufrí un tremendo dolor en la zona del pecho que pronto se extendió hacia el brazo izquierdo.

El dolor era aplastante, opresivo, como si una apisonadora me estuviera machacando el tórax.

Apoyé las manos en las rodillas, no lograba tenerme en pie, ni siquiera de recuperar el aliento.

Me asfixiaba… respiraba con demasiada dificultad.

—Jack, cariño… me estás asustando. ¡Háblame…!

La casa empezó a temblar en mi cabeza y el salón a darme vueltas como un maldito tiovivo…

¡No veía con claridad!

Cerré los ojos.

—Trata de respirar más despacio…, por favor. Voy a buscar un vaso de agua.

Julia salió disparada hacia la cocina a una velocidad apabullante y me dejó a solas un momento, el tiempo justo para que un tremendo latigazo me atravesara el corazón y de forma casi instantánea, el dolor del esternón se trasladara al cuello y después a la mandíbula.

«¡Ahhhhhhh…!»

Me llevé la mano al pecho.

¡Era horrible…, una tortura!

No había sentido nada igual en toda mi vida, era como la jodida antesala a la… muerte.

¡Estaba espantado!

¡¡Sentía que me estaba muriendo…!!

Caí de rodillas, las clavé en el suelo.

—Me… me muero…

Todo estaba ocurriendo demasiado rápido.

—¡¡Dios mío… Jaaaaack!!

El grito desgarrador de Julia fue lo último que oí antes de que mi cuerpo se desplomara contra el suelo tras perder por completo el conocimiento.

# 4

Bienaventurado el hombre que no espera nada,

porque nunca será decepcionado.

*ALEXANDER POPE*

*Valentine Dunne*
*Octubre de 2017*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

Me considero una persona capaz de soportarlo todo: adversidades, imprevistos, desgracias… Quizá se deba a la ausencia de cariño y protección por parte de unos padres que nunca tuve. O, tal vez, por residir en diversos centros de acogida y rodearme de *personajes* a los que mi existencia nunca les importó un bledo. En parte, podría dar gracias pues ello contribuyó a endurecer más mi piel y de paso, mi alma.

Lo cierto es que puedo soportar el hacer malabares con el poco dinero que tenemos para llegar a fin de mes. También puedo soportar a un marido tan gandul al que algún día de estos le explotará la vejiga por no levantarse del sofá a orinar. Incluso soy capaz de soportar el tener esa espina clavada en el corazón por no haber logrado graduarme tras quedarme embarazada de Matt, pues no era más que una niña, al cuidado de otro niño.

Pero, ojo, no me quejo.

Lo único en esta vida que logró desinflarme el alma fue cuando Matt empezó a bajar el rendimiento en clase y a sacar malas notas.

Él siempre había mostrado un carácter tímido y reservado por culpa de su deficiencia en la hormona del crecimiento (somatotrofina), obligándole a recluirse en su particular burbuja de cristal. Pero, de un tiempo a esta parte, las burlas, los insultos y los golpes, pasaron a ser su pan de cada día. Y lo que más me pesa fue que tardé meses en darme cuenta de que varios de sus compañeros de clase habían comenzado una cruel cruzada en contra de él.

Fue en ese momento cuando me dirigí al centro para realizar mis pesquisas e interponer una queja por lo que estaba ocurriendo. Sin embargo, el director Morgan y la tutora de Matt, la señorita Smith, lo negaron en redondo. Ni siquiera amonestaron a los alumnos implicados. Evidentemente, se dedicaron a hacer oídos sordos y yo me vi obligada a cambiarlo de centro escolar.

Quizás sea por ese motivo, o tal vez por otros, el caso es que tiendo a proteger en exceso a Matt. O por el simple hecho que, desde el mismo día de su nacimiento, cuando por primera vez le tuve entre mis brazos, me juré velar por su felicidad antes que la mía.

Había tres cosas que no soportaba de Bobby. La primera que fuera un zángano y una persona sin inquietudes ni ambiciones en la vida. O lo que es lo mismo: que todo le importara tres pares de narices. La segunda, que rehuyese cualquier tipo de relación con sus padres por más animadversión que sintiera hacia su progenitor. Y la tercera y la más remarcable: que mintiera más que hablara.

Pues bien, para muestra un botón. Esa misma mañana sin ir más lejos, cuando estaba lista para irme a trabajar y él seguía durmiendo a pierna suelta en la cama, extrañamente, no encontraba el dinero de las propinas. No estaba en el bolsillo trasero del pantalón tal y como lo había dejado la noche anterior.

Así pues, antes de pecar de retorcida y malpensar de mi marido. Y antes de cometer el mismo error, rebusqué entre la ropa que yacía desperdigada por el suelo para ver si se me había caído. Miré bajo la silla de mimbre y la cama. Registré minuciosamente los cajones de la mesita y del armario, uno a uno. Pero, ni rastro, al parecer se habían esfumado por arte de magia o… ¡porque alguien tuvo las manos demasiado largas!

Llegados a ese punto, era obvio de que todos los indicios apuntaban a Bobby como principal sospechoso. De modo que, aunque odiara comportarme como una regañona, tenía que preguntarle por los pavos. Entre otras cosas, porque Matt ya no podía seguir mostrando sus deditos a través de la puntera de sus bambas viejas, las cuales tenían más agujeros que el queso emmental suizo.

Respiré suavemente y me concentré para convertir mi enfado en un cordial diálogo matutino.

—Bobby… despierta.

Esperé unos segundos de rigor pero al no obtener respuesta, le sujeté del hombro y meneé su cuerpo. No demasiado. Sólo un poco. Sin embargo él, ni siquiera hizo el ademán de abrir los ojos, simplemente se dobló sobre sí mismo y enterró la cara bajo la mullida almohada.

Alcé una ceja y negué con la cabeza.

—Bobby… vamos, despierta. Necesito preguntarte algo. Luego podrás seguir durmiendo.

—Nena… estoy *sobao*… —gruñó y después soltó un ronco singulto.

«Sí, en efecto, la bebida tiene esos efectos secundarios y… terciarios —bisbiseé entre dientes.»

Bufé.

Y después rebufé.

Miré la hora en el reloj de pulsera. Era tardísimo y no quería llegar tarde a la cafetería. Por lo que no me anduve con chiquitas y le retiré las sábanas de golpe, dejándole a vista de todos, como Dios le trajo al mundo.

—¿Has fisgoneado entre mis cosas? —Le increpé al fin. Preguntándole sin delicadeza, directamente a la yugular.

Si algo me caracterizaba de entre los demás, era mi (en ocasiones) hosco temperamento. Directo como una bala y tan claro como el agua, aunque le escociera al contrario.

A mis veintitrés años había vivido demasiado rápido para ir perdiendo el tiempo por el camino.

—Pero… ¿qué cojones insinúas?

Se sentó en la cama refunfuñando como un abuelo y se frotó la cara con las manos. Luego se

rascó la barba con denuedo para intentar peinársela con los dedos. Hacía días que no la repasaba con la maquinilla de afeitar y cuando llegaba a cierta largura, le molestaba muchísimo. Aunque a decir verdad, a mí me gustaba más así. Consideraba que le favorecía enormemente y le hacía más varonil.

—¿Has cogido mi parte de las propinas?

Abordé el tema sin miramientos, lo cual provocó que mantuviéramos una competición de miradas durante unos segundos.

Dejé que meditara la respuesta, dándole ese mini punto de ventaja. Al poco me respondió en un tono algo más tranquilo; había bajado una octava:

—¡Oh, venga ya! ¿Por quién me has tomado? Por supuesto que no, nena.

Sonó ofendido.

En cualquier caso sé que mentía. Me bastaba con verle la cara para saber que estaba mintiendo.

Bobby creció con una figura paterna que jamás se disculpaba. Así que cuando sabía que no había obrado correctamente, pasaba a la ofensiva. Hacía mucho tiempo que había aprendido la lección…

Mientras tanto, me acerqué a él y le mostré mis pantalones.

—Anoche dejé los billetes en este bolsillo —señalé con el dedo con voz airada—, y en su lugar sólo quedan las monedas.

—Mmm… pues… No tengo ni idea. —Murmuró sin entusiasmo y haciendo un mohín, puso esa expresión tan suya de: «no sé qué coño me estás diciendo» y después, cogió la cajetilla de encima de la mesita de noche para encenderse un cigarrillo. El primero de una larga lista.

—Pero… ¡No pueden haber desaparecido así como así!

Finté a mí alrededor con brusquedad y me encogí de hombros.

—Nena, lo habrás perdido. —Secundó dando una larga calada evitando todo contacto visual.

Abrí los ojos como platos, indignada y mis mejillas se encendieron violentamente.

Pensé: «¿Acaso me estaba culpando a mí?»

Bobby no tardó en retomar la cuestión:

—¿Y era mucha pasta?

—La necesaria para comprarle a Matt las bambas que tanto necesita.

Pronuncié esa frase en plan: «nuestro peque no puede seguir siendo el hazmerreír de la clase».

Mi intención era reblandecerle el alma, pero me equivoqué, de cabo a rabo, pues no lo conseguí. Bobby se mantuvo en sus trece. Frío, calculador, sin arrepentimiento ni intento de recular y yo estaba a punto de darme por vencida…

Os juro que era inquietante saber que mentía y sin embargo no tener pruebas firmes para restregárselas por la cara.

—De verdad que lo necesitamos.

Bobby apagó su cigarrillo y se levantó de la cama.

—Voy a mear.

Y me dejó allí plantada, con la palabra en la boca y con la cara de mema. Todavía podía percibir la mentira revoloteando a su libre albedrío en el ambiente y abofeteándome con sus

largas alas sin pudor.

Al cabo de cinco minutos, cuando regresó de nuevo a la habitación, quise intentar un último abordaje y no ponérselo fácil. Pero Bobby que se las sabía todas de calle, me lo impidió.

Se me acercó dando varias zancadas y me abrazó.

—Ven aquí, nena… Vamos, no le des tanta importancia —Me susurró con voz grave pero sosegada, rodeándome con sus fuertes brazos—. Olvídate de eso. Yo te conseguiré más pasta. Te lo prometo. ¿Acaso te he fallado alguna vez? Dime.

En aquel preciso instante quise matarlo. Por saber que mentía y por conocer mi talón de Aquiles: sus mimos.

El caso era que, por aquel entonces, yo era una mujer con un marcado déficit de afecto y él sabía que cualquier muestra de cariño aunque fuese ínfima, me tenía ganada.

Me besó en el pelo y mantuvo sus labios pegados durante largo rato mientras yo enterraba mi rostro en su cuello.

Bobby era perro viejo, sabía que eso me tranquilizaba hasta límites inimaginables.

—¡Mami… papi…!

De repente, Matt entró en la habitación, caminando descalzo al tiempo que se restregaba los ojos con los puños y yo no pude evitar poner los ojos en blanco.

¡Bobby estaba siendo salvado por la campana…!

—Enano… Pero, ¿qué haces aquí? —Dijo Bobby y se separó de mi lado—. Deberías estar durmiendo. Venga, vuelve a la cama.

—Duerme un poquito más, es muy temprano —insistí yo también. Me preocupaba el hecho de que se pasara somnoliento el resto del día por culpa de no dormir lo suficiente.

—No puedo dormir… He tenido una pesadilla.

Nos miró con los ojos llorosos y casi haciendo pucheros.

—Y, ¿era una pesadilla de monstruos o de payasos? —Le preguntó Bobby a su hijo.

—De monstruos.

—Pero, ¿eran muy feos?

Cuando Matt asintió, se le escapó un hipo. Bobby no tardó ni un segundo en acercársele, acuclillarse para estar a su mismo nivel y mirarle directamente a los ojos. Acto seguido le acarició la sonrosada y rechoncha mejilla con el pulgar.

—Verás… Esto es lo que vamos a hacer.

Matt le escuchaba inmóvil, sin atreverse a pestañear.

—Vamos a comprobar que los monstruos se han largado, ¿qué te parece?

—¿Mirarás debajo de la cama?

—Pues claro.

—Y… ¿y en el armario?

—En el armario también.

Debo confesar que cuando se lo proponía, mi esposo era el hombre más dulce que había sobre la faz de la Tierra, sobre todo con Matt. Lo adoraba. Adoraba a nuestro pequeño, aunque para ser honestos, el sentimiento era mutuo. Además, físicamente él era una calcomanía de su padre: el

mismo color de ojos, el mismo pelo, los mismos rasgos faciales. El parecido era tan asombroso que incluso Bobby le había llegado a apodar: «mi mini yo».

—Venga, ¡vamos allá! Sube a caballito.

Y, dicho esto, en un visto y no visto, le cargó en su espalda y después se lo llevó a trote a su habitación. Emitiendo algún que otro relincho. Muy propio de él.

Y yo meneé la cabeza sin poder evitar sonreír, porque Bobby Taylor lo había vuelto a hacer. Había vuelto a conseguir sus dos principales objetivos. El primero: que encerrara bajo llave el motivo de mi enfado. Y el segundo: derretirme como nieve al sol al ver cómo él se desvivía por hacer feliz a Matt.

# 5

Aprende de los errores de otros.

Nunca vivirás lo suficiente para cometer todos tú mismo.

*GROUCHO MARX*

*Bobby Taylor*
*Octubre de 2017*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

Quisiera que quedase una cosa bien clara, yo no robé el dinero a mi mujer, sólo lo tomé prestado. Digamos que era para un bien de todos; para contribuir a la puñetera economía familiar. Lo cual decía mucho acerca de mi persona…

¡Joder! ¡Era una buena acción por mi parte!

Y lo decía en serio, porque si apostaba y ganaba una pasta gansa, nuestra unidad familiar se encaminaría a un futuro mejor.

¡Y no en la puta mierda que andábamos metidos!

En honor a la verdad, no estaba de humor para dar explicaciones. Es más, no tenía por qué darlas. Su dinero era también mi dinero, ¿no? En lo bueno y en lo malo, así manifestó el clérigo en el día de nuestros votos de boda.

Y… No nos engañemos. No lancemos balones fuera, pues Valentine a menudo era demasiado dada al catastrofismo. Siempre se ponía en el peor de los casos. Y nunca, jamás, veía el lado bueno de las cosas.

Simplemente, no se le metía en la cabeza que cuando una puerta se cerraba, justo después, había en cualquier otra parte, una ventana abierta. No alicatada…

Yo era más del rollo: ¡Al mal tiempo buena cara! O… ¡no hay mal que apuesta no cure!

En cuanto hube solventado el dichoso incidente de las propinas y con matrícula de honor (dicho sea de paso), esperé a que Valentine se marchara para vestir a Matt, darle el desayuno y después dejarle colocadito en la casa de nuestros vecinos. Aquellos individuos que siempre estaban predispuestos a cuidar de «mi mini yo», tanto de día como de noche y a la hora que fuese. ¡Vamos! Lo que vulgarmente se conoce como un *chollazo* en toda regla.

Salvo porque lo mejor de todo no era eso no. Nooooo. ¡Qué va! ¡Ni mucho menos! Lo mejor de todo era que jamás hacían preguntas tediosas del tipo de: «¿adónde vas? ¿Cuándo volverás? Y la verdad, la manera de proceder de la pareja a mí me dotaba de cierta… *libertad* para hacer y deshacer a mi antojo. Y además, sin rendir cuentas a nadie. Ni siquiera a mi mujer.

Sin perder más tiempo entré en mi furgoneta. La pobrecilla estaba casi para el desguace y con las ruedas casi pisando el otro barrio y, aunque me hubiese gustado darle una última patada en el guardabarros, me vi obligado a hacer malabares para que sobreviviera unos cuántos miles de kilómetros más.

Pronto llegaría a Gramercy Park donde estacioné mi reliquia en un aparcamiento junto a *El Maialino*, un restaurante italiano que solía frecuentar cuando me dejaba caer por allí para visitar a mi colega Mike Curtis, el chef y el jefe de cocina de ese lugar.

Entré.

Era temprano y el local estaba completamente en silencio y vacío y lo más parecido a un jodido funeral. Por extraño que resultara, a esas horas no había un alma en el interior, salvo un tipejo que daba sorbos a un expreso con hielo mientras hojeaba una revista de actualidad. ¿Cuál? Ni pajolera idea…

Me senté en la barra e hice lo primero que se me antojó que fue preguntar al camarero de turno (los cuales los cambiaban cada dos por tres), por mi colega Mike.

—Ahora mismo le aviso.

—Gracias, tío.

Mientras esperaba, empecé a juguetear con el anillo que rodeaba mi pulgar. Aunque pretendiera ir de machote y de que todo me la sudaba, he de confesar que andaba algo tenso pues nunca antes había mendigado favores y por consiguiente no tenía precedentes de cómo debía de abarcar la cuestión.

Supuse que lo mejor en esos casos era afrontarlo sin más. Es decir: pedírselo a Mike sin rodeos.

Justo entonces, él salió de la cocina. Vestido con la clásica filipina[1] blanca, mandil siempre impoluto y el gorro tradicional de un chef. Mi amigo era un hombre alto y delgado, con el rostro y el cuello de un rojo intenso y una leve capa de sudor perlando la piel de su frente.

Aquella cocina era como el mismísimo infierno, lo sé de buen grado pues pasé allí una larga temporada, entre los fogones y la mugrienta brasa de la freidora.

Al percatarse de mi presencia, sonrío desde la distancia como si hiciera siglos que no me veía y, al llegar a mi lado, nos fundimos en un sincero y largo abrazo sumado de varias palmaditas en la espalda.

—¡Eh, Bobby! Me alegro de verte. Joder. Tienes buen aspecto.

—¡Ja, ja, ja! Es posible, pero seguro que no tan bueno como el tuyo —Alegué con sinceridad.

Noté como me hizo un rápido escaneo de arriba abajo y más tarde prosiguió:

—Te veo distinto. Acaso, ¿te estás dejando la barba más larga? —Me preguntó mostrando nuevamente su enorme sonrisa—. Entre los *tattoos* y las pintas que llevas, en breve cualquier persona podría confundirte con un *Hipster*.

¿Un *Hipster*?

Me eché un vistazo rápido.

Aquella mañana llegaba puesto unos tejanos con roturas a la altura de las rodillas y una camiseta de manga corta, bastante ajustada a mi torso, por cierto. Era exactamente lo primero

que había pillado de la pila y que, al parecer, a simple vista presumía no estar excesivamente arrugado, ni escandalosamente… guarro.

Jamás me había importado lo más mínimo las nuevas tendencias en moda, ni nada por el estilo. Y no iba a ser a esas alturas de mi vida, con casi treinta tacos, que empezara a inquietarme.

¡A la vejez, viruela!

—Eres un capullo, ¿lo sabías? —Le dije esta vez con sorna y él se echó a reír con ganas—. Sabes de sobra que paso tres pueblos de esas mariconadas pijas. —Añadí y a punto estuve de decirle en voz alta: «Otros, en cambio, suelen tener el último número de la revista *Vogue* en la mesita de noche como si se tratara del Vademécum[2] de la moda…»

—¿Estás seguro?

Lo fulminé con la mirada.

—Vamos, Michael. ¡No me jodas la puta existencia de buena mañana!

Sí, en efecto, le llamé Michael. Acostumbraba a llamarle por su nombre de pila cuando lograba cabrearme o cuando me exasperaba con gilipolleces de ese tipo. A menudo me repateaban algunas de sus absurdas bromas que, por desgracia, nunca venían a cuento.

—¡Venga, tonto! —Me pasó el brazo por el hombro y me guió hacia una de las mesas del fondo para tener más intimidad— Es que… ¡Me lo pones tan fácil, joder! A veces pienso que naciste demasiado susceptible y entonces me asaltan unas ganas locas de… de tocarte los huevos.

Miré de reojo a Mike. El muy hijo de puta se estaba descojonando con la cabeza echada hacia atrás.

—¡Estás como una puta regadera! —Protesté a su vez yo.

—Vamos, Bobby, ¿qué sería de mi vida si no fuera por estos momentos de diversión? De esta mierda de vida, añadiría en nuestro favor.

Y la realidad era que, muy a mi pesar, tenía que reconocer que su argumentación era bastante válida. No sólida al cien por cien, pero apta a efectos de colegueo. Aunque, bien mirado, creo que era una verdadera lástima que de un tiempo a esta parte se aprovechara de mi debilidad en particular, para mofarse de la vida en general…

Después de todo, había venido por otro motivo por el que prefería no irme por los cerros de Úbeda. De hecho, necesitaba estar fresco para pedirle un gran favor. Y, por consiguiente, debía mostrarme solícito con mis actos. O más bien con los que quería llevar a cabo.

Pronto me pidió que tomara asiento y él se sentó ante mí.

—Por cierto —me clavó una de sus predecibles y habituales miradas críticas—, ¿va todo bien entre Valentine y tú?

—Claro, ¡de fábula!

Esta vez le sonreí sin separar los labios.

—Bueno, ya sabes que las parejas a veces tienen baches… Y no por eso…

—Lo sé, Mike. No te quepa duda que lo sé.

Pero, ¿a qué había venido eso? Y, ¡¿qué carajo estaba insinuando con ese comentario?!

—Ella y yo estamos bien. Lo normal… Con nuestras cosillas y eso, pero bien... Igual que

siempre. ¡De putísima madre!

—Pues, no sé. Si tú lo dices te creo. Pero, es que te noto algo… irascible —Remató de cuajo, depositando el gorro a un lado en la mesa.

—¿Irascible?

«¿Y qué coño era eso? —Me pregunté a mí mismo sin obtener respuestas.»

Al ver que ponía cara de póker intentó explicármelo en otras palabras:

—Ya me entiendes… alterado.

¡Ah, joder!

Lo miré con los ojos entreabiertos y el ceño fruncido.

¡Me cago en su puto sexto sentido! Pero si parecía mi jodido psicólogo de la infancia. Seguro que el licenciado en Harvard olió mi estado de ánimo desde la cocina en cuanto pisé el restaurante.

En fin.

Apreté los dientes para no entrar más al trapo e inspiré hondo en dos ocasiones, puesto que había llegado el momento de sincerarme, de quitarme ese mal sabor de boca y de confesarle que estaba en un fuerte aprieto. Así pues, abrí la boca y escupí lo que en ese momento me rondaba por la mente. Así, a pecho descubierto y sin anestesia.

—Necesito pasta.

—Claro, amigo mío. No hay ningún problema.

Ni siquiera pestañeó. Ni lo meditó. Ni me cuestionó. No tardó ni tres segundos en meter la mano en el bolsillo de su pantalón, sacar la cartera de cuero y rebuscar en el compartimento destinado a los billetes.

—Cincuenta, cien… —contaba la guita al tiempo que iba depositando un billete sobre otro encima de la mesa— Tú dirás…

Miré a mí alrededor y luego carraspeé con hastío.

—Ehm… Necesito mucha más pasta… Necesito tres mil pavos… —farfullé esta vez con aspereza y sin reservas.

Por la expresión de su cara, enseguida me di cuenta de que aquella frase lo había dejado *knock-out* [3] ipso facto.

Yo, por el contrario, empecé a padecer en mis propias entrañas una inmunda oleada de vergüenza que jamás, ni en mis peores pesadillas, había experimentado con anterioridad.

—Bobby, eso que me pides es mucha pasta.

Me miró con una expresión entre nerviosa, angustiada y agobiada y yo empecé a sentirme mal. Muy mal… Cada vez peor.

Tragué saliva.

Necesitaba de su ayuda pues a medida que avanzaban los días, más sentía como se ceñía la soga imaginaria que envolvía mi pescuezo. Me empezaron a rugir las tripas y no precisamente por culpa del hambre, sino debido al estrés que estaba padeciendo en ese crítico momento.

Mike se dio cuenta que estaba padeciendo, atravesando un mal momento. Y su cara, como por arte de magia, empezó a cambiar en cuestión de segundos. Pronto supo que no era un farol y que

estaba completamente jodido. Cubierto de mierda hasta las cejas.

—¡Baaaah! No te preocupes, Bobby. Por suerte tengo unos ahorrillos de los que echar mano. —Me explicó en tono ligeramente más bajo, supuse que ayudado por los estrechos y afianzados lazos de amistad que nos unían después de tantos años—. Pero a cambio sólo te pediré una cosa.

—Dispara, Mike.

Soltó aire por la nariz.

—Tendrás que decirme en qué mierda estás metido.

«¡Buf!»

Le sostuve la mirada por un momento y asumí que si iba a salvarme el culo, yo le debía por lo menos una explicación. Al menos una. Una mínimamente convincente. O creíble. O aceptable.

—Pues… debo dinero a alguien. —Le respondí con la boca entumecida.

—¿A quién?

Mierda.

Detestaba dar explicaciones. Ése era el principal motivo por el que siempre mentía. Estaba tan acostumbrado a montarme mi propia película y hacer que los demás creyeran mi historieta a pies juntillas que me sentí acorralado. Mentir siempre suponía simplificar las cosas en el noventa y nueve por ciento de los casos. Así me iban mejor las cosas.

Mike seguía estudiando mi cara a conciencia y por primera vez tuve la impresión de que estaba frente a un desconocido pues confesar tus defectos a otra persona, por muy amigo tuyo que sea, no es moco de pavo, sino un condenado castigo.

—Se lo debo a un corredor de apuestas.

Ahora ninguno de los dos parpadeó.

—Vaya… Bobby.

Resopló y luego abrió la boca con la intención de decir algo. Sin embargo en el último momento, la volvió a cerrar, echándose atrás.

Seguro que en ese momento debió morderse la lengua para no decir lo que realmente estaba pensando de mí. Y para que nuestra amistad no pendiera de un hilo o no pasara a la historia del todo. Podía oler sus pensamientos como la mosca el excremento. Incluso hubiera sido capaz de sentir su decepción a leguas de distancia.

—Te ayudaré en todo lo que esté en mis manos. De eso puedes estar seguro.

—Gracias, Mike, de verdad. Eres un tío legal. Que sepas que me salvas la puta vida.

—En absoluto Bobby. Y, por favor, no me des las gracias. —Me interrumpió, esta vez con cierta sequedad que no me gustó nada en absoluto—. Ten una cosa muy presente: si me he prestado a ayudarte no sólo es por la amistad que nos une, sino por tu mujer y por tu hijo Matt. —Arrugó el entrecejo con denuedo—. Y… Te aconsejo que el asunto lo zanjemos aquí. Prefiero… Por favor te pido no tener que seguir hablando porque me conozco y…

Él negó con la cabeza en varias ocasiones.

El cambio de actitud de Mike hacia mi persona fue repentino. Sorprendentemente, fulminante. Pasó de ser una figura encantadora y risueña a parecer ¡mi propio padre!

Esa era la primera vez que alguien me daba órdenes. Y me escoció. ¡Vaya si me escoció! Tanto

me escoció que me juré a mí mismo que, de ahora en adelante, no volvería a arrastrarme ante nadie. Fuese quien fuese. Jamás.

En cualquier caso, no tenía opciones. Además, ésa resultó ser la opción menos lacerante, pues prefería implorar mil veces pasta a Mike, que ir con el rabo entre las piernas y pedírselo a mi progenitor, al mismísimo hijodelagranputa.

---

[1] *Tipo de camisa o 'guayabera', (llamada así en el Caribe, su nombre proviene de un tipo de camisa que se poníar los esclavos chinos)*

[2] *Un vademécum1 (del latín vade, 'anda', 'ven', y mecum, 'conmigo') es una obra de referencia que contiene las nociones o informaciones fundamentales de una materia, ya sea científica o artística.*

[3] *Expresión que significa "fuera de combate". Se dice en boxeo cuando uno de los contendientes deja sin conocimiento o sin posibilidad de seguir peleando al otro. Su abrev. es K.O.*

# 6

La vida no es sino una continua sucesión

de oportunidades para sobrevivir.

*GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ*

*Julia Tucker*
*Octubre de 2017*
*Centro Cardiovascular Montefiore- Einstein, Nueva York*

Cuando conocí a Jack lo primero que pensé fue que no me convenía, primeramente porque no era el tipo de cliché de hombre que a priori me hubiese llamado la atención. Sin embargo, en ocasiones las primeras impresiones no son válidas y, para mi satisfacción personal, resultó ser sumamente interesante.

Romperé una lanza a su favor y os diré de que Jack Tucker era agradable, seguro de sí mismo. Y, sobre todo, diferente. Muy distinto a mis anteriores parejas. Digamos que era lo más parecido a un *gentleman*. Un caballero de los pies a la cabeza, de esos que están en *vías de extinción*. De los que primero te abren la puerta y después te cede el paso. De modales distinguidos y exquisita educación. Un hombre gentil y atento; siempre atento a mis pasos.

De modo que sucedió.

No estoy segura de cómo ni cuándo sucedió exactamente, pero sucedió. Sin pretenderlo. Me *embaucó* y yo permití que pasara.

A diferencia de lo que muchos puedan imaginar, me fui enamorando de él poco a poco y de forma gradual. Como el buen café, ése que se hace a fuego lento.

Es más, a día de hoy, sigo enamorada de Jack hasta el tuétano. El caso es que nada tuvo que ver que tuviera la barbilla hendida y unos monísimos hoyuelos en ambas mejillas, además de poseer la mirada más dulce que había visto nunca, lo juro. Esa misma mirada que acostumbra a invadir todos y cada uno de los recónditos lugares de mi ser.

Desde siempre había tenido la convicción de que Jack Tucker y yo estábamos destinados a estar juntos, que viviríamos una larga y placentera vida en común y que envejeceríamos uno al lado del otro.

Ya me entendéis, lo típico: esa enternecedora escena en las películas de dos abuelos, de la mecedora y de la manta.

Pero resultó que la realidad iba a ser muy distinta.

Es curioso cómo cambia todo, una noche estás brindando por un acontecimiento importante en tu vida y, al instante después, el maravilloso mundo que habías trazado en tu cabeza, se esfuma

con un simple chasquido de dedos.

Irónico, ¿verdad?

—Siento comunicarle que las noticias no son demasiado alentadoras.

El doctor Anderson dejó la cuestión en el aire, mientras yo me removí incómoda y la silla de la consulta crujió.

Sentí como se formaba un doloroso y angustioso nudo en mi garganta al querer contener el irrefrenable deseo de llorar. Todo había sucedido demasiado rápido… a pesar de saber que, la única manera de seguir adelante era mostrándome serena aunque estuviera destrozada por dentro y diciéndome a mí misma que no estaba ocurriendo. No él. No a Jack. No a nosotros.

Me convencí de que, ésa era la única forma que iba a ser capaz de afrontar todo lo que se nos venía encima… de sobrellevar de algún modo el sufrimiento que me iban a provocar las palabras del facultativo.

Era mi particular truco de magia… mi mecanismo de defensa. Además odiaba parecer una reina del melodrama.

Así que, me mantuve en silencio, como si la cosa no fuera conmigo, de la misma forma que el año anterior, cuando me comunicaron que mi padre había fallecido tras una larga y dolorosa enfermedad.

Tomé aire despacio y permanecí a la espera.

—Anoche su marido sufrió un infarto agudo de miocardio.

Noté como el doctor me estudió el rostro a conciencia.

—Pero… Jack es una persona joven… —me tembló la voz. Esa no era la frase que a priori estaba preparada a oír— No bebe, no fuma, practica mucho deporte…

—Cierto, señora Tucker. Y ése es precisamente el motivo de mi preocupación.

En aquel momento mi corazón se saltó un latido pues tuve miedo de seguir manteniendo esa conversación.

—Lo siento, pero… no le comprendo.

Lo miré con los ojos vidriosos, su imagen empezó a desfigurarse ante mí.

—Trataré de explicárselo en pocas palabras sin entrar demasiado en los detalles, para eso habrá otra ocasión. —Levantó la vista del informe médico y apoyó ambos codos sobre la mesa escritorio— A pesar de que el estilo de vida de su marido es saludable y no existen factores de riesgo, padece una cardiopatía isquémica.

Las lágrimas empezaron a agolparse en la comisura de mis ojos, a riesgo de desprenderse una de ellas.

—Esto ocurre cuando las arterias que suministran la sangre al corazón se bloquean, lo que ocasiona una reducción en el flujo sanguíneo al músculo cardíaco. Es decir, una oclusión súbita por trombosis de la arteria.

Algo me decía que el problema no se limitaba sólo a eso. Y por desgracia no me equivoqué, porque treinta segundos después el doctor Anderson por fin se sinceró:

—Jack precisa de un trasplante de corazón lo antes posible.

«¿Un trasplante…? ¡Oh, Dios mío…!»

Incluso entonces me fue imposible contener las lágrimas, simplemente me limité a dejarlas salir.

—Hasta el momento del trasplante, le colocaremos un dispositivo de asistencia ventricular denominado VAD. Se trata de una bomba en miniatura que se implanta en su pecho para ayudar al corazón a bombear sangre hacia su cuerpo.

El tono de sus palabras denotaba compasión, como si me estuviera dando el pésame cuando el cuerpo de Jack aún estaba caliente: vivito y coleando.

Más tarde me explicaría con calma y con todo lujo de detalles los siguientes pasos a seguir.

Pero yo no necesitaba más información, lo único que anhelaba era reunirme cuanto antes con Jack; coger su mano y no separarme de su lado en mucho tiempo.

Entré en la habitación doscientos tres y observé al hombre que amaba sin dejar de imaginar cómo sería el retomar mi vida sin su compañía, sin nuestra vida en común, sin nuestras largas conversaciones, sin nuestras miradas cómplices, sin nuestros momentos íntimos, sin él.

Y… no me hacía a la idea.

No quería hacerme a la idea y me negaba a ese disparatado despropósito.

Por más que me lo propuse, no conseguí imaginar un mundo carente de Jack. Es más, me negaba encarecidamente a imaginar cómo sería un solo día sin él.

# 7

La vida es realmente sencilla,

pero insistimos en hacerla difícil.

*CONFUCIO*

*Valentine Dunne*
*Octubre de 2017*
*Dreams & Coffee Bar, Brooklyn*

Dejé caer el cuchillo jamonero sobre la encimera y permanecí inmóvil.

Alcé mi mano y me quedé observando como varias lágrimas de sangre se deslizaban vertiginosamente por mi dedo.

Era tan púrpura, tan intensa… y tan caliente.

—¡Oh, Dios mío, Valentine!

En un visto y no visto, creí ver a Pipper atravesar a la carrera la cafetería, cubrir mi mano con un trapo de cocina para tratar de cortar la hemorragia mientras comprimía mi dedo con fuerza.

Hasta ese preciso momento no fui consciente de lo que estaba pasando a mí alrededor.

—Ven, vamos a poner la herida bajo el agua. Quiero ver la profundidad del corte.

Me empujó a trompicones hacia el fregadero, sin delicadeza y yo actué de forma mecánica, haciendo caso de todas sus instrucciones sin siquiera atreverme a rebatir nada.

—Pero, ¿en qué estabas pensando? ¿En las musarañas?

El corte ardía bajo el chorro de agua helada.

Apreté los dientes con fuerza y sorbí aire entre los diminutos huecos. Sentí escalofríos…

—El corte es limpio y no creo que necesites puntos de sutura.

Entonces Pipper cerró el grifo, cubrió mi dedo con otro trapo limpio y me acompañó a una silla tras la barra.

Permanecí allí sentada en silencio, oyendo mi respiración acompasada mientras ella se marchaba en busca del botiquín para acabar con su cometido.

Más tarde me curó la herida, la vendó y se sentó frente de mí.

—¿Vas a contarme qué narices te ha pasado?

Intenté obligarme a sonreír, pero sólo pude obsequiarle con una mueca, una muy poco convincente.

—Me he despistado un segundo, sólo eso.

—¡Claro, Valentine! Y yo me acabo de caer de un pino. —Me sermoneó adoptando una expresión recelosa e inconformista.

Guardé silencio.

—No quiero meterme en tus asuntos, pero es de cajón que algo te pasa. Llevas cinco años sirviendo en este establecimiento y nunca, jamás, te has lesionado, ni te has cortado, ni siquiera te has quemado con anterioridad.

Me miró, esta vez con su mirada más comprensiva y esperó mi respuesta.

—No quisiera hacerte partícipe de mis problemas.

Agaché la cabeza y miré la punta de mis zapatillas.

—Cariño, sabes que todo lo que me expliques se quedará entre tú y yo. Puedo ser muchas cosas, pero te aseguro que no soy una chismosa. Y si no sé qué es lo que te preocupa, por más que lo intente, no podré ayudarte.

Respiré hondo y le miré a los ojos.

Era un buen consejo…

—De un tiempo a esta parte Bobby y yo estamos teniendo apuros económicos. No es que precisamente antes nos sobraba el dinero pero, desde que él no trabaja… estamos cayendo en picado a una velocidad de vértigo.

Noté en su mirada que mis palabras le dolieron en parte. Quizá porque no esperaba esa respuesta, o tal vez porque me conocía desde hacía demasiado tiempo y el día a día acerca a las personas.

—Puedo prestarte dinero, si es lo que necesitas.

Creo que lo soltó sin meditarlo antes, pero incluso en aquel momento Pipper estuvo a la altura de las circunstancias.

—Podrías, salvo porque… no creo que una tirita cure el mal —me aventuré a responder con una sonrisa de desdén después de observar el corte de mi mano.

—Lo sé cariño, pero… no has pensado que tal vez podría parchearlo mientras tu marido encuentra un trabajo y así podríais liquidar algunas de las deudas.

Me mordí una uña, pensativa. Pensé por un segundo que esa era una buena acción por su parte aunque algo me decía que esa alternativa estaba destinada al fracaso; como casi todo lo que empezaba con entusiasmo pues siempre acababa siendo una completa hecatombe.

Al poco, reanudé mi discurso derrotista:

—¿Y si no le contratan en mucho tiempo? —Me falló la voz ante la evidencia.

—Pues en ese caso, pensaremos en otra solución y así hasta lograr que vuestro barco reflote de nuevo y no siga en la deriva.

Su comprensión me inundó de esperanza. Fue como una oleada de positivismo. Sin saberlo, era justo lo que ansiaba desde hacía demasiado tiempo: una palmadita en la espalda, un: ¡Venga, todo va a salir bien!

Lo necesitaba… Juro que ansiaba esa sensación de bienestar y de que todo iba a cambiar para bien.

A menudo me preguntaba qué sería de mi vida si Pipper no se hubiese cruzado en mi camino… o yo en el suyo. Y lo cierto era que no me atrevía ni a imaginarlo.

—¿Sabes que es lo que vamos a hacer después del servicio de la noche?

Negué con la cabeza y ella alzó las cejas simultáneamente con bastante gracia, la verdad.

—Una tirada de cartas del Tarot.

Me eché a reír.

No sé si lo dijo en serio o simplemente lo hizo para robarme una sonrisa, sin embargo lo dijo con una seguridad tan aplastante que logró levantarme el ánimo aunque fuese por unos instantes.

En cualquier caso y pese a la carga extra de positivismo, me consideraba una persona escéptica tanto en religión como en temas ocultistas, así que no le di más importancia de la debida.

Afortunadamente, el día transcurrió sin demasiados sobresaltos, ni paletos de turno incordiando a todas horas, ni niños llorosos exigiendo más postre… ni nada por el estilo.

Además, me había dopado a antibióticos para evitar que la herida se infectara y así poder trabajar con la menor molestia posible.

—Voy a cerrar la persiana. Espérame aquí, ahora vuelvo.

Oh, oh…

Intenté pensar en alguna excusa, darle largas porque lo de la tirada de cartas no acababa de convencerme, pero se alejó tan rápido que no me dio tiempo ni de abrir la boca. De modo que me quedé allí plantada, en mi sitio y a la expectativa.

Desde el salón pude oír accionarse el motor y las lamas troqueladas al bajar; esa persiana necesitaba con urgencia una puesta a punto pues en ocasiones se quedaba atascada a mitad de camino.

Aguardé unos minutos con las manos en los bolsillos, algo inquieta.

—Bueno, ¿preparada?

Se acercó a mí con expresión risueña.

—Ehm… pues no. La verdad.

—¿No te asustarán esas cosas?

Se rió. Y yo sentí una oleada de vergüenza. Noté como mis mejillas se encendían.

No me hacía ni pizca de gracia que por culpa de una nimiedad como esa Pipper empezara a tener una idea equivocada sobre mí.

Simplemente no creía en esos cuentos chinos. Nada más…

—Cielo, si te sirve de consuelo te diré que no me dedico a ello. Sólo lo hago en calidad de aficionada y fundamentalmente porque… me relaja. Eso es todo.

¡Que Dios nos coja confesados…! ¡Como si eso cambiara los hechos…!

O sea, que ahora resulta que un asesino es menos asesino por matar a una sola persona, que si mata a varias…

No nos engañemos, el formato cambia única y exclusivamente en el número de víctimas pero el propósito es el mismo. O dicho de otro modo: el asesino, a mi entender, se convierte en un… *asesinillo en seriecilla*.

¡Oh, por favor! Era lo mismo que decir: «Voy a matarte… pero poquito».

Así pues y por esa misma regla de tres, el no dedicarse profesionalmente no le convertía en menos… *brujilla*.

¡Era tan jodidamente absurdo…!

—Y, entonces, ¿qué hacemos?

Tosí en el puño para aclararme la voz y así responder a su peculiar *proposición indecente*.

—¡Bah! —Realicé un gesto vago con la mano— ¿Quién ha dicho miedo?

Lo único que sabía era que me había bebido el entendimiento y que era demasiado tarde.

¡A lo hecho, pecho!

Además, quería que siguiera pensando que era una chica enrollada y no una niña cobardica con falta de propósito.

Así pues, echándole valor y cogiendo el toro por los cuernos, le acompañé a la trastienda; a aquella diminuta estancia que parecía la cueva de un australopiteco.

La habitación seguía igual que siempre, forrada de papel pintado desconchado en la que una solitaria mesa presidía el centro y un armario esquinero junto a la ventana completaba el simplón mobiliario. La misma habitación que hasta el momento tenía como único cometido el de archivo de facturas y documentación diversa del local.

¡Ni que decir que a partir de ese día, el concepto que tenía de esa habitación cambió por completo!

—Hoy hace mucho calor aquí, ¿no te parece? —Gorjeé. Mi voz sonó más aguda de lo normal; más parecido a voz de pito.

A Pipper se le escapó la risa pero no se pronunció, se limitó a permanecer en pie junto a la mesa y me pidió que me acomodara en la silla. Más tarde, colocó un tapete morado del color de la transgresión i/o transformación (según me explicó después) y, por último se sentó. Una frente la otra.

Me mordí la mejilla por dentro, básicamente porque todo eso me inquietaba. Aunque, a decir verdad, debía reconocer que empezaba a notarme algo ansiosa por saber…

—¿Estás preparada?

Asentí para indicar que sí.

Estaba a punto de comenzar y yo notaba como si se me hubiese comido la lengua el gato.

—Perfecto.

Alcé la vista y vi a ella, encorvada y con cara de concentración, sacar la baraja de una cajetilla y empezar a barajarlas con bastante destreza, dando constancia de que ésa no era la primera vez que lo hacía.

Seguidamente prendió la mecha de una vela blanca y encendió una barrita de incienso.

—Antes de empezar, piensa en las cosas que desees preguntarme, Valentine.

Volví a asentir en silencio, notando los músculos de mi cuello en tensión. Fundamentalmente porque ese rollo místico afloró mi lado más vulnerable…

No estaba segura de qué preguntar. Quizás… podría empezar por el futuro laboral de Bobby, o algo por el estilo. También podría preguntar… por el porvenir de Matt. ¡No, no…, no! Preferí no inmiscuir a Matt en esos temas paranormales.

Hizo girar las cartas boca abajo sobre la mesa, entre las dos manos. Después, volvió a barajarlas y, finalmente, me pidió que las cortara con la mano derecha.

Pipper hizo tres pilas.

—Elige un montón.

—Éste. —Señalé el del centro.

Me sudaban las manos al tiempo que notaba palpitar la vena carótida del cuello.

Dejó a un lado los otros dos montones y extendió al revés el montón elegido por mí.

—Las cartas siempre han de miran al tarotista, jamás en dirección de quien hace la consulta.

Y, dicho eso, empezó a colocar varias cartas sobre la mesa.

—Empezaremos por una tirada sencilla y muy rápida.

—Vale…

—¿Qué quieres preguntar?

—Pues… No sé, quizás sobre mí…

—¿Algo en concreto?

Negué con la cabeza y Pipper dio la vuelta a tres cartas: el cinco de Bastos, el Diablo y el Ermitaño.

A simple vista y a juzgar por los dibujos, no parecían que fuesen cartas demasiado buenas…

—Uhm… Veo…, dualidad. El descubrimiento de un gran engaño… —frunció el ceño— Las cartas me dicen que no debes confiar en nadie. Y… cuando digo en nadie, me refiero a… nadie.

Vaaaaale. No fiarme ni de mi propia sombra. ¡Vamos! Lo que venía siendo costumbre.

Pipper dio la vuelta a dos cartas más: esta vez tocó el turno al siete de espadas y el nueve de copas.

—Recibirás lo que anhelas, pero quizás no de la manera que deseas.

—Genial… La cuestión es recibirlo, ¿verdad?

Ella no respondió, ni siquiera alzó la vista para mirarme a los ojos.

—¿Podrías hacer una tirada para Bobby?

—Claro, Valentine.

Recogió las cartas sobrantes y las mezcló con las que había sobre la mesa. Barajó durante unos segundos y luego procedió a realizar los mismos pasos.

—Corta con la mano derecha.

Hice lo que me pidió y empezó a colocar varias cartas boca abajo sobre el tapete.

La primera tirada: tres de copas y la muerte…

«¡Aghgggggh! ¡Qué *mieditor*…!»

—Tu marido va a experimentar un cambio completo en su estilo de vida. Frecuentará nuevos lugares, conocerá nuevos rostros. Pero…

—Eso pinta muy bien. Ya era hora —Di unas palmadas de entusiasmo en mi mente— Huele a trabajo, trabajo… ¡Trabajo!

Volvió a levantar varias cartas: el As de espadas y el Mundo.

—Pero… se niega a aceptar consejos, porque considera una interferencia cualquier ayuda que se le ofrece, incluida la tuya.

«Sí, es un cabezota obstinado… igualito a su padre.»

Dos más: la Sacerdotisa y el Loco…

—Hum… Él, por culpa de su testarudez y de su mal hacer… perderá una oportunidad importante.

Y dos cartas más: el Diablo y la Torre. Éstas ya me daban más *yuyu* que las otras.

¡Juro que las ilustraciones eran bastante escalofriantes!

—¡Oh, Dios Santo…! —Espetó de repente, dando un respingo en su silla y casi atragantándose con su propia saliva debido al susto. Igualito que si hubiese visto en persona al mismísimo Satanás, como si percibiera que algo terrible iba a suceder…

—¿Qué, qué? ¡¿Quéeeee…?!

Me incliné.

Observé las cartas una vez más y después busqué la mirada de Pipper, ansiosa en saber una explicación que nunca llegó.

La cuestión era que, por algún motivo que no entendí, evitaba mirarme. Incluso dejó de hablarme… ¡La cosa pintaba mal!

—Sinceramente, no sé si esto formará parte del espectáculo o no pero, te juro que lo haces de maravilla. ¡Que sepas que estoy a punto de hacerme caquita en las bragas!

Ella ni siquiera se inmutó. No le importó lo más mínimo las palabras que salieron de mi boca pues continuó con aquella expresión indescifrable. La misma de estar en otra dimensión. ¡La dimensión desconocida…!

—¿Pipper…?

De pronto, al oír su nombre volvió en sí, como si saliera de una especie de trance. Y, acto seguido, hizo ademán de estar mirando con impaciencia la hora en el reloj de pared, en un intento caricaturesco por escurrir el bulto.

—¡Chisssssssst…!

¿Chisssssssst? ¿En serio? ¿Pipper me hizo chistar?

Ver para creer…

Bueno, aunque fuese de esa forma rompió el terrorífico silencio que me estaba dando repelús.

—¡Ufff! Madre mía. Se ha hecho tardísimo…

Y, dicho esto, empezó a recoger con prisas toda esa parafernalia: las cartas, el tapete, la vela, el incienso. Luego, se volvió hacia mí, completamente ruborizada y con una enorme sonrisa súper fingida.

—Lo dejaremos para otro día. —dijo con la voz cadente y algo más tranquila— ¿Vale cielo?

Yo asentí y dije:

—De acuerdo, vale. —Dejé escapar un lacónico suspiro. Seguía sin entender nada de nada. Y eso que traté durante bastante rato de encontrar sentido a todo aquello— Ningún problema.

Y, aunque ansiara formularle un montón de preguntas no quise faltar a mi palabra, pues supuse que por más preguntas que tuviera, no hallaría respuestas.

Tardé quince minutos en llegar a casa caminando a paso lento. Tiempo que aproveché para analizar, sin prisas pero sin pausa, todo y cada uno de los sucesos que acontecieron aquella

extraña noche. Pronto llegué a la conclusión de que, lo que presumía ser una divertida velada para resolver dudas, precipitadamente se convirtió en una horrible pesadilla de gran magnitud.

No obstante, el propósito más inmediato que tenía en mente fue el de descalzarme y sentir mis pies desnudos sobre el frío gres, prepararme un enorme tazón de leche con chocolate bien calentito, meterme en la cama para arroparme con el edredón y abrazarme al cuerpo desnudo de Bobby, para sentir cierto desasosiego y prepararme para olvidarlo todo. Y cuanto antes… mejor.

# 8

Juzga un hombre por sus preguntas

en lugar de por sus respuestas.

*VOLTAIRE*

*Julia Tucker*
*Noviembre de 2017*
*Centro Cardiovascular Montefiore- Einstein, Nueva York*

Me fallaron las fuerzas.

Había consumido todas mis fuerzas durante los días de reclusión en aquella lóbrega habitación de hospital, convirtiéndome sin pretenderlo, en una okupa entre sus cuatro paredes.

Mis piernas estaban hinchadas, padecía estreñimiento, no lograba por más que pusiera empeño en conciliar el sueño si no era gracias a un potente cóctel a base de somníferos. Y, para colmo de males, había perdido varios kilos.

Pero la cosa no quedó ahí, no. Pues resultó que a vista de todos eso carecía de importancia. Era algo trascendental. Un pequeño e insignificante daño colateral. Es más. Según se comentaba, yo no tenía ningún derecho a quejarme, a pesar de que su vida (la vida de Jack), también era la mía. Él lo era todo para mí. Absolutamente todo.

Y, a pesar de sentirme como un lastre en todo ese asunto y me dolieran hasta las pestañas, me sentía obligada a sonreír y hacer un brindis al sol, puesto que él había sobrevivido y porque se había burlado de la muerte. Sí, en efecto. Jack Tucker había vuelto a nacer.

¡Todo un milagro!

Salvo por un pequeño detalle, que la realidad siempre supera la ficción y Jack, tras haber sufrido un terrible infarto de miocardio a sus cuarenta y tres años, operado de urgencia para colocarle un dispositivo de asistencia ventricular para dar soporte a ambos ventrículos: el izquierdo y el derecho, estaba a la espera de un trasplante de corazón pues lo que le habían practicado, era un parche, hablando mal y pronto.

Para vuestra información sólo os diré que a día de hoy, sólo en EEUU, hay cerca de tres mil personas que esperan un trasplante y la mayoría de esas personas morirán a la espera…, incluido él. Incluido Jack.

¿Y qué pasará si se lleva a cabo el trasplante de corazón? Pues temiendo lo peor, más de lo mismo. ¡Una vida de mierda! Temor por el rechazo del corazón donado. Frecuentes biopsias para analizar el tejido cardíaco. Problemas con las arterias coronarias (vasculopatía de aloinjerto cardíaco). Infecciones. Efectos secundarios de los medicamentos (inmunodepresores). Daños

renales. Diabetes. Osteoporosis… Y diferentes tipos de cánceres, como por ejemplo: el linfoma no Hodgkin. Además de un larguísimo etcétera…

Os confieso que me entraron ganas de llorar.

Salí a toda prisa de la habitación abriéndome paso en el pasillo, pues sentí una necesidad inmediata de aliviar la pesada carga que soportaba a mis espaldas.

No tardé en acelerar el paso en dirección a la sala que había al fondo, la que estaba habilitada para los familiares. Pero me paré justo en la entrada. Necesitaba echar una ojeada para comprobar que no hubiese nadie en su interior ya que detestaba llorar en público.

Incluso entonces, no entraba en mi cabeza la sola idea de que alguien al verme llorar sintiera lástima de mí.

Además, no tenía el más mínimo interés en explicar mis penas al primer listillo de turno. Sí, ése listillo, quien presume conocer a alguien que a su vez conoce a otro alguien, que le ha pasado exactamente lo mismo que a ti y que, por arte de magia, todo salió bien. Pero ahí no acaba la cosa, ni mucho menos. Además, suele contarte una retahíla de chistes espantosos sobre médicos y enfermos para hacerse el gracioso, sin acercase siquiera a conseguirlo.

Al ver que no había moros en la costa, entré dentro y me senté en una silla, justo en la que estaba más alejada del pasillo y del tránsito de la gente.

Por fin a solas…

Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás, apoyándola en la pared. Necesitaba evadirme, sin pensar en nada. Y en nadie. Dejar por un rato mi mente en blanco. Dejar de existir por un momento y que el mundo siguiera girando sin mí.

Sólo pedía unos minutos de sosiego. ¿Era mucho pedir?

—Perdone, ¿ha extraviado usted esto?

Abrí los ojos de sopetón. Mi peregrinaje a la nada se esfumó tal que así.

Ante mí apareció una mujer diminuta y poco agraciada. De ojos redondos y nariz chata, aunque dueña de una bonita sonrisa comedida. Además, tenía unas horribles ojeras profundas y grisáceas… Y su ropa estaba bastante arrugada.

Pese a ello, se mostraba aseada y su piel, afectada por el transcurrir de los años, desprendía un sutil olor a jabón de rosas.

—Iba caminando por el pasillo, detrás de usted y justo cuando entraba en esta sala, he visto que se le caía uno de éstos.

Abrió su mano y me mostró la palma.

Uno de mis pendientes, aquellos de oro blanco y perlas australianas que Jack me regaló por mi último cumpleaños, estaban en su poder.

Instintivamente, palpé con la yema de los dedos primero mi lóbulo derecho y después el izquierdo.

—Así, es… Es mío. —Asentí mecánicamente y reí algo incómoda pues estuve cerca de perderlo para siempre— ¡Estupendo, muchas gracias!

—Me alegra haber sido yo quien caminaba tras de usted. Pues hoy en día nunca se sabe… —añadió mientras observaba como me lo colocaba en la oreja— Además, hubiese sido una lástima perderlo pues le favorece mucho.

—Muy amable.

—¿No le parece que es una lástima darnos cuenta de estos pequeños detalles sólo en los malos momentos? Seguro que los lleva todos los días sin darles la importancia que se merecen —Me miró un tanto disgustada.

Justo entonces y ante mi estupor, osó cogerme de la mano, como si me conociera de toda la vida. Sentí la calidez de su piel sobre la mía. Piel con piel.

—Pequeños detalles que agradeceremos tener para recordar a nuestros seres queridos cuando éstos ya no estén con nosotros.

Sus palabras, a pesar de lo misteriosas que resultaron a primera instancia, emergieron en un susurro tranquilizador, conectando directamente con mi alma…

Justo después, me soltó la mano.

—Rezaré por su ser querido y también por mi hijo —me sonrió dulcemente— Les tendré en mis oraciones todas las noches. para que todo salga bien.

—Gracias. Se lo agradezco, de veras.

Y se marchó. Sin más y sin echar la vista atrás.

Curiosamente, jamás volví a ver más a esa mujer. No regresó ni a la sala de espera, ni en los pasillos, ni saliendo de alguna habitación.

Se esfumó, de igual forma que el humo de un cigarrillo.

Y como no volvió a cruzarse en mi camino, me gustaba pensar que la historia de su hijo había tenido un final feliz, más que nada para mi sosiego emocional.

Aunque de nada servía ese hecho pues, podría haber sido cualquier otro final. Otro menos bienaventurado y más acibarrado.

# 9

Para de pensar y termina tus problemas.

*LAO TZU*

*Bobby Taylor*
*Noviembre de 2017*
*High Bridge, South Bronx*

Tras saldar todas las deudas que tenía pendiente con los corredores de juego, Elliot Hughes, alias «el irlandés» y uno de los cabecillas de la banda, me ofrecieron trabajo y de paso, formar parte de su personal de confianza.

Mi misión era bastante básica. Únicamente se trataba de acompañar (o más bien de escoltar), a distintas partes de la ciudad a un tal Travis Duncan. Por otro lado, la labor de ese tipo era la de hacer entregas de paquetes con contenido confidencial a personajes cuya identidad jamás nos era revelada.

*¡Top secret…!*

En resumidas cuentas, un puto trabajo nada complicado y que por el cual, me pagaban una pasta gansa justo en el momento de finalizar la entrega. In situ. Al momento. Guita en mano y calentita.

Parece del todo surrealista, ¿verdad?

Eso mismo fue lo que yo pensé al principio. Y me lo tomé a broma, pero nada más lejos de la realidad pues al final resultó ser una propuesta plenamente formal y seria.

Según las palabras textuales de Elliot: habían visto *algo* en mí que les interesó y mucho.

La ocasión me la pintaban en bandeja de plata. Además, un servidor ya estaba hasta las narices de no encontrar curro, de estar sin blanca y con la moral por los suelos.

Así que acepté. Por supuestísimo que acepté. No estaba en la situación de desmerecer una oportunidad semejante.

Sobre las diez de la noche me hallaba junto a mi nuevo colega Travis, alias «el pijo ruso». Le apodaban así por su apariencia de niño de bien. Rubio, ojos claros, rasgos algo afeminados, imberbe, alto pero bastante desgarbado… Vamos, lo que viene siendo un galán de telenovela *baratucha*. Aunque, para ser justos, debería añadir en su defensa que el tipo era bastante majo.

Yo, por el contrario, rompía con esos cánones de estética, pues era todo lo opuesto a él. Moreno, pelo ondulado con greñas, barba bastante generosa. Rasgos fuertes y bien marcados. Ojos oscuros, penetrantes y en ocasiones incluso desafiantes. Y mi cuerpo era corpulento, grande

y repleto de tatuajes *talegueros*, de los que hacen sospechar mi paso por el talego, aunque sólo lo haya pisado en sueños.

Y, en honor a la verdad, lo prefería. Prefería mil veces parecer un macarra hijo de puta a un niño bueno. Porque, para garbear por esos lares de gentuza y maleantes, más valía parecer chungo y si me apuráis, también serlo.

Pues bien, tras las aclaraciones pertinentes, allí nos hallábamos. En el epicentro, en la zona más degradada y peligrosa de Nueva York. Por antonomasia, en High Bridge. Una barriada poblada principalmente por negros, hispanos y pandilleros. La mayor parte de aquella gente eran jóvenes. Adolescentes cuya esperanza de vida no superaba la veintena.

Mirases por donde mirases, sólo veías pobreza y más pobreza. Un lugar desolador donde los haya: edificios quemados pues los propietarios les prendían fuego para echar a los inquilinos y así cobrar del seguro. Numerosos callejones marcados con sus huellas personales: pintadas de grafiti, contenedores de basura destrozados, zapatos suspendidos de los cables de la electricidad…

Todo un espectáculo visual y bastante aterrador, os lo juro.

—Se están retrasando, ¿no?

Eché un vistazo a mi *Rolex Oyster professional GMT-Master II* dorado. Chulísimo, con sus veintitrés diamantes, sus dieciocho zafiros y sus dieciocho rubíes de inserción bisel… ¡Y con sus setenta y seis diamantes engastados en la caja CD!

¡Una auténtica flipada por menos de doscientos pavos!

—Sí, tío. No creo que tarden…

Sonreí y luego extendí mi sonrisa de oreja a oreja cuando el colega se fijó en mi *peluco* de imitación.

—Regalo de mi Valentine.

—¿Tu chica?

—Mi mujer a efectos legales —dije y añadí—: también tengo un renacuajo.

—Enhorabuena, o tal vez no. Quizá debería darte el pésame.

Se rió, pero no sonó a burla.

—En este curro es mejor no tener lazos sentimentales. Ya me entiendes… Ni mujer, ni hijos, ni familiares. —Negó con la cabeza y miró en otra dirección— Por si las moscas. Por lo que pueda pasar. A veces suceden… cosas.

Enarqué una ceja.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Cosas. —Repitió y luego carraspeó, aclarándose la garganta—. Malentendidos.

Deslizó el tirador de la cremallera de la chaqueta en dirección descendente. Luego miró a su alrededor antes de mostrarme lo que tenía oculto bajo ésta.

—Éste es mi seguro.

Acarició el acero de un revolver que apareció entre su ropa.

Tragué saliva.

Hasta aquel momento jamás había visto un arma de fuego tan de cerca. Y justo en esa ocasión,

casi pude percibir el olor a pólvora que aún perduraba en su recámara.

—Un Taurus 905, nueve milímetros.

—¡Joder, tío! Espero que sea tan falso como mi puto *Rolex* —carcajeé con intranquilidad, queriendo quitar hierro al asunto.

Esta vez cerró la cremallera sin decir ni mu.

Era evidente que no se trataba de una imitación, pero tampoco esperaba explicaciones. Ya me había dejado muy claro que dado el caso actuaría sin contemplaciones y que no le temblaría el pulso si tuviera que echar mano del arma.

Travis era un tipo sin escrúpulos y sin tabúes, que sabía muy bien por donde se movía. No como yo que no sabía dónde me había metido. O tal vez sí, pero me negaba a la evidencia.

La pasta mandaba y yo carecía de ella. Tenía que seguir. No me quedaba otra.

—Puedo conseguirte una igual a un buen precio.

—¡Joder…! Te lo agradezco Travis. Pero no, colega… Yo paso de esas mierdas.

Hizo morritos y asintió.

—Vale. Ojalá no llegue el día en el que te arrepientas por no haber tenido una a mano. Ya me entiendes, como seguro de vida y eso —hizo un sonoro gargajo y escupió al suelo, junto a las rendijas de una alcantarilla— Como bien decía mi madre que en paz descanse: «Prefiero que llore tu madre que la mía».

—No lo creo —Le interrumpí esta vez en seco y con malas pulgas. Para zanjar el tema de una vez, pues su comportamiento me estaba empezando a incomodar. Travis se estaba tomando demasiadas confianzas para mi gusto.

*«Por si acaso, por si acaso…»*

¡No necesitaba nada de eso!

Maldita sea. Sabía que no se trataba de un trabajo de oficinista, pero tampoco quería mancharme las manos de sangre. Ni de mi sangre, ni de la de nadie.

Al poco y para mi salud mental, tres desconocidos acudieron a la cita.

El intercambio fue rápido, directo al grano. Ausente de palabras.

Y yo permanecí en un segundo plano. Expectante. Analizando la situación desde mi posición. Con la boca cerrada herméticamente y rígido. Con los brazos doblados, aparentando ser un tipo duro.

Y, lo más importante: manteniéndome con la puta mente… fría.

# 10

Si hubiese observado todas las reglas,

nunca hubiese llegado a ninguna parte.

*MARILYN MONROE*

*Valentine Dunne*
*Diciembre de 2017*
*Dreams & Coffee Bar, Brooklyn*

—¡Vaya, qué extraño…!

Me quedé con el teléfono en las manos observando como la pantalla se apagaba lentamente.

En seguida Pipper, como si de un rayo láser se tratara, en sólo seis grandes zancadas, corrió hacia donde me encontraba. Desde el otro extremo de la barra y zigzagueando entre varias cajas apiladas, a pesar de ser una persona macetuda.

—¿Qué pasa, Valentine?

La miré de reojo.

—¿La verdad? No lo sé muy bien… —le respondí casi en un susurro— Acabo de hablar con Bobby… Y sólo ha llamado para decirme que hoy no se me ocurra retrasarme a la salida del trabajo.

Pipper se encogió de hombros.

—¿Y qué hay de malo en eso? Él siempre ha sido así: controlador y mandón.

Arrugué la nariz, pensativa.

—Cierto, y no habría nada de malo en eso si no fuera porque aún no existen precedentes de un Bobby Taylor llamándome en horas de trabajo.

—Bueno, en ese caso: ¡alégrate mujer! Tu marido se preocupa por ti. Míralo por el lado bueno.

Fruncí el ceño, confundida.

—Tal vez tengas razón… De todos modos, no es lo que ha dicho, sino cómo lo ha dicho —me coloqué un mechón detrás de la oreja y guardé el móvil en el bolsillo trasero del pantalón— Muy a mi pesar me temo que huele a sorpresa. Y ya sabes lo que pasa cuando se encabezona en preparar una sorpresa. Miedo me da…

Pipper me cogió de las manos con suavidad.

—Cielo, deberías darle un voto de confianza a tu marido. Déjate llevar, déjate sorprender. Seguro que serán buenas sus intenciones.

—Te lo digo muy en serio. Sabes que lo que temo no son sus intenciones, sino los preparativos previos para materializar esas dichosas intenciones.

Hice una mueca de aturdimiento al rememorar lo sucedido el año anterior: la cocina hecha un infierno al estilo Rambo.

Y lo cierto era que me dolía en el alma tener que reconocer que era la misma cantinela de siempre pues mi aura apestaba a resentimiento.

Sé que en ocasiones los demás, podrían tacharme de rencorosa y razón no les faltaría.

En resumen, cumplí, pues aquella noche salí puntual de la cafetería. Tal y como Bobby me había hecho prometer.

Nada más pisar el suelo de nuestra humilde morada, él ya estaba esperándome, apoyado en el quicio de la puerta, con la mirada relajada y ¿bien vestido?

¡Por los clavos de Cristo!

Camisa blanca y planchada (cabe matizar), pantalón de corte recto en color azul oscuro y zapatos híper/mega/ultra limpios…

¡Guaaaaau! ¡Guau y guau!

Si en otra vida me lo hubiese cruzado por la calle, le hubiese piropeado de lo guapísimo que estaba. Si hacía memoria, era muy probable que la única vez que le había visto tan elegantemente vestido y aseado, fue en el día de nuestro enlace matrimonial.

Alcé una ceja sin poder desprenderme de su mirada.

¿Conocéis el dicho aquel de: «una mirada dice más que mil palabras?» Pues bien, así es como en innumerables ocasiones Bobby se comunicaba conmigo. Con su mirada… con su intensa y felina mirada.

—Hola, Bobby.

Justo entonces, él observó su vulgar *Rolex* de imitación.

—Las once. —Aseveró serio y me robó un casto beso en los labios. Demasiado casto para mi gusto y más viniendo de él. Creedme si os aseguro de que Bobby en sus actos era de todo menos decente—. Perfecto. Has llegado a la hora precisa.

—A la hora precisa, ¿para qué?

No sé para qué me esforcé en preguntar eso pues no obtuve respuestas. Por lo visto Bobby se había encaprichado en estar en modo misterio. Pero a cambio, me regaló una sonrisa tremendamente seductora y muy, muy pícara. De esas que me obsequiaba en cuentagotas y que me provocaban espasmos e impuros pensamientos lujuriosos.

—¡Chiiiist…! —Me cogió de la mano y tiró de mí en dirección al salón—. Ahora, sígueme, nena.

Bobby empezó a cantar el estribillo de *I was born to love you*. Era la misma canción que sonó el día de nuestra boda. Salvo, a diferencia de otras veces, no parecía estar borracho sino risueño.

Me reí de la situación pues su breve actuación, fue acompañada de un bailecito muy cómico. Y animadamente, contagiada por el buen ambiente, pronto me uní a él para cantar al unísono:

*—I wanna love you, I love every little thing about you… I wanna love you, love you, love you…*

Me di cuenta de que me miraba por el rabillo del ojo antes de echarse a reír sin contención.

Hacía mucho tiempo que no nos reíamos juntos. Y lo echaba de menos.

—¿Por qué te ríes tanto, Bobby? ¡Ambos sabemos que cantamos de pena!

—Ja, ja, ja… Lo sé.

Sonreí una vez más.

—Me fascina esta canción.

—Es nuestra canción… —me corrigió al instante.

—Sí, nuestra canción —añadí con la voz algo entrecortada.

¿Bobby Taylor en plan romanticón?

¡Uf! Me derretí al instante.

Aprovechó para devorar mi sonrisa con un beso. Y a diferencia del beso de hacía sólo unos minutos, ése no fue un beso convencional, sino uno con saliva, con lengua y con campanilla. De los que te hacen viajar a la estratosfera y te dejan sin aliento. De ésos que se dan con todos los sentidos activados y que deseas que no acaben nunca.

—Bobby…

Entre trompicones, le seguí a través del pasillo a nuestra habitación. Y justo al abrir la puerta de una puntada, me di cuenta que había algo sobre la cama. Un vestido. Uno en dos tonos: negro con encaje de cintura para arriba y rosa perlada, la falda. Acto seguido, miré a los pies de la cama y para mi sorpresa se hallaban unos lujosos y relucientes zapatos a juego.

Abrí la boca de par en par, asombrada.

—Pero, ¿qué es todo esto, Bobby?

Me abrazó por la espalda y colocó sus labios tras mi oreja para susurrarme al oído unas palabras mientras yo permanecía con la boca entreabierta:

—Y esto no es más que una pequeño anticipo de mi sorpresa.

—¿Hablas en serio?

—Ajá.

Me besó en el cuello y yo me di la vuelta para mirarlo a los ojos. A sus oscuros y penetrantes ojos negros.

—Jamás he tenido nada parecido, porque jamás nos lo hemos podido permitir.

—Lo sé, nena. —Me rozó la cara con la yema de los dedos, resiguiendo el arco de mis pómulos, acariciando mi piel muy lentamente— Y ya va siendo hora de ir cambiando esos feos hábitos, ¿no te parece? —Sentenció rotundo—. De ahora en adelante ya puedes irte acostumbrando a tener cierta calidad de vida.

Tragué saliva despacio pero intensamente, hasta el punto de creer que Bobby pudo oír el burbujeo de la espuma al bajar por mi tráquea.

—Pero, ¿de dónde demonios ha salido tanto dinero?

Bobby se encendió un pitillo y de paso, meditó la respuesta.

—Valentine, ya te dije que me ganaba muy bien la vida con el nuevo trabajo.

—¿Pero tanto?

—Así es.

Mi rictus cambió de golpe y puse las manos en jarras.

—Bobby Taylor, ¡ni se te ocurra tomarme por tonta…! Todo el mundo sabe que un chofer no se permite vivir tan despreocupadamente.

—O tal vez sí —dijo tan seguro de sí mismo que no dio lugar a dudas— Soy bueno en mi trabajo. Más bien, soy el puto amo. Y por consiguiente y en contraprestación a mi enorme esfuerzo, recibo propinas.

—¿Propinas tan generosas?

—Sí, las propinas acostumbran a ser muy… muy generosas.

Lo miré con cierto escepticismo pues no acaba de creerme lo que me estaba explicando.

Bajé la cabeza un segundo.

—Nena, mírame. —Sujetó mi barbilla para alzar mi mirada— Te aseguro que no debes preocuparte por nada. Te doy mi palabra.

Lo miré en silencio y en seguida, me vino a la memoria los malos momentos que pasamos en el trascurso de su anterior despido. Recordé con pelos y señales la angustia que él experimentó durante largo tiempo al estar desempleado. Estando a la deriva, sin rumbo y sin aspiraciones. Ahora en cambio se le veía tan ilusionado que me hizo sentir que no era quién para arrebatarle esa sensación.

Cerré los ojos y respiré hondo pues había llegado el momento de concederle el dichoso beneficio de la duda. Esta vez y sin que sirviera de precedente, Bobby Taylor se lo había ganado con creces.

1:41 PM

Sólo os diré que la velada fue increíble, especial y de cuento de hadas.

Él, vestido con un traje chaqueta que le favorecía enormemente y yo, embutida en un vestido de princesa moderna al más puro estilo *hollywoodense*.

Cenamos en *Eleven Madison Park*, considerado uno de los cinco restaurantes más caros de Nueva York, con un menú degustación de doce platos maridados con un exquisito *champange* cuyas chispeantes burbujas explotaron sin cesar en mi garganta de una forma tan divertida…

¡Pim, pam, pum!

¡Como si fueran fuegos artificiales!

Lamentablemente por un instante ese sonido me trasladó súbitamente a la infancia; a los amargos recuerdos vividos en la casa de acogida de los Norton. Pero esa vez no al cuarto de castigo, a aquella cárcel infrahumana de cinco metros cuadrados e infestada de cucarachas del tamaño de una rata callejera. Esa vez me trasladé a gratos momentos, cuando ellos consideraban que mi conducta había sido correcta o que había progresado adecuadamente.

Entonces, cuando ocurría ese milagro, cuando según ellos me portaba bien y había sido una niña buena, me premiaban con una bolsa de Peta Zetas de cola para que mantuviera la boca cerrada y no entraran moscas.

Era un premio a la buena conducta, semejante a los que se dan a los perros cuando estos consiguen darte la patita.

Un detalle sin mayor trascendencia que me negaba en redondo a que fuese lo más destacado de esa noche. Nuestra noche.

# 11

Rompe las cadenas de tu pensamiento,

y romperás también las cadenas de tu cuerpo.

*RICHARD BACH*

*Jack Tucker*
*Diciembre de 2017*
*Upper West Side, Nueva York*

—Mi vida, descansa. Recuerda que aún estás convaleciente y que no debes realizar esfuerzos.

—Julia, sabes que no me olvido, ¡pero es que no puedo evitar sentirme como un completo inútil!

Miré a mi mujer desolado, me sentía tremendamente angustiado. Siempre me había considerado un hombre dinámico (a pesar de rozar casi lo patológico) y viviendo siempre con una lista interminable de cosas pendientes por hacer.

—Me conoces, sabes que no valgo para dejar pasar las horas muertas sin hacer nada de provecho.

—Heyyy, Jack… Tranquilo, vamos, respira hondo.

Julia me sujetó de los hombros y mientras me realizaba un rápido masaje en esa zona, me acompañó al sofá.

—Hablo en serio cuando digo que deberías tomártelo como unas vacaciones: unas merecidas vacaciones, dicho sea de paso.

—Salvo por una particularidad.

—¿Cuál?

—Que no son vacaciones.

—¡Pues claro que no lo son! Nadie ha dicho que lo fueran, sino que te lo tomes como tal, Jack. Además, sabes que por más que te obstines, tú y yo sabemos que no te queda otra.

Sin prisas pero sin pausas, me obligó a sentarme en el sofá, se acuclilló frente de mí y empezó a descalzarme sin prisas.

—Jamás imaginé que fueras a ser tan mal paciente.

—¡Buf, soy el peor! Además, podías haberlo imaginado. —Alcé una ceja ante la evidencia—. Me conoces y sabes que no soporto estar recluido en casa, sin propósitos inmediatos, sin metas a medio plazo, sin…

Ella meneó la cabeza en señal de desaprobación.

—Un consejo Jack: no le des tanto al coco —me golpeó la sien con la punta del dedo—, no pienses tanto. Te aseguro que eso no es saludable y no te beneficia en nada.

A ver, no era por desmerecer sus buenas intenciones, en absoluto, porque probablemente yo en su lugar hubiese obrado de la misma forma. Yo hubiese tratado de animarla y de quitar hierro al asunto, salvo por el mero hecho de dar consejos desde una posición tan privilegiada como la suya pues distaba mucho de cómo me sentía yo: recién operado (abierto en canal) y con un corazón maltrecho a la espera de que un día dejara de funcionar para siempre.

Esa era mi implacable realidad a corto plazo…

¡Tic, tac, tic, tac…!

# 12

Antes de actuar, escucha. Antes de reaccionar, piensa.

Antes de gastar, gana. Antes de criticar, espera.

Antes de rezar, perdona. Antes de rendirte, inténtalo.

*ERNEST HEMINGWAY*

*Bobby Taylor*
*Hace seis años, en Brooklyn*

Recuerdo que aquel día llovía a cántaros, con rabia, como si Dios hubiese cogido un buen cabreo y lanzara toda su ira en forma de tempestad contra el mundo.

Por aquel entonces me ganaba la vida de mecánico y chico de los recados en *Merckel*, un pequeño establecimiento familiar a las afueras de la ciudad. No pagaban una mierda y trabajaba más horas que las previstas por la ley, pero ese curro y su gente me habían ayudado a sentirme una persona útil a vista de todos.

Tras acabar la jornada, de vuelta a casa (un trayecto en línea recta de unos treinta y cinco minutos a pie), al pasar por delante de un oscuro callejón, creí oír una especie de quejido a pesar del incesante borboteo de la lluvia al caer.

Me detuve en seco, en medio de un claroscuro y giré la cabeza, mirando en esa dirección, a ese singular sonido y vi algo, algo que trataba de refugiarse entre los mugrientos contenedores de basura y que no era precisamente un animal, de eso estaba seguro pues entre penumbras se adivinaban desdibujados los contornos de una figura humana.

Dejé el pack de cervezas en la acera y me acerqué con cautela ya que no sabía qué era lo que podría encontrarme, o más bien con quién.

En cualquier caso, tenía muchas papeletas para toparme de bruces con un vagabundo muerto de hambre y borracho hasta las cejas o incluso un yonqui metiéndose su último chute de heroína.

Pero, reconozcámoslo, por aquel entonces era demasiado cotilla o inconsciente (según se mire) para seguir mi camino, marcharme a casa y quedarme con las ganas de saber el origen de esos lamentos.

De modo que me adentré en la oscuridad, digamos que más bien el lugar me engulló sin miramientos para luego mimetizarme en las entrañas de la noche.

No había dado ni diez zancadas cuando de repente una voz femenina irrumpió de la nada.

—¡No te acerques, estoy armada!

En ese momento, mis ojos se abrieron por completo.

Joder.

Se trataba de una jovenzuela de no más de diecisiete años, completamente empapada hasta las trancas, con toda la ropa pegada a su menudo y escuálido cuerpo. Juro que era lo más parecido a un fantasma.

—Hola…

Desoyendo sus amenazas, di varios pasos al frente.

—¡Quieto o disparo!

Quitó el seguro del arma, al parecer hablaba en serio. No era un jodido farol.

—No tengas miedo… yo —dije para tratar de calmar los ánimos en un tono suave y conciliador.

Justo, en ese preciso instante un rayo iluminó el lugar y pude ver por primera vez su rostro. Y lo que vi, no fue en absoluto de mi agrado. La muchacha tenía un ojo morado y el labio partido.

Entonces, sin quitarme de encima sus enormes y atentos ojos almendrados de lince, me acuclillé y aproveché para estudiar su rostro a conciencia.

Era surrealista pero a pesar de tener el pelo pegado a su cara como una maraña oscura como el tizón, algo me decía que en otro momento de su vida (uno mejor), había sido una chica preciosa.

Se enjugó los ojos con el puño y luego los desplazó de izquierda a derecha. Deduje que buscaba respuestas y que, además, quería cerciorarse de que andaba solo.

—¿Necesitas ayuda?

—¡No! —Alzó la voz casi desgañitándose al hacerlo. Como un grito de guerra y, con una expresión furiosa, añadió—: ¡Lárgate de una puta vez!

Joder. Sabía que no era asunto mío y que lo mejor hubiese sido hacerle caso, dar media vuelta y volver por donde había venido. Sin embargo algo me retenía allí. Era incapaz de marcharme y abandonarla. Sola y magullada como un pobre perro desvalido.

—¿Estás bien? —Insistí— Quisiera ayudarte.

—¡He dicho que te marches!

Y, de pronto, en un visto y no visto, sonó un disparo junto a mis pies, dejando muy claro que el siguiente disparo sería certero y dejaría de ser una advertencia.

—¡Mierda! —Parpadeé al tiempo que trastabillé y caí, impactando violentamente mi trasero contra un charco— Pero, ¡¿te has vuelto loca? —Respiré con bastante dificultad— ¡Me cago en mi puta vida…!

No tardó ni un segundo en apuntarme de nuevo con la pistola al tiempo que yo permanecía en el suelo con la mano cubriendo mi oído derecho, pues el estruendo del disparo pese a ser de balines, aun retumbaba en mi cabeza.

—Márchate, por favor… Déjame sola —dijo esta vez angustiada sin sonar amenazante. Y, mirándome por primera vez a los ojos, concluyó—: No puedes ayudarme. Nadie puede…

A continuación, se le enmudecieron los ojos e hizo ademán de abrir la boca para decir algo más, pero se arrepintió. Luego, apartó la mirada para enjuagarse con tesón las lágrimas.

Creo que fue justo en ese preciso momento cuando lo tuve claro. En ese momento lo supe. No iba a irme de ese lugar. No sin ella.

—Lo sé, estoy convencido de que no puedo ayudarte. Y quizá nadie pueda, pues tu cara me dice que debes estar pasando un puto infierno. —Hice una pausa intencionada, para tratar de ser lo más convincente posible y así llevármela paulatinamente y sin que se diera cuenta a mi terreno — Aunque, ¿no sería mejor pasar de esta puta mierda y acompañarme a un sitio mejor. A mi humilde morada, por ejemplo. Allí podrás entrar en calor, comer algo y dormir un poco. Y si te ves con ganas, podríamos ver juntos como Grady Sizemore tras su operación de rodilla del año pasado dispara un home run en su reaparición con los Cleveland. ¿Qué te parece?

Y… ¡ocurrió el milagro!

Una fracción de segundo después, por verosímil que resultara, ocurrió el puto milagro. Pasó algo que me dejó sin habla. Ella, la misteriosa muchacha del callejón, me obsequió con una tímida sonrisa ladeada. ¡Al fin!

¿Qué podía alegar en mi favor? Pues muy simple, que a pesar de resultar a menudo un completo payaso deslenguado, en ocasiones, eso tenía su recompensa. Y si no, a las pruebas me remito. Digamos que ése podría considerarse mi primer paso. Robarle una media sonrisa. A pesar de que el siguiente me costó sangre, sudor y lágrimas llevarlo a cabo. Convencer a alguien que confíe en un completo desconocido, no es tarea fácil. Así que me puse en modo plasta y no dejé de insistir hasta lograr convencerla.

Y así fue como Valentine Dunne irrumpió en mi vida; en mi desordenada y austera vida. Poniéndola más patas arriba todavía, pues sus problemas se toparon de bruces con los míos.

A pesar de eso, desde un primer momento, ambos conectamos a la perfección como en una especie de mística simbiosis. En seguida, nos cuidamos mutuamente, velando incansablemente el uno por el otro aunque a veces se nos atragantara la convivencia pues siendo franco, el tener a nuestro pequeño sin siquiera planificarlo, el ahogarnos con las dichosas deudas y el tratar de encajar nuestras fuertes personalidades aunque fuese ayudado por un calzador… no era moco de pavo.

A fin de cuentas, esa nunca fue mi idea de vida, aunque sí resultó ser lo más cercano que estuve de tener una vida real.

# 13

*Amad a vuestros enemigos, porque os dirán vuestros errores.*

*BENJAMIN FRANKLIN*

*Valentine Dunne*
*Diciembre de 2017*
*Dreams & Coffee Bar, Brooklyn*

Gracias al nuevo empleo de Bobby pude devolver el dinero que Pipper me había prestado hacía un tiempo, llenar la despensa de comida, renovar el vestuario de Matt, darnos algún que otro caprichito y, lo más importante de todo: sentir un enorme desasosiego económico además de limar ciertas tensiones entre mi marido y yo.

Dicen que el dinero no da la felicidad pero… ¡demonios cómo ayuda!

2.17 PM

—¡Eh, morena, sirve ese plato de una vez!

Levanté las cejas y miré de soslayo al anodino maleducado de turno que tenía a las tres, a mi derecha, acodado en la barra, ladrándome desde lo lejos para clamar mi atención.

El susodicho tenía los ojos vidriosos, la nariz y las mejillas encendidas.

—No se preocupe, lo tendrá en la mesa en dos minutos. —Aclaré y le sonreí con los labios apretados.

«Capullo.»

Así eran las normas de Pipper, escasas pero estrictas: «Sé rápida, proactiva, simpática y siempre sonriente. Nunca olvides que la clientela es la que nos da de comer». Por ese motivo debía tragarme los comentarios ofensivos, machistas y denigrantes… Y todo por el bien del negocio. Y, aunque llevase más de un lustro sirviendo mesas en aquel antro soportando carros y carretas, aún seguía sin acostumbrarme al apestoso ambiente.

Y creo que jamás lo haré.

Lo único que apaciguaba parte de mi malestar fue que, de un tiempo a esa parte, tenía en mi cabeza un presentimiento recurrente. Una especie de buen augurio, de buen Karma…

Algo dentro de mí me alertaba de que el nuevo empleo de Bobby iba a darnos muchas alegrías, pues los cambios de aires siempre son acertados.

—¡¿Qué coño pasa con mi plato?!

Oí blasfemar cerca de mí. Al parecer el tipo seboso se había colado detrás de la barra y ahora agarraba con fuerza mi brazo.

—Suélteme…

Pronto, se inclinó hacia mí, pegando su cara a la mía, dispuesto a gritarme en el oído.

—¡¿Estás sorda?! —Farfulló.

Apestaba a alcohol.

—¡Le he dicho que me suelte…! —Esta vez fui yo quien le chilló pues me harté de formalismos.

Di un paso atrás para tratar de zafarme de su amarre, pero me fue imposible. El muy sinvergüenza cada vez clavaba más los dedos en mis carnes.

Miré hacia atrás y hacia los lados, con rapidez y me di cuenta de que todo el mundo observaba la escena con curiosidad como si de un culebrón de la tele se tratara, pero nadie movía un ápice para tratar de socorrerme.

Ver para creer…

Así que no me quedó más remedio que ser yo misma quien pusiera fin a esa tropelía, propinándole un rodillazo en la entrepierna lo suficientemente fuerte como para hacer que aullara como un animal y se tambaleara hasta la mesa más próxima.

Pipper tras oír alboroto no tardó en salir del almacén que había al otro lado de la cocina y correr a mi encuentro.

—¡Por los clavos de Cristo! —Abrió mucho los ojos— Valentine, mi pequeña ¿estás bien?

—Ahora sí.

Con los ojos como platos, observó el moratón del brazo y pronto tomó cartas sobre el asunto, aplicando el derecho de admisión sobre el menda que no paraba de echar pestes por su boca mientras salía del local.

«¡*À plus tard*, mamón! ¡Que te jodan en otro lugar!»

Al llegar a casa, tras la jornada laboral, quise meterme en la cama para olvidarme del suceso, aprovechando que Bobby seguía en el trabajo y Matt en la escuela. Así que me descalcé y cuando abrí el armario para dejar las zapatillas, vi una cajita de hojalata que no había visto nunca.

Dejé las bambas a un lado y la abrí, presa de la curiosidad. En su interior hallé siete fajos de mil dólares cada uno y un arma de fuego oculta en un pañuelo de terciopelo negro.

—¡Oh, Dios mío…!

Pronto, unos pasos fuertes de botas irrumpieron en la habitación. Era Bobby. Por algún motivo que desconocía ese día había regresado antes a casa.

Ambos nos quedamos mirando en silencio con los ojos muy abiertos, sorprendidos tras el hallazgo. Claro. Ninguno esperaba al otro y la ocasión se pintaba tensa a más no poder.

¿Conocéis esa situación? ¿Esa en que es mejor no mediar palabra para no joder más la situación? Una situación embarazosa. Él me había pillado infraganti husmeando en su caja de los horrores y yo le había cazado escondiendo algo de vital trascendencia en nuestro hogar, *dulce hogar*.

Y, así nos hallábamos, bajo la cálida luz de una lámpara de techo en madera de mango y a punto de batirnos a duelo. Sin vaticinar de antemano quién de los dos iba a salir airoso… o peor

parado.

—¿Qué haces aquí, Valentine?

¿En serio me preguntaba eso?

¿Qué hacía yo aquí?

¿Y él?

Lancé el dinero sobre la cama y le mostré el arma.

—Dime la verdad y no me mientas, Bobby. —Tragué saliva— ¿Eres un puto traficante de drogas?

Me tembló la voz al imaginarme a mi marido codeándose con mafiosos y con gentuza altamente peligrosa.

Me entró el pánico.

—¡Contesta, maldita sea!

—Baja la voz, Valentine. —Carraspeó él y su voz sonó grave, pero extrañamente calmada—: Oye, te prometo que no es lo que parece.

Acortó las distancia.

—¡Alto! ¡Ni se te ocurra acercarte a mí!

Mentía.

Y esta vez no le serviría para echar balones fuera y culpar a otro. Es vez no. Lo que había hecho era muy grave. Tremendamente grave.

Abrí la boca, atando cabos.

Esperaba que me contara la verdad, aunque fuera aterradora, pues ese era el primer paso para tratar de arreglar todo aquello, empezando por asumir los errores.

—Ahora lo veo todo claro. Ahora todo encaja —abrí los ojos como platos ante la evidencia. Acababa de estamparme contra un muro de realidad— La ropa de marca, la comida en abundancia, la nueva furgoneta, los incalculables excesos, los innumerables caprichos…

—Ya te expliqué en su momento que me pagaban bien y que además se trataba de gente muy generosa. No sé de qué te extrañas.

Abrí más los ojos. Esta vez lo miré como si hubiese perdido el juicio.

—Déjate de gilipolleces, Bobby —puse mis brazos en jarras— ¿Dime en qué coño trabajas?

Él se quedó en silencio, mudo como una tumba.

—¡Dímelo, joder!

Carraspeó en su puño antes de responder.

—No es lo que parece, te lo juro, Valentine. Ni todo el dinero es mío… —Murmuró haciendo crujir los nudillos— ni me he metido en problemas. Además, no sé de dónde viene todo el cabreo.

—No puedo creerlo. ¿En serio acabas de decir eso, Bobby?

—Pues sí, coño. No sé de qué te quejas. Gracias a ganar pasta a raudales te estoy dando una vida de caprichos. —empezó a gesticular con los brazos, señalando aquí y allá— Vives como una reina y no te falta de nada. ¿Qué mierda importará de dónde venga la gallina de los huevos de oro?

Me llevé las manos a la cabeza por temor a perderla por momentos...

¡Era de locos! Trataba de defender lo indefendible.

—Importa y mucho, joder.

—Pues no debería de importarte en absoluto, nena. Lo tengo todo bajo control.

Negué con la cabeza con denuedo.

—Eres una inconformista, Valentine. Te quejas por todo. Te quejas cuando no entra dinero en casa, pero también cuando entra a raudales. Además, es la única forma que he encontrado de arreglar nuestros problemas económicos.

—Pero, no vale todo, Bobby… Y por supuesto que importa la procedencia del dinero. —Crucé los brazos bajo mis pechos en señal de desaprobación— ¿Y la pistola? ¿qué pasa con ella?

Alzó una ceja.

—El puto revolver no es mío.

—Y si no es tuyo, ¡¿por qué coño está en nuestra casa, en nuestra habitación y bajo el mismo techo que Matt?! —Le grité esta vez horrorizada a sabiendas que mis gritos traspasaron los tabiques y se oyeron desde la calle.

De nuevo Bobby y su actitud pasiva. ¿Cómo podía tener ese saque? ¿Por qué diablos permanecía tan inquietantemente calmado como si toda esa mierda no fuera con él?

¡Como si todo le resbalara!

—Te repito que no es mío. Y te lo demostraré devolviéndolo a su dueño. Nunca debí traerla a casa.

Bobby torció el gesto.

—No me jodas, Bobby. ¡A buenas horas mangas largas!

Mis ojos se anegaron en lágrimas hartos de tratar de contenerlas por más tiempo. Me sentía ultrajada, ninguneada y engañada por él.

—Bobby, te juro que no logro entender cómo has sido capaz de poner en riesgo la vida de nuestro hijo de esa forma. Por si aún no te había quedado claro: ¡la vida de nuestro hijo es lo más importante! —Estallé al fin como si hubiese explosionado una jodida tienda de pirotécnica, reventando a su paso las paredes y los techos, entre llamaradas de fuego para acabar reduciéndose a simple ceniza— ¡No vale todo, Bobby! ¡Y mucho menos a cualquier precio!

¡Dios!

Tenía tantas ganas de abofetearle, de arañarle la cara con las uñas, de hacerle entender que no había obrado bien y que todo cuanto hacía traía consecuencias. Sin embargo, no desaté mi ira contra él sino que la concentré en propinar un fuerte taconazo, en golpear el suelo con los pies y en esfumarme de su lado.

En esos momentos no quería verlo. No quería ver su cara. No quería estar cerca de él. Ni siquiera respirar el mismo oxígeno que él. Lo único que deseaba era salir lo antes posible de su radio de visión, de su alcance dañino para borrar su cara de mi retina.

Maldije entre dientes una retahíla de improperios que era mejor no repetir para no ofender a nadie. Y más tarde, di un portazo a la puerta que hizo retumbar las quebradizas cuatro paredes de cartón yeso de la estancia.

—¡Maldita sea…!

Me senté en el suelo, doblé las rodillas y me cogí la cara con las manos sin dejar de negar con la cabeza.

—No lo entiendo, joder… no lo entiendo.

Y empecé a llorar de impotencia y de rabia, respirando por la nariz con fuerza.

Me sentía exhausta y sobrepasada por tener que tolerar tanto pasotismo y tanta insensatez gratuita.

Al cabo de un buen rato, cuando me había desahogado todo lo indecible, me levanté y me lavé la cara y al observarme en el espejo, vi reflejado mi rostro enrojecido y los ojos abotargados.

Cuando salí de allí, Bobby ya se había ido sin siquiera despedirse de mí. Pero no me importaba lo más mínimo, pues sabía que eso formaba parte del ritual de una riña, de una de las famosas siete fases: enojo, perplejidad, silencio, llanto, gritos, frustración y reconciliación.

Era obvio que estaba atravesando la sexta fase.

# 14

Cuando el juego termina, las fichas vuelven a su caja.

*PAULO COELHO*

*Bobby Taylor*
*Enero de 2018, Brooklyn*

La mala vida, ese fue el principal motivo de mi perdición. Lo demás, fue todo rodado, cayendo como un jodido castillo de naipes.

Cuando el dinero entra rápido a tu vida, se va de la misma forma. Y, cuando te das cuenta del error que has cometido ya es demasiado tarde para enmendarlo.

Todo cuanto tenía lo aposté y todo de lo que era dueño lo perdí.

¡Para qué engañarnos! Incluso mi dignidad, esa también la perdí. Bueno, en el hipotético caso de haberla tenido alguna vez…

En definitiva, así estaban las cosas. Me hallaba en una situación espeluznantemente peor que hacía unos meses. Otra vez hundido en la más completa mierda y, para colmo de males, debiendo mi alma al diablo y… con intereses moratorios, no nos olvidemos.

Como era de esperar, a mi mujer no le dije nada. Primeramente porque no tenía ganas de que exagerara el tema más de lo debido y en segundo lugar, porque no quería que se volviera más paranoica si cabía.

Digamos que ella y yo, a menudo, solíamos tener… discrepancia de opiniones. Rara era la vez que Valentine y yo compartíamos el mismo criterio sobre las cosas triviales. ¡Pues imaginaos en las importantes!

En esta ocasión, opté por la vía sencilla: mantenerlo en secreto. Tenerla engañada, pero feliz. Que creyera que todo iba suave como la seda y que yo seguía manteniendo el control de todo.

¡Pobre Valentine…! Pobre ilusa.

12.41 PM

A esa hora me hallaba sentado en la silla de la sala de espera en el HSBC North America Holdings. No era casualidad que se tratara de la misma entidad bancaria que nos había concedido los créditos y la hipoteca de nuestra casa.

A última instancia había acudido allí, pues necesitaba, primaba, urgía como el respirar, que alguien me lanzara un puñetero flotador para mantenernos con vida en medio de la nada. Y arreglara, aunque fuese con putos parches, los problemas económicos que arrastraba desde hacía, ya, demasiado tiempo.

Respiré profusamente con cierta sensación de angustia mientras me recolocaba el cuello de la camisa. No estaba acostumbrado a vestir de esa forma tan elegante, sino a mi aire, más desenfadado y ese tipo de *ropaje* me provocaba urticaria en la piel.

«¡No sé por qué coño tardaban tanto en recibirme!»

Llevaba más de cuarenta minutos a la espera y mis nervios estaban a flor de piel, convencido de que tanta demora iba a causarme una úlcera. Joder. El condenado estómago me ardía. Sentía como si en mi interior hubiesen ratas atrapadas, hurgando con sus largas y puntiagudas uñas, tratando de buscar una salida desde mis entrañas hacia el exterior.

Me notaba las palmas de las manos frías y sudorosas, las cuales no cesaban de temblarme, como si un Juez acabara de dictaminar sentencia para enchironarme en el corredor de la muerte para el resto de mi existencia.

Por suerte, minutos más tarde, la puerta del despacho se abrió y un hombre de mediana edad, alto, calvo y con una cara bastante agradable, apareció tras ella.

Ladeé la mirada hacia él, cerciorándome de que el tipo en cuestión no paraba de observarme sin cortarse un pelo. Analizándome al dedillo. Prejuzgando mi aspecto y de paso mi puta jeta. Haciendo juicios de valor sin conocerme.

¡Maldito *esnob*!

Luego, tras obsequiarme con una impostora sonrisa comedida, me invitó a pasar acompañado de un apretón de manos.

—Tome asiento. —Su voz de pito crispó en cierta forma la uniformidad de la sala. Dicha estancia estaba revestida de madera de roble de arriba abajo: paredes y suelo. Y los muebles, de apariencia caros, me alertaban de que solicitar un nuevo crédito, iba a ser una tarea bastante complicada.

Dicho esto, cerró la puerta tras de mí y fue entonces cuando su desagradable aliento húmedo movió las greñas de mi nuca de un lado a otro.

Me senté.

La silla aún estaba caliente de haber sido ocupada por otra persona.

—Usted dirá, ¿en qué podría ayudarle?

«Pues verá… soy Bobby Taylor: un Don nadie. Un borracho, ludópata, además de un mentiroso compulsivo que necesita con urgencia pasta gansa para poder hacer frente a todo un lastre de deudas de juego. Y, ya de paso, poner algo de orden en mi vida. Vestir, calzar y alimentar como es debido a mi familia, la cual tengo dejada de la mano de Dios. Porque… aunque me duela reconocerlo, no he podido o, mejor dicho, no he sabido hacerlo mejor.»

La verdad era esa. La verdad que sólo yo conocía. Pero, como es obvio, preferí morderme la lengua y abordar el asunto de otra forma. Una, a todos los efectos, menos… sangrante y humillante.

—Verá. He acudido a usted. Bueno, a este banco —miré a mi alrededor—, porque necesito que me dé… Ehm… Necesito una solución rápida a mis deudas —pronuncié con temple o lo más tranquilo que pude estar. Fingiendo tener controlada la situación.

«Mi pequeña embarcación iba a la deriva y hacía aguas por todas partes. Estaba a punto de

hundirse en tierra de nadie…»

Tras mi escueta introducción, el tipejo empezó a observarme circunspecto y en completo silencio, con sus ojos oscuros y acuosos.

Al poco, se frotó las manos.

—No se preocupe —dijo, dedicándome una leve sonrisa con la intención de normalizar todo aquello— Estudiaré su caso en particular y le buscaré una solución, siempre la que sea la más plausible para usted.

«¿Plausible? ¿qué coño significaba esa puñetera palabra?»

Supongo que puse mi cara de: «a mí explícamelo, pero en cristiano» pues el susodicho al momento, lo aclaró:

—Le propondré la solución más recomendable.

«¡Ah, okey! Eso mismo…»

Asentí, rápidamente, a sabiendas que sus palabras estaban hechas a medida, estudiadas y muy trilladas. Seguro que eran las mismas que solía utilizar con putos ceros a la izquierda como yo, marginados de la sociedad, despojos humanos…

Aunque, todo eso me importaba un bledo y me lo pasaba por el forro de…

—Así, a bote pronto y haciendo un rápido recorrido por su historial… —dijo interrumpiendo mis pensamientos sin siquiera dejar de mirar a la pantalla de la Surface. Crucé los dedos— Tiene concedidos varios microcréditos y una hipoteca de interés variable con vencimiento a treinta y cinco años.

Levantó la vista para observarme, ceñudo.

«¡Sí, bravo! —Aplaudí mentalmente— ¡Premio para el caballero del peluquín! —Torcí la boca en una mueca— Menudo descubrimiento acabas de hacer, ¿eh, chaval? Sí, en efecto. Valentine y yo estamos completamente arruinados. ¿Por qué otro motivo iba a mover mi culo hasta aquí? Entenderás que tengo otras cosas mejores que hacer que patearme media ciudad para verte la cara de soplapollas…»

—No disponen de liquidez.

Puse los ojos en blanco, aún no estaba listo para una negativa. No tan pronto…

—Y… mucho me temo que la única aportación económica que existe a fecha de hoy es la de su esposa, la señora Taylor.

—Esto…, Valentine Dunne…, así es como se llama ella —sonreí y carraspeé al mismo tiempo, tratando de hacer la charla más dinámica, más coloquial y por qué no, que sintiera un puto ápice de empatía hacia nosotros. Incluso de misericordia, si me apuráis— Ella es tremenda, je je je —Terca, pensé— Ella, ella siempre ha preferido mantener su apellido de soltera… Cosas de mujeres, usted ya sabe.

El hombre me lanzó una mirada menos condescendiente si cabía y empecé a notar como el aire se enrarecía y mis axilas a empapar la camisa.

Lo olía, el muy cabrón estaba a punto de denegarme el nuevo crédito que iba a mantenernos a flote unos meses más. Lo vi en su cara, lo leí en su mirada y lo olí en el cargado ambiente que nos envolvía.

Joder. Debía hacer algo para impedírselo. Lo que fuera… Bajarme los pantalones, llegado el caso y aceptar sin rechistar todas las puñeteras condiciones que me obligara a firmar.

—Verá usted señor Taylor. Créame si le digo que me gustaría darle buenas noticias, pero… —se detuvo un mísero segundo antes de proseguir—: por el momento me temo que, dada su actual y precaria situación, me veo obligado a sugerirle que regrese de aquí a un tiempo, cuando las cosas empiecen a irle mejor y cuando sus ingresos se vean aumentados. Así podrá ser capaz de hacer frente a los recibos del nuevo crédito.

Me froté los ojos como si estuviera ante un espejismo. No podía creer lo que estaba oyendo…

—Lo primero que haremos será procurar rebajar esa enorme bola de nieve con riesgo a convertirse en un peligroso alud.

Aspiré aire entre los dientes en tres ocasiones y me encorvé sobre la mesa.

—Escuche, por favor… —dije en tono seco, apesadumbrado y al borde de la derrota— Necesito ese crédito. Debe concederme ese crédito. Usted tiene que ayudarme, se lo ruego…

De inmediato, saqué de la cartera una foto de mi hijo Matt y la deslicé a su lado de la mesa. En ella se reflejaba a un niño sonriente, sano y ajeno a la vida de mierda que le rodeaba y al futuro incierto que le esperaba si no se apiadaba de nosotros.

—Mire. Este es mi pequeño —empecé a decir con la voz trémula pese a intentar mantener un tono sereno—, se llama Matt y… es un niño alegre… se lo aseguro. Es una personita que no tiene la culpa de nada. Alguien que no debe pagar mi mal hacer, mi mala cabeza —tragué saliva con resquemor—. Alguien que merece una oportunidad. La oportunidad que usted va a darle —eché un vistazo a su mesa y leí su nombre gravado en una placa—… señor Thomson, por favor.

Sin titubear y sin temblarle el pulso, dio la vuelta a la foto y la deslizó de vuelta a mi lado de la mesa.

—Mire. Se lo explicaré una sola vez para que le quede claro: en los treinta años que llevo como director en esta oficina, jamás el chantaje emocional ha sido decisivo para una toma de decisiones. —Sonó tremendamente ofendido— Por lo que le advierto que si desea continuar sentado en esa silla y dirigiendo el hilo de la conversación hacia ese lado, deje de hacerlo lo antes posible.

—Joder.

—Además, insisto. Ya se lo he comentado antes: venga cuando se sienta más desahogado económicamente hablando.

¿Ya está?

¿Eso era todo?

¿Y mi tiempo?

¿Y mi dignidad?

Todo quedó a la altura del betún…

¡El muy cabrón me estaba echando a patadas de su oficina!

—¡¿Cree que si tuviese el dinero que dice usted vendría aquí a perder mi jodido tiempo en solicitar un puto crédito y de paso ver su cara de memo?!

Me levanté de la silla impulsado por la furia de mil demonios.

—¡¿Cómo se atreve?!

Él abrió mucho los ojos y pestañeó contrariado. La sangre no tardó en ascenderle rauda a la cara.

—Lo que debería hacer es mostrar algo de humanidad… ¡Jodido clasista de mierda…! —Mascullé, notando como mis ojos rápidamente se inyectaban en cólera.

—Le ruego que cuide su lenguaje o me veré obligado a llamar a seguridad.

El tiparraco alzó el auricular del teléfono con la intención de colocárselo en el oído.

—No hará falta. Conozco la puta salida.

Y me largué de allí, no sin antes propinar un fuerte portazo, para deleite de mi salud mental.

La vida me había enseñado que no es bueno contener la ira, ni siquiera la rabia del momento. Y, que además, te quedas relajado una vez te despojas de esos malos pensamientos. Ya fuese a golpe de un portazo, de una patada o de un puñetazo.

¡Qué iba a hacer!

Yo era de la vieja escuela y os aseguro que es la más dura que existe. Además, me había criado como un salvaje entre salvajes.

¡Mamón, hijo de la grandísima…!

Entré a trompicones en la furgoneta que aún olía a nueva y saqué una botella de vodka que había oculta en la guantera. No tardé ni un segundo en desenroscar el tapón y empezar a dar generosos sorbos.

Ese era mi momento.

Deseaba con todas mis fuerzas quedarme semiinconsciente, para permanecer ajeno al mundo que me rodeaba, a las mierdas en las que estaba metido y en las que cada vez me estaba hundiendo más y más…

Pero, Justo en ese momento, un repiqueteo en la ventanilla me alertó de que un par de ojos me observaba desde fuera.

—¿Bobby? ¿Bobby Taylor?

Mi respuesta no se hizo esperar.

Miré a la cara de ese tipo que permanecía agachado, quien, sin quitarme ojo a través del cristal, estaba a la espera de mi reacción.

Era un tipo alto, más o menos de mi estatura pero bastante más delgado, de pelo negro rizado muy, muy corto y ojos saltones, parecidos a los de la rana Gustavo de Barrio Sésamo, ¿os acordáis?

Lanzó un suspiro.

—¡Venga hombre…! —Espetó alzando las manos al aire— Pero, es que… ¿no te acuerdas de mí?

En honor a la verdad, no estaba de humor para jugar a las adivinanzas. Además, mi cerebro estaba tan ahogado en vodka que tenía serias dificultades para recordar una mierda.

—¡Debería darte vergüenza haberme olvidado tan pronto! —Se echó a reír con ganas— Tú y yo. Las Vegas. Año 2010.

Se remangó la ropa para mostrarme un espantoso tatuaje en su antebrazo izquierdo: una malograda recreación de la cara del payaso IT, de la novela de terror de Stephen King.

Ése era justo el dato que precisaba para saber quién tenía ante mí: al grandísimo sinvergüenza, cabronazo e hijo de puta, Casper Logan. Un viejo amiguete del barrio en donde nací: en el Bronx.

Ni qué decir que juntos habíamos estudiado en *Fordham Preparatory School*. Bueno, en realidad no fue así, pues no llegamos a acabar los estudios, sólo nos dejábamos ver de higos a brevas.

Por aquel entonces nuestra principal prioridad era otra muy distinta: ligar con todo lo que llevara falda, fumar porros como si no existiera un mañana y competir en todas las carreras ilegales de dos ruedas que llegaban a nuestros oídos.

Éramos inseparables, uña y carne. Hasta el día que lo enchironaron por robar en el súper de un pakistaní, disparar al cajero y dejarlo malherido.

Traduzco: robo con intimidación y violencia, con delito de lesiones.

A Casper Logan le cayeron varios años de cárcel y a partir de ese momento le perdí el rastro.

—¡Ostia puta, pero si es Casper Logan…!

—Así es. El mismo: en vivo y en directo.

—¡Dichosos mis ojos!

Salí de la furgoneta como un rayo, tenía que abrazar a ese impresentable cuanto antes.

—¿Qué es de tu vida? —Su mirada empezó a repasarme a conciencia, deteniéndose en mi alianza de boda—. ¡Por los clavos de Cristo! ¡Ya te han cazado! —Arrugó la nariz en señal de desaprobación, como si hubiese olido a huevo podrido— ¿Hace mucho que dejaste preñada a esa fulana?

Su comentario sexista fuera de contexto fue del todo inapropiado, además de ofensivo. Valentine no era de esa clase de mujer. Ella era muy distinta. Ella era mi mujer.

—Ella se llama Valentine Dunne —protesté con aire desafiante. Quería que quedase muy claro que debía respetarla desde el segundo uno— Ella es toda una mujer, de la cabeza a los pies.

Quise quitar hierro al asunto, pues si su intención era la de no recular iba a partirle la cara en tres, dos, uno…

—¡Coño! Perdona mis mierdas si te has sentido ofendido —me miró por el rabillo del ojo— Joder, tío. No tenía ni idea, no sabía que habías sentado la cabeza.

—¡Bah! No pasa nada, Casper.

—Hombre, sí que pasa… deja que arregle el desastre —aseguró rodeando mis hombros con su brazo— Para tu información ¿sabes que eres el primer amigo que se ha casado?

No respondí a eso.

—Hay que celebrarlo. Vamos a tomar unas cervezas.

En esos momentos, cualquier pretexto era bueno para pillar una buena cogorza.

—Así me pones al día de tu vida, de tu Valentine y de todo lo que te venga en gana.

—Todo eso suena genial, en serio. Pero… mejor será en otro momento.

—De eso nada, que sepas que hoy no te escapas.

—En serio, socio. Hoy me esperan en casa.

—¡Vamos, Bobby, hagamos esas birras! No me obligues a secuestrarte… ¡Ja, ja, ja!

A regañadientes y pese a mi negativa, acepté su proposición. Primero porque ante la presencia de un viejo amigo era un flojo y segundo porque en verdad, beber unas birras y recordar viejos tiempos no harían daño a nadie. ¿Verdad?

¡Ignorante de mí…!

Pues los problemas suelen llegar antes de verlos venir y sin venir a cuento. Sin aclamarlos. Sobre todo si tienen nombre y apellido: Casper Logan.

# 15

Las personas suficientemente locas como para pensar que pueden cambiar el mundo, son las que lo cambian.

*STEVE JOBS*

*Valentine Dunne*
*Febrero de 2018, Brooklyn*

Francamente, no supe en qué momento ocurrió con exactitud. Lo único que sé a ciencia cierta es que todo cuanto había a mi alrededor empezó a desmoronarse sin poder hacer nada por impedirlo.

Varios fueron los indicadores que hicieron saltar todas las alarmas…

El primero: las escasas joyas que guardaba y que, de la noche a la mañana, empezaron a desaparecer. Así sin más y sin dejar rastro, como si se hubiese abierto una grieta en la tierra y todo se hubiese perdido dentro de ella. La pulsera de oro que Pipper me regaló para nuestra boda (y que hasta entonces había pertenecido a su tatarabuela materna). Los preciosos pendientes de perlas con los que Bobby me sorprendió en el mejor día de mi vida: el nacimiento de nuestro pequeño Matt. E incluso el solitario de compromiso en oro blanco con diamante en talla princesa, del cual habíamos pagado su última letra el verano pasado.

El segundo: las mentiras. Continuadas, reiteradas, injustificadas, con premeditación y alevosía, unas tras otras. De hecho, Bobby empezó a convertirlas en su rutina diaria, en su forma de vida, en su *modus operandi*.

Era abrir la boca y vomitar una nueva mentira o engordar la anterior, como si se tratara del *efecto de bola de nieve*, metafóricamente hablando. Al principio la pequeña bola de nieve baja por la ladera y conforme va creciendo de tamaño y descendiendo a gran velocidad, arrasa con todo lo que se interpone en su camino.

Y el tercero: dejé, de la noche a la mañana en tener un marido. A un compañero de fatigas, a mi alma gemela, a alguien con quien dialogar y compartir mis pensamientos. Dejé de tenerle, se esfumó. Sin causa aparente.

Bobby en cuestión de pocas semanas, transformó radicalmente su personalidad. Tanto, que incluso, me costaba reconocerle. Os juro que llegué incluso a cuestionarme quién era el extraño que compartía mi cama todas las noches. En verdad, si soy sincera: que compartía cama las noches que se dignaba a aparecer por casa.

Está feo admitir que, había llegado a caer tan bajo en mi abyecta existencia que, prefería verle ebrio a no verle nunca más. Pues prefería pasarme las noches en vela rogando a Dios que regresara vivo a mi lado. Prefería mirar por la ventana y sobresaltarme al oír cualquier ruido que quebrantara el silencio de la noche. Prefería permanecer en guardia. Prefería mil veces eso, pues

la sola idea de pensar en unos agentes de la ley presentándose en el rellano de mi casa, aporreando la puerta a horas intempestivas de la madrugada pidiéndome acompañarles en el coche patrulla en dirección a la morgue para reconocer el cadáver de mi marido abatido en una reyerta en cualquier bar de mala muerte, me partía el alma en dos. Me dejaba noqueada, fuera de juego.

No quería que ese fuera nuestro final, su final.

Por lo que, así estaban las cosas.

El ambiente entre nosotros se volvió completamente insufrible, irrespirable, asfixiante… Riñas, reproches, faltas de respeto, comentarios fuera de lugar, palabras malsonantes… Y a todo eso, para colmo de males, quién verdaderamente salía más perjudicado, quién peor salía parado y quién peor lo pasaba, sin duda era Matt.

Creo que no es preciso recalcar que los niños, son parte activa en todos los asuntos conyugales. Están siempre presentes y en medio de los altercados, aunque estén encerrados en sus dormitorios. Y, además, son como pequeñas esponjas, nutriéndose de nuestras acciones: buenas o equivocadas; salpicándose de nuestras putas mierdas.

De madrugada, me quedé dormida cuando hacía guardia en el salón, esperando a que Bobby regresara a casa.

Creo que eran pasadas las cuatro de la madrugada cuando me desvelé sobresaltada y con el pulso desbocado.

Matt apareció en medio de la oscuridad, entre sombras y en medio de la nada. De pie junto al sofá, en calzoncillos y descalzo. Completamente bañado en sudor y con los dientes castañeando sin control.

—Cielo, ¿qué haces despierto?

Me incorporé del sofá para dirigirme a su lado, con la intención de cogerle de la mano y acompañarle a su habitación. Pero tardé una fracción de segundo en darme cuenta de que tenía los ojos muy hinchados, señal de haber estado llorando bastante rato.

—Vaya… ¿has vuelto a tener otra pesadilla?

Él negó con la cabeza.

—¿No? Qué raro…

Palpé su frente con el dorso de la mano.

—¿Entonces qué te pasa, mi vida?

—Ma-mami… —lloriqueó tembloroso, colocando la mano sobre su vientre— Me duele la tripa…

De pronto, empezó a tener arcadas y más tarde, vómito. La regurgitación cubrió por completo mis blancas, flacas y desnudas piernas.

Cogí a Matt en brazos y le llevé al cuarto de baño. Incliné su cabeza en dirección a la taza del wáter y esperé. El segundo asalto no se hizo esperar.

Media hora más tarde, le aseé y le vestí y yo me cambié de ropa.

Luego, telefoneé a Bobby para que me acompañara al centro de salud, pero saltó el contestador. Así que le dejé un mensaje:

—Bobby, Matt no se encuentra bien. Vamos de urgencias. Ya si eso, cuando… —hice una pausa intencionada, meditando un segundo lo que debía decir—: Ya, cuando… ¿Sabes qué? ¡Vete a la mierda! —Mascullé entre dientes con rabia. Ya empezaba a cansarme de tanta tontería. Nunca estaba cuando más le necesitaba—. Si eso ya me llamarás. Bueno…, suponiendo que lo que estés haciendo sea más importante que el estado de tu hijo de cinco años…

¡A tomar por el culo!

Cargué a Matt a cuestas y eché a correr como alma que lleva el diablo en dirección al centro de salud más cercano. El que estaba a unas cuatro manzanas al sur.

Para más inri, no podía pedir un taxi, pues ése era un lujo que no nos podíamos permitir.

Hacía tiempo que estábamos sin blanca y las últimas monedas que tenía en el fondo de mi bolsillo debía reservarlas para emergencias. Como por ejemplo los medicamentos que iban a recetar a Matt.

Fuera, en la calle, la lluvia hizo aparición de inmediato. Como si se tratara del antagonista en las pelis de miedo. Empapando nuestras ropas mientras el frío del mes de febrero no tardó en calarse en nuestros huesos.

Afortunadamente, Dios aprieta pero no ahoga y por aquel entonces, Matt era ligero como una pluma y yo lo bastante fuerte como llevarlo en brazos medio kilómetro.

Al final resultó ser una simple gastroenteritis. Como siempre, Pipper se hizo cargo de los gastos pues nosotros no disponíamos de seguro médico.

Referente a Bobby, deciros que se dejó caer por casa pasadas las cinco de la madrugada. Con las mangas de la camisa remangadas, los pantalones manchados de Dios sabe qué y apestando a alcohol barato.

—Heeeey… Valentine.

Me hizo una señal con la cabeza como si de un colega suyo me tratara.

—¡Hombre, pero si estás vivo! —Le solté con sarcasmo, elevando las manos al aire y mirando al techo.

Quiso dejar las llaves en la cestita de mimbre del recibidor pero éstas cayeron al suelo y allí las dejó, para que otros las recogiera. O séase, yo.

—Claro, vivi-to y colean-ando, ¿qué coño esperabas?

Sonrió en una mueca propia de un borracho, torciendo el labio superior derecho en un tic nervioso.

Fruncí el ceño y él se acercó a mi lado con la intención de darme un beso, sin embargo al no estar en igualdad de condiciones, al estar ebrio, yo fui más ágil y me aparté bruscamente.

—¿Cómo está el en-na-nno? —Prepuso él sin darle importancia al hecho de que su mujer acababa de hacerle la cobra.

—¿Qué cómo está? ¿Él? Bien gracias. Y yo hasta las narices de que nunca estés cuando se te necesita.

—Vaaaamos, nena —se echó a reír sin ganas— No empieces otra vez a dramatizar, no creo que sea para tan-tooo… Joder. Es un niño y a los niños… nunca les pasa nada malo —se atrevió a decir.

Bufé, rebufé y después crucé los brazos bajo mis pechos.

—Te juro que nunca he conocido a nadie tan… sinvergüenza como tú.

—Ostras… Valentine, tú ya-ya me entiendes —tartamudeó— Lo que quería decir es que los críos son de goma. Como el *blandiblu*, ese. Los estiras, los aplastas y haces lo que quieres con ellos y siguen igual, tan ricamente.

Fue entonces cuando aprovechó para acortar las distancias entre nosotros, arrastrando la suela de las deportivas con bastante torpeza. Quería darme ese beso fallido, seguramente con la intención de limar asperezas y relajar tensiones.

Retrocedí un paso pues el hedor a alcohol que desprendía su aliento me estaba matando, provocando que mis intestinos se revolvieran sin tregua.

—¡Dios Santo! Lo que deberías es darte una ducha de agua fría o… —sugerí, agitando mi mano y tapándome la nariz— O mucho mejor. Lo que deberías hacer es irte a la cama directamente a dormir la mona.

—Joder, Valentine. No seas tan dura conmigo… —susurró esta vez en tono conciliador a pesar de mantenerme en silencio, en mi sitio, en mis trece. Rígida como un palo de madera y callada, como una tumba— Vamos, nena, dame un respiro.

Quiso coger mi mano.

—¡No me toques! ¡Ni se te ocurra tocarme! —Le grité, esta vez enseñando los dientes al tiempo que notaba como mi corazón se aceleraba por momentos— ¡No después de habernos dejado tirados! ¡Otra vez!

—No os he dejado tirados… Estoy aquí, ¿no?

—¡Basta ya, Bobby! —Le grité con todas mis fuerzas aún a riesgo de despertar a Matt y al resto del vecindario— ¡Maldita seas! Deja ya de tratar de justificar lo injustificable. Mientes más que hablas y no tienes decencia. ¡Ninguna!

Cogí airé. Me ahogaba. Quería decir demasiadas cosas a la vez.

—Hace demasiado tiempo que dejaste de ser un buen marido y ni siquiera te das cuenta. Pero lo peor de todo no es eso, no. Lo más lamentable es que ahora también has dejado de ser un buen padre… ¡Y esto último es imperdonable!

Se quedó mudo, por primera vez en mucho tiempo y yo ignorando qué era lo que se le pasó por la cabeza en ese momento.

—Yo te quiero Bobby y probablemente jamás dejaré de hacerlo. Pero tarde o temprano, todo llega a un límite y yo llevo demasiado tiempo permitiendo que te olvides de nosotros. Puede que la culpa sea sólo mía. Por no hacer nada, por dejar que suceda, por consentir que llegue a este extremo, pero… es que…

Bobby seguía sin reaccionar. Estaba quieto, inmóvil como una estatua de mármol. Sin pestañear, quizá a la espera de lo que se avecinaba sin mover un ápice.

—¡No puedo más…! —Rezongué con lágrimas en los ojos— Te juro que estoy exhausta.

Agotada de pasar las noches en vela sin saber si regresarás a casa ebrio, con la cara partida o si no volveré a verte nunca más. —Tragué saliva con resquemor— Bobby, sabes que jamás te he pedido una vida de ensueño, porque ni siquiera creo en los cuentos de hadas. Pero… ¡Maldita sea! Esta vida, nuestra vida, no se asemeja ni de lejos a la vida que me prometiste cuando me salvaste de aquel oscuro callejón… Ni la vida que nos prometimos tener algún día. Hemos dejado de cuidarnos mutuamente, de velar el uno del otro, de tratar de hacernos bien. Hemos dejado de amarnos, de respetarnos, de ser uno y no dos.

—Y la tendremos. Tendremos esa puñetera vida algún día. Pero, por favor, necesito que me des mi tiempo. Este no soy yo.

Ahora fue cuando negué con la cabeza y él se atusó el pelo, pasándose la mano en tres ocasiones. Ése era su gesto habitual. El mismo gesto que realizaba cuando la situación que creía tener bajo control se desmoronaba ante sí.

—Bobby, escúchame con atención porque sé que lo que te voy a decir no te va a gustar…

—¿A qué te refieres?

Su nuez subió y bajó de golpe, tragando torpemente saliva.

—Estamos ante una situación límite en la que me veo obligada a tomar una determinación. Puede que no sea la más acertada, pero es mi decisión.

Le miré directamente a los ojos.

—Mañana por la mañana Matt y yo nos marcharemos de esta casa. Pipper que está al corriente de todo, nos ha acogido en la suya durante el tiempo que sea necesario.

—No, Valentine… No tienes por qué hacerlo. Yo en tu lugar no lo haría —repuso él angustiado y con la mirada contrariada— Acaso, ¿me estás dejando?

—Bobby, déjame acabar, te lo pido por favor…

Alzó las manos en señal de rendición sin mediar palabra. A simple vista, parecía verdaderamente consternado. Borracho, pero consternado.

—No te estoy dejando…. No de momento —contesté y aparté la mirada un solo segundo, al momento la retomé— Pero, si pasado un tiempo la situación aún persiste y no cambias radicalmente tu comportamiento, buscaremos un lugar definitivo en donde vivir… Pero sin ti.

Por más que duela en lo profundo del alma, en ocasiones es inevitable arrancar con verdades los velos que tapan nuestros ojos y que nos impiden ver con claridad. Lamentablemente, a veces ni siquiera un buen sermón a tiempo desnuda por completo la realidad, pues es necesario un ultimátum para lograr reaccionar a la otra parte.

Y éste, era muy a mi pesar, el único camino lógico que debía tomar.

Puede que fuese por el alcohol, o puede que fuese porque en el fondo Bobby Taylor era un cobarde oculto tras una apariencia tremendamente varonil y de su imperturbable rostro de chico malo. Sin embargo, permaneció en silencio, sin mediar palabra, con la boca sellada, casi sin respirar y observando desde su sitio como le dejaba a solas y me encerraba en nuestra habitación.

Dios sabe que esperé a su reacción, una que jamás llegó.

Esperé a que saliera de su boca un: «no te vayas», «intentaré arreglar las cosas», incluso hubiese bastado con un simple: «te quiero». Pero no llegó. Las disculpas, el arrepentimiento o la

redención… nunca se materializó. Eso nunca formó parte de su léxico.

Bobby Taylor nunca asumía sus errores.

Y le odié. Le odié con todas mis fuerzas y a partir de ese momento. Por abandonarnos. Por olvidarse de nosotros. Por desampararnos. Por ser un completo egoísta. Pero, sobre todo…, por dejar de querernos.

# 16

Solo los fuertes tienen la capacidad de perdonar.

*GANDHI*

*Valentine Dunne*
*Febrero de 2018*
*Avenida Emmons, Brooklyn*

Pipper Ortiz nos acogió a Matt y a mí sin pedir explicaciones.

Y no fue de extrañar, pues desde el preciso momento en que la conocí, supe que jamás me defraudaría.

Ella me abrió la puerta de su casa y de su corazón sin contraprestaciones. Además, bastaron sólo cinco palabras para sentirme cobijada entre sus brazos: «Mi casa es tu casa».

En definitiva, su casa no era más que una excusa. Un lugar donde refugiarme, esconderme de mi realidad, de mi matrimonio y de Bobby.

—Voy a preparar la cama de invitados —dijo, retirándome una lágrima que en ese momento se deslizaba por mi acalorada mejilla— No es muy grande, pero es bastante cómoda.

Asentí con la cabeza sin soltar la mano a Matt. Le necesitaba pegado a mí, piel con piel, calor con calor, sintiendo sus deditos entrelazados con los míos.

—Mientras tanto podéis daros una ducha, seguro que os sentará bien —sugirió antes de esbozar una tranquilizadora sonrisa maternal, subir al altillo a través de la escalera de caracol y dejarnos a solas en el salón.

Eché un vistazo rápido a la estancia tras dejar la bolsa de deporte en el suelo, junto a un sofá afelpado. Se trataba de un discreto ático con altillo, de muebles austeros pero bien cuidados, en armonía con las cortinas que hacían juego con los cojines y adornos varios.

Me llamó la atención una fotografía que había sobre una mesita redonda. Era en blanco y negro. Presumiblemente fue tomada cuando ella debía tener alrededor de unos veinte años. Llevaba un vestido estival de manga corta de estampado floral; el pelo muy corto y disfrutaba de un cucurucho de tres bolas.

Sonreí, por un momento sonreí al imaginar que ella podría haber sido mi verdadera madre. O por lo menos, era así como a mí me gustaba imaginar y no como resultó ser.

—Vamos, mi vida —me acuclillé para mirar directamente a los almendrados ojos de Matt— Te ha tocado, irás tú primero a la ducha.

—Vale… pero, ¿puede ser un baño? —Preguntó alzando las cejas.

—Uhmmm… veamos. Déjame pensar —arrugué la nariz y continué en tono infantil y desenfadado—: ¿quieres que sea uno de esos baños largos y con burbujas?

—¡Síiiii! ¡Ése, con muchas burbujas!

—¡Trato hecho! Pero después, te tomarás un vaso de leche caliente y derechito a la cama.

Alcé la palma de mi mano al aire.

—Venga, ¡choca esos cinco!

Y así lo hizo él. Después, corrió al cuarto de baño como si se tratara de una carrera en la que se jugaba el primer puesto en el pódium y me quedé a solas. Momento que aproveché, para sentarme y cerrar los ojos.

Pero, en honor a mi mala suerte, el teléfono empezó a sonar. El número de Bobby apareció en la pantalla.

—¿No piensas descolgar? —Me preguntó Pipper de pie frente de mí— Me temo que esta vez la ha tenido que hacer muy gorda para que ni siquiera quieras responder.

—Tan gorda como su testarudez —escupí.

—Ni que lo digas, mi niña. En todos los años de mi vida, que no son pocos, —sonrió de medio lado y se sentó junto a mí en el sofá— nunca había conocido a un ser humano tan terco como una mula como él.

»Es más, incluso me atrevería a decir que en la Wikipedia, al pie de la definición cabezota, existe una foto de Bobby Taylor.

Me reí.

Pipper consiguió con su característica forma de expresarse y sus exagerados aspavientos al aire, hacerme reír. Y lo necesitaba. ¡Vaya, si lo necesitaba! Y el abrazo que me obsequió después, también.

—Todo se arreglará, ya verás, pequeña.

Asentí con el gesto apesadumbrado.

—Quiero a Bobby, Pipper.

—Lo sé. No me cabe la menor duda. Si no le quisieras, no estarías hecha unos zorros.

Sorbí por la nariz.

—Lo amo, con todo mi ser. A pesar de ser como es. A pesar de no dar pie con bola. A pesar de saber que jamás cambiará por más que me empeñe. —Tragué saliva y cogí aire— Sé que persigo un imposible.

Me removí nerviosa y noté mi piel hipersensible al roce de mi ropa, palpitante y fría. Muy fría.

—No soy más que una pobre ingenua.

—No digas eso.

Fuera, en la calle, la lluvia empezó a golpear los cristales de las ventanas.

—Bobby la ha cagado, pero esta vez te juro que ha sido hasta el fondo. ¡Me siento tan estúpida!

Entonces fue cuando me eché a llorar, calladamente.

—Vaaaamos, cariño… —susurró y empezó a frotarme la espalda en círculos— Verás, Bobby es Bobby. Parece mentira que no le conozcas. Tú y yo sabemos que es una completa calamidad. Sin embargo, estoy convencida de que esta vez también será capaz de arreglar lo que ha destrozado. Estoy segura.

—Pipper, esta vez no.

Alcé la vista y la miré, notando como unos gruesos lagrimones empapaban mis mejillas.

—Ya no tengo esperanzas de tener una vida tranquila a su lado. Te juro que no pido más que una vida normal. Sin sobresaltos. Una vida lineal. Incluso si me apuras: aburrida.

Hice una breve pausa, luego proseguí:

—Pipper, hay ciertas cosas en la vida que, simplemente, son inexcusables.

Ella abrió los ojos como platos.

—Acaso, ¿te ha engañado con otra mujer?

—¡Noooo…! —Me reí— Si se hubiese tirado a otra, le hubiese cortado los huevos. Ipso facto y mi enfado sería otro.

Me miró perpleja y a la vez con expresión divertida.

—Entre tú y yo, Valentine: ojalá hubiese hecho yo eso mismo con mi segundo marido cuando me enteré de que me había sido infiel con mi mejor amigo —gorjeó— ¡A los dos! Primero se lo hubiese cortado a uno y luego al otro…

Pestañeé ante tal revelación: su exmarido liado con su mejor amigo. ¡Jamás lo hubiese imaginado!

—Cariño, no sé de qué te sorprendes. En todas las casas cuecen habas y en la mía se cocían a calderadas, ¡jajaja!

Pipper me contagió su risa y mi cuerpo, por primera vez en horas, se relajó un poco.

Lancé un suspiro.

—Bobby se ha metido en algo muy turbio: juegos, drogas, armas, ¡qué sé yo!

—No es posible. Seguro que… debe de haber una explicación.

—He hallado en casa un arma y dinero suficiente como para pasar varios años sabáticos sin dar palo al agua.

Pipper abrió mucho los ojos y mostró al aire las palmas de sus manos del color de la canela, como si pretendiera detener al toro que estaba a punto de embestirla.

—Vale, *okey*… vayamos por partes —tosió— ¿Y no cabe la remota posibilidad de que todo eso no sea suyo?

—Acaso, ¿estás de su parte?

Su observación me molestó hasta límites insospechados.

—No, mi cielo. Se trata de ponerme en la piel de ambos. Tanto de la tuya como la de él. Y empezar a buscar una solución al problema.

—¡Un arma! —Dije bruscamente y empecé a deambular en círculos por el salón— ¡Un arma en mi casa y con mi pequeño! ¡No ha ocurrido una desgracia porque Dios no lo ha querido!

Me eché las manos a la cabeza, en plan catastrofista.

—La idea original consistía en que ibas a entenderme. No a tratar de defender a Bobby.

—¡Oh, venga, Valentine! Sabes de sobra que no hago eso. Tan sólo me gustaría…

—Creo que… En serio. Creo que ha sido un error. Un terrible error cobijarme en tu casa. Lo siento, de veras…

Le di la espalda con la intención de recoger mi mochila, entrar en el cuarto de baño, vestir a

Matt y largarme de su casa.

Si había venido buscando cobijo y un hombro al que llorar, tal vez me había equivocado de cabo a rabo.

—¿Será posible? Pero, ¿dónde te crees que vas? —Me reprendió malhumorada y sin disimulo. Jamás la había visto tan enojada— Acaso, ¿pretendes huir de mi casa? ¿Escapar otra vez? ¡Ni lo sueñes, señorita!

Y justo antes de que pudiera materializar mis pensamientos, me agarró del brazo obligándome a darme la vuelta y permanecer allí.

Apreté los puños con brío.

—¡Tú no lo entiendes, joder!

—¿Ah, no? Pues, en ese caso: háblame y ¡deja de lloriquear y de autocompadecerte de una vez! —Frunció el ceño— Trata de convencerme con palabras y no con pataletas de una niña malcriada que se larga cuando las cosas se tuercen. Enfréntate cara a cara con el problema. ¡Sé una mujer, maldita sea!

—¡Por supuesto que soy una mujer! —Grité de forma salvaje, aunque me temblara la voz al hacerlo. No me gustó nada su comentario ni el tono que empleó.

—Pues, entonces, si lo eres. ¡Demuéstralo permaneciendo en esta casa! —Señaló con ahínco al suelo.

La odié.

Odié a Pipper Ortiz por tener la razón absoluta aunque en el fondo me escociera. Su sinceridad me golpeó con tanta dureza, que fue como si me hubiese pegado un puñetazo de lucidez en toda la cara.

Era cierto.

¡Estaba hasta las narices de huir!

Un trueno seguido de un vivísimo relámpago iluminó por completo todos los recovecos del salón. Nuestras mejillas encendidas a causa de la acalorada discusión, brillaron bajo una perlada capa de sudor.

—Iré a preparar café, lo que podrías hacer mientras tanto es darte una buena ducha y de paso relajar ese mal genio que tienes —me dijo sin pelos en la lengua— Y cuando regrese de la cocina, quiero seguir viéndote aquí. ¿Entendido?

A punto estuve de abrir la boca y rebatir sus órdenes, pero no lo hice. Y, aunque no me gustaron sus formas, he de reconocer que el fondo era bueno. Su experiencia podría ayudarme. Además, tampoco me quedaba energía para seguir peleando con un rival tan fuerte.

# 17

El hombre llega mucho más lejos para evitar lo que teme que para alcanzar lo que desea.

*EL CÓDIGO DA VINCI*

*Valentine Dunne*
*14 de febrero de 2019, Brooklyn*

Miércoles por la mañana.

Habían pasado tres días desde que me marché de casa. Huyendo con Matt a cuestas. Hacía tres días que había abandonado a mi marido. Tres días sin tener noticias suyas. Sin oír su voz rota. Sin sentir el olor de su piel entremezclada con uno de sus perfumes de imitación baratos. Y sin quedarme dormida entre sus brazos, entrelazando nuestras piernas desnudas, carne con carne, formando un solo cuerpo.

Cabe decir que, en cualquier otra circunstancia, hubiese vuelto a la primera de cambio. Pero, esta ocasión era muy distinta. Sus actos fueron muy graves y además, se nos habían agotado las excusas y habíamos llegado a un punto de no retorno.

Y, para rizar aún más el rizo: era mi patético aniversario.

¡Sí, señores y señoras!

Valentine Dunne nació un catorce de febrero. Mi madre me dio a luz un San Valentín, en el día de los enamorados. ¿Irónico, verdad? Yo, que siempre había sido una desdichada en el amor, hasta conocer a Bobby.

—¡Felicidades, cielo!

Pipper entró en el cuarto de invitados y en sólo dos grandes zancadas, se colocó frente de mí, estrujándome tan efusivamente entre sus fornidos brazos que a punto estuvo de faltarme el aire para respirar.

—Sí, un número más. Un año más. —Apostillé con desazón y continué doblando la ropa que utilizaba para dormir— Sabes de sobra que odio celebrar este día.

—Claro que lo sé. Y es algo que debe cambiar desde hoy mismo —repuso tajante.

—¡No voy a celebrar mi aniversario! —Aullé con sarcasmo y algo antipática, dejándome caer en la cama con desgana, con la espalda pegada sobre las sábanas arrugadas y los brazos extendidos como el Cristo de Corcovado— Ni hoy ni nunca. Punto y final.

Pipper resopló.

—Donde la voluntad es grande, las dificultades no pueden ser grandes —relató una frase que parecía no ser suya.

Al poco aclaró de dónde procedía.

—Es de Maquiavelo.

¡Bah! Me importaba un bledo de quién fuese esa frase. No iba a celebrar mi aniversario. Lo tenía decidido y nada ni nadie, ni siquiera una frase hecha, iba a cambiar mis intenciones.

Entonces fue cuando vi a Pipper observarme con el ceño fruncido y con cara de pocos amigos.

—Eres tan testaruda como Bobby Taylor —me sermoneó sin censura— ¡Desde luego que sois tal para cual, cortados por el mismo patrón! Y estáis hechos el uno para el otro.

Bobby.

¡Ooooh, Bobby…!

Fue oír el nombre de mi marido en boca de Pipper y mi corazón empezar a bombear con fuerza en el interior de mi pecho, ¡como si bailara la samba! Y mis pupilas a dilatarse y mi saliva a apelmazarse en mi garganta.

Solté un suspiro repentino.

—Deberías devolverle las llamadas, Valentine.

—Aún no, es pronto. Debe aprender la lección.

—Pero si te mueres por verle…

—Puede que tengas razón, pero eso no justifica nada —Me balanceé a un lado, colocándome en posición fetal como si fuese un recién nacido— No se aprovechará de la excusa de mi aniversario para verme. Me niego a olvidar las cosas que hizo tan pronto.

—Si no le coges el teléfono ni le permites verte, jamás sabrás qué es lo que quiere decirte. Seguro que quiere arreglar las cosas entre vosotros.

Me acurruqué en un ovillo pues no me apetecía seguir oyendo más naderías.

—Valentine, por tu bien, deberías escucha a la voz de la experiencia… Hazme caso. Y aunque vuestra familia no sea precisamente una familia de anuncio, es la vuestra. La que ambos habéis elegido tener. La que ambos habéis creado juntos.

En ese preciso momento, Matt entró en la habitación. Saltó sobre la cama y me dio un sonoro y pegajoso beso en la mejilla.

—¡Felicidades, mamiiiii!

—¿Qué pasa con vosotros? ¿El mundo se ha confabulado en contra de mí? —Miré a Pipper haciendo un mohín— ¿Ahora necesitas la ayuda de compinches? ¿Ya no te vales tú solita?

Pipper sonrió abiertamente.

—Te queremos y queremos que seas feliz. ¿Qué hay de malo en eso?

Y dicho esto, salió de la habitación.

En su ausencia, aproveché para hacer cosquillas a Matt, quien rompió a reír a carcajadas.

—¡Y tú, granujilla…!

—¡Jajajaja!

—Dime que no volverás a hacerle caso. Nunca.

No cesé en mi empeño de hacerle cosquillas por todas las partes de su pequeño cuerpo, hasta lograr que me hiciera caso.

—¡Noooo! ¡jajaja…! ¡No, no le haré caso...!

—Así me gusta, buen chico.

Tras su confesión, seguimos riéndonos durante un buen rato, hasta quedar complemente exhaustos, en medio de una vorágine de gritos y risas.

Era tan reconfortante…

Dicen que cuando las cosquillas se producen, se activa la corteza somatosensorial, produciendo estímulos, en este caso, placenteros.

Más tarde, cuando Matt se acurrucó entre mis brazos, alzó su mirada pura y brillante para manifestarme sus pensamientos entre susurros entrecortados:

—Lo único que quiero es que mi mami vuelva a sonreír.

# 18

La fatalidad no pesa sobre el hombre cada vez que hace algo; pero pesa sobre él, a menos que haga algo.

*GILBERT KEITH CHESTERTON*

*Bobby Taylor*
*14 de febrero de 2019, Brooklyn*

Un sueño.

Aquella noche tuve un sueño. Uno de esos que no sueles tener, de los que te dejan pensativo durante un largo rato mientras, tendido sobre las sábanas de la cama, te fumas un pitillo con total parsimonia.

Soñé con Valentine, con mi Valentine.

Lo recuerdo todo con extrema claridad: ella estaba embarazada de una niña. Y estaba preciosa, con su vientre completamente redondo igual que una sandía de ocho kilos. Y… su cara, su cara era perfecta, con las mejillas sonrojadas y los labios tan esponjosos como el algodón de azúcar, los cuales te incitaba a mordisquear una y otra vez.

Recuerdo estar echados en el sofá de casa. Matt y yo, uno a cada lado de Valentine, a la espera de que el bebé diera una nueva patada. Embobados, como unos completos idiotas e ilusionados a partes iguales.

Fue idílico, un puto cuento de hadas, os lo juro.

Ella, Matt, yo y nuestra pequeña enana formándose en el interior de su vientre, queriendo ver nuestro mundo. Deseando estar con nosotros.

Así, felices. Irónicamente, felices.

¡Puto éxtasis!

Me levanté y fui al cuarto de baño. Amorré la boca al grifo y bebí agua. Sólo un poco, sólo para enjuagar el paladar. Luego, volví a la cama y no tardé en volver a quedarme dormido como un tronco.

12:03 PM

Me levanté de la cama, pero esta vez de sobresalto.

Todo mi cuerpo estaba dolorido. Me dolían hasta las pestañas, como si hubiese hecho trabajos forzados en una puta cárcel de Guantánamo. Me sentía mareado, desubicado y estaba completamente bañado en un sudor frío y pegajoso, desde el dedo gordo del pie hasta el puñetero cuero cabelludo.

Esta vez no tuve un sueño placentero. ¡Qué va! Todo lo contrario.

Y sentí pánico. ¡Mucho pánico!

Tuve la sensación de que algo malo iba a pasar, como en una de esas paranoias en plan película de Tarantino.

Tardé más de diez minutos en recuperar el aliento. Recuerdo ahogarme con mi propia saliva, similar a cuando bebes deprisa de un vaso y el líquido se filtra por el conducto de la nariz.

¡Joder!

Esa puta mala experiencia merecía amorrar los labios a una buena botella de whisky, a pesar de tener ganas de echar las potas.

¡Vaya si lo merecía!

Avancé arrastrando los pies, tambaleante, apoyando las palmas de mis manos en las frías paredes del pasillo en dirección a la cocina. Y, una vez allí, con bastante dificultad, me serví ese vaso.

Mientras daba tragos sin cesar, un pensamiento vagó por mi mente. Tenía que ver a Valentine, lo antes posible. Debía prometerle que estaba dispuesto a cambiar mi forma de vida y que iba a ocuparme de ellos… Iba a ocuparme de mi familia.

Y para conseguir eso, debía empezar a hacer las cosas bien. Desde el principio. Es decir, debía devolver el arma que seguía oculta en casa. Y debía hacerlo hoy mismo.

12:44 PM

Larry respondió a los dos tonos.

—Tenemos que vernos lo antes posible.

—¡Claro, Bobby! —Exclamó él con entusiasmo. Supuse que el muy cabrón pensaba que el motivo de mi llamada era para irnos de juerga. Pero, cualquier parecido con la realidad era pura coincidencia— Cuando quieras y donde quieras, pero tendrá que ser más tarde. Como comprenderás, hoy toca cumplir con la parienta. Ya sabes, esa mierda de San Valentín que no debes obviar o de lo contrario peligran tus huevos a lo Mónica Lewinsky —se carcajeó en clave de mofa pues no parecía interesarle lo más mínimo el tema de San Valentine. Bueno, ¡para qué engañarnos! Ni a él ni a la mayoría de los tíos. Y ahí es donde yo me incluyo encabezando la lista.

—¿Te va bien a las diez de la noche?

—Mmm… déjame pensar.

Puse los ojos en blanco pues lo dijo como si tuviera que echar mano de su apretada agenda para buscar un hueco libre.

—Sí, a esa hora me va perfecto.

—Ok. Pues en ese caso, quedamos donde siempre.

—Allí estaré, tío.

Me puse en contacto con Pipper para que convenciera a Valentine de vernos esa misma noche. Pensaba aprovechar el hecho de que fuera su aniversario para ablandar su corazoncito y arreglar las cosas entre nosotros. No era más que una jodida excusa, pero en este caso me valía.

19:53 PM

Llevaba cerca de dos horas deambulando calle arriba y calle abajo por Brooklyn. Pateándome las joyerías en busca de algo bonito para Valentine. Unos pendientes, un colgante… un reloj. Algo que pudiera simbolizar nuestra reconciliación.

Eché un vistazo rápido al escaparate de la undécima joyería y allí expuesto, vi un solitario que me llamó la atención. Y en seguida lo tuve claro pues sabía que a Valentine iba a gustarle. Era sencillo, pero elegante y en oro blanco.

Entré en el establecimiento y pronto, una mujer de unos cincuenta y tantos años, delgada y morena, con el pelo recogido en un moño bajo y ataviada con un clásico traje de chaqueta negro, me observó de arriba abajo sin cohibirse.

Carraspeé y le sonreí vagamente, pues mis pintas no eran acordes al lugar.

Seguramente pasó por su cabeza la idea de que pensaba robar.

¡Qué se le va a hacer!

—Buenas…

—¿En qué puedo ayudarle?

—Pues, seré rápido. He visto un anillo muy chulo en el escaparate —me giré un tercio y lo señalé desde la distancia— Aquél, el solitario.

De repente, en ese breve lapso, un encapuchado entró a tropel y arrasando con todo lo que había a su paso, como si fuera una locomotora.

—¡Atráaaaaas! ¡Atráaaaaas! ¡Esto es un atraco! —Vociferó como un completo energúmeno y sin quitarnos el ojo de encima a través de los orificios del capuz— ¡Venga! ¡Haced caso! ¡Esto va a ser muy rápido!

La dependienta soltó un desafortunado grito y yo abrí los ojos de par en par.

¡Joder! ¡Mierda! ¡No hagas eso! ¡Le vas a provocar!

Y, como un vendaval, el tipo grandote fue al encuentro de la dependienta para asestarle un tremendo mamporro en la cabeza.

—¡Cierra la puta boca, zorra!

El cuerpo de ella cayó al suelo como un torpe saco de boxeo.

—Primer aviso. La próxima vez que te oiga gritar, quejarte o simplemente respirar, no seré tan manso pues… ¡No me temblará el pulso y te cortaré la lengua con un cúter para después coserte los labios con un hilo de pescar!

Indiscutiblemente, el instinto más primario me instó a ir a socorrerla. A ayudar a esa mujer a ponerse en pie y, en la medida de lo posible, a apaciguar su dolor.

—¡Quietecito donde estás, hijo de puta! ¡Ni se te ocurra mover un jodido pelo! —Me apuntó con el arma con frialdad— ¡Venga, Capitán América! ¡Pon las manos donde yo las pueda ver!

Sin apenas pestañear, ni respirar ni mover un ápice, hice lo que me ordenó. Alcé mis manos muy, muy lentamente para mostrarle las palmas.

—De acuerdo… Tranquilo, tío. —Traté de sonar lo más conciliador posible al tiempo que tragaba saliva con regusto a bilis y pensaba como salir airoso de esa situación. A ser posible

caminando y no con los pies por delante…

—¡Ni un error más! *Capisci?* —Me preguntó sin dejar de apuntarme con el arma.

Hubo un lapso de tiempo, muy breve en el que ambos nos miramos a los ojos con frialdad y todo a nuestro alrededor se congeló.

Tenía que ser más hábil, debía pensar rápido y sin posibilidad de error. Jugar a mi manera, a pesar de que él tuviera las mejores cartas. O no. Tal vez tenía una posibilidad. El AS que yo guardaba bajo la manga. Es decir: mi revólver. El que guardaba en uno de los bolsillos interiores de mi cazadora.

—¿Ha quedado claro, guapito de cara?

—Cristalino. —Sonreí nervioso.

Por las pintas del individuo, por su dicción y por su forma de actuar, bien podría ser un yonqui necesitado de pasta o tal vez un maleante de poca monta, pero con muy malas pulgas. La clase de gente que jamás pestañea antes de disparar. Lo que viene siendo un deshecho de la sociedad. Escoria que no tiene nada que perder.

—¡Tú! ¡Se acabó la siesta! —Protestó dirigiéndose a la mujer que seguía gimoteando de dolor y tirada en el suelo.

No tardó en acercarse a ella para propinarle pataditas en las piernas a modo de advertencia. Desde luego la paciencia no era una de sus virtudes a destacar.

—Venga, ¡levanta y abre la vitrina! ¡Corre! ¡Mete todas las joyas en este macuto!

Ella, a quién se le había soltado un mechón de pelo del recogido y temblaba como una frágil hoja acabada de caer del árbol, se levantó medio aturdida, dejando un charco de orina en el suelo.

—¡Rápido, coño! —Le regañó con altanería mientras la zarandeaba y le propinaba varios empujones sin compasión. Seguidamente, le agarró del pelo con la mano para incitarla a caminar más de prisa.

«¡Hijo de puta!»

Empuñé las manos y me mordí el interior de los carrillos pues ser testigo en primera persona de tanta violencia gratuita, estar atado de pies y manos y no poder hacer nada por impedirlo, me carcomía por dentro.

Joder.

Ni os podéis llegar a hacer a la idea la impotencia que se siente. Pero debía ser cauto y esperar el momento preciso para actuar. Pues un error podía costarnos la vida a todos.

«Así que Bobby Taylor: quietecito y calladito…»

Sin embargo la cosa empeoró. Sólo varios segundos después, el escenario cambió por completo. Para mi desdicha, el sujeto se percató de un bulto que había bajo la cazadora.

«¡Oh, mierda!»

—¡Tú! A ver, ¿qué coño escondes? —Señaló con la cabeza el recién hallazgo—. ¿No será una pipa, verdad?

—No… para nada… —Titubeé al tiempo que palpaba el revólver con la mano tratando de camuflarlo entre la ropa—… no es más que un juguete. Un tren. Es un tren. El juguete preferido de mi hijo Matt.

—¿En serio? Acaso, ¿me tomas por imbécil? —Frunció el ceño con fuerza— Venga. Abre la puta chaqueta y muéstramelo, pero despacito y a buena letra.

¡Joder, joder, joder…! Esto no podía estar pasando…

—Tío, yo… En serio. Creo que no es buena idea. Joder. Venga. Ya tienes lo que querías… Te llevas un buen botín. Ya tienes el futuro asegurado, garantizándote una vida de putísima madre. Vamos. No te metas en más líos… No deberías… No…

—¡¿Acaso eres sordo?! —Esta vez gritó con los ojos encolerizados— ¡Me cago en la puta! ¡¿Eres un puto madero?!

—No, claro que no…

—¡Pues entonces abre la jodida chaqueta de una vez!

Sentí una repentina oleada de sudor frío que ascendió raudo desde las palmas de las manos y se extendió hasta el cuero cabelludo.

—¡Abre la jodida chaqueta ahora, capullo!

Corrió en mi búsqueda, atravesando la estancia como un águila volando en picado a punto de atrapar su presa. Pronto se quedó a tres metros frente de mí, apuntándome entre ceja y ceja con el revólver. A sabiendas que en cuanto descubriera el de Larry, mi supervivencia quedaría relegada a un segundo plano y mi destino… visto para sentencia.

Así que, debía hacer algo. No tenía opciones. Debía jugármela a todo o nada.

«Disparar primero y averiguar después». Así pensaba obrar. Frase mítica de Rómulo Betancourt durante la IV República en Venezuela…

Él o yo.

Y yo no pensaba ser el fiambre. A pesar de no haber tenido ocasión de practicar con la Colt. Ni siquiera me había entrenado con el «tiro en seco».

¡Maldita sea! ¡Que Dios nos pille confesados!

—¡¡Vamos!!

Lentamente, una fría y pegajosa gota de sudor se deslizó por mi sien. Respiré hondo antes de meter la mano en mi chaqueta. Palpé el acero con mi pulgar y rocé la culata con la yema de mis dedos.

Disimulé, tosiendo con fuerza para enmascarar el sonido que emitiría el artilugio al liberar el seguro.

Sólo tenía una oportunidad. Igual que en el juego de la Ruleta Rusa. Una única apuesta, un único ganador… O en su defecto, un único perdedor.

Vamos, Bobby…

Cerré los ojos por un momento y pensé en Valentine. Mi mente recreó su imagen. Su aniñado rostro, el sonido de su risa, el dulce olor de su piel… Todo.

Lamentablemente, de igual forma que apareció se desvaneció en cuanto abrí los ojos... Como la neblina con el sol. Exactamente de la misma forma.

«Valentine, no tengo otra opción. Te juro que no la tengo, mi vida…»

Miré a aquel tipo por última vez antes de empuñar el arma en mi mano, como si se tratara de un fuerte apretón de manos.

Ahora estaba listo. Listo y preparado para dispararle…

¡Baaaaaang!

Fue rápido, limpio y certero.

El disparo le alcanzó en el hombro izquierdo, moteando su cara de sangre y haciéndole perder el equilibrio momentáneamente. Pero, algo no marchó bien. En ese traspiés. En ese lapsus de tiempo, su arma también se disparó, pero a lo loco.

¡Baaaaaang!

¡Ahhhhhhhhh!

Lancé un alarido salvaje pues la bala impactó en mi pierna, penetrando ferozmente en mis carnes. Y la sangre, roja e intensa estalló, salpicando parte de mi ropa, el suelo y un lado de la pared del mueble más cercano.

Caí de rodillas… Y me quedé a cuatro patas.

¡Oh, Dios Santo!

No era capaz de mantenerme erguido.

El dolor era insoportable… y mi pulso empezó a acelerarse por momentos. Alcé la vista y abrí los ojos desorbitados, al ver como por arte de magia él se había recompuesto y ahora estaba frente de mí. Apuntándome de nuevo, esta vez a mi torso.

Mi pulso empezó a latir desbocado.

«¡Por el amor de Dios…!»

—¡No lo hagas, joder, no dispares!

—¡Vas a morir hijo de la gran puta!

Lamentablemente mi súplica no bastó, no fue suficiente pues vi a través de sus ojos la sed de venganza. Ya que yo, Bobby Taylor, un chico humilde. Un chico de la calle. Un tipo sin oficio ni beneficio, sin pretenderlo, le había jodido los planes.

—¡No, no, noooooooo….!

¡Baaaaaang!

Se oyó la segunda bala salir de su recámara seguido de un fogonazo y un estruendo infernal. Después, gritos en la lejanía, los de ella. Olor a pólvora como si hubiese viajado al lejano oeste o ¡descendido al mismísimo infierno!

Más gritos. Más…

Turbación.

Caos.

Todo sucedió en una fracción de segundo. En un abrir y cerrar de ojos. A cámara rápida, como en una de esas películas del cine mudo del siglo veinte.

Sin tiempo de reacción.

Sin réplica.

Sin derecho a ser juzgado.

Presentí que iba a morir… Puesto que toda mi vida pasó ante mis ojos en tres jodidos segundos…

3…

2…

1…

Todo ante mí se desfiguró en una maraña de imágenes desordenadas y sin sentido. Creí ver a mi Valentine, mi dulce Valentine. Allí, a lo lejos. Al final de todo. Al final de una especie de gruta. Y cada vez más envuelta en la oscuridad. En la fría, triste y tétrica oscuridad…

Engulléndola rápidamente.

Toda, por completo.

Mi Valentine…

# 19

En el momento en que una cosa te turba,

ya eres esclavo, en vez de ser señor.

No hay en el mundo señor más tirano

que el disgusto o tormento.

*GUY PEARCE*

*Valentine Dunne*
*14 de febrero de 2019*
*Avenida Mooms, El Bronx*

—Valentine, ha… ha pasado algo horrible…

Ladeé la cabeza y miré a Pipper que seguía sosteniendo el teléfono a punto de caérsele de las manos de un momento a otro. Tenía la cara pálida y la mirada perdida.

—Pipper, ¿qué sucede?

Con apremio me acerqué a ella.

—¡Oh, Jesús! ¡Oh, Santo Padre! ¡Oh, Dios no lo permitas! ¡Por favor Padre ten misericordia…!

Abrí los ojos como platos. Jamás había visto a Pipper actuar de esa forma. Me estaba empezando a asustar.

—Pipper…

Puse las manos sobre sus hombros y después zarandeé su menudo cuerpo pues parecía haber entrado en una especie de trance.

—Pipper. ¡Vuelve! ¡háblame! ¡Por el amor de Dios, di algo!

—Único consuelo en las horas eternas del dolor, único consuelo…

Su tez cada vez estaba más blanca y su trémula voz no cesaba de repetir ese extraño mantra eclesiástico…

—Único consuelo en las horas eternas del dolor, único consuelo…

—¡Pipper! ¡Me estás asustando! —Bramé.

—Bobby… Oh, Bobby… —Balbuceó entre gemidos.

—¿Bobby? ¿Qué le pasa a Bobby?

Pipper dejó caer el auricular contra el suelo para acogerme entre sus brazos.

—Cariño mío…

Empezó a acariciarme el pelo como si fuese una niña pequeña a la que debiera consolar pues se le había muerto la mascota.

—A Bobby le han herido de gravedad…

—¿Qué? Eso no es posible.

Me separé de ella de golpe.

—Pero Bobby y yo hemos quedado esta noche en vernos. A las diez. Hoy.

—Bobby está en el hospital, Valentine. Le han disparado en el pecho… Está muy grave…

No fui capaz de reaccionar. Ni llorar, ni gritar desde lo más profundo de mis entrañas. Ni siquiera era capaz de respirar.

Me quedé en shock.

Petrificada.

Disecada en vida… Momificada.

«Bobby… ¡Oh, Bobby…!»

# 20

Los obstáculos son esas cosas espantosas que ves

cuando apartas los ojos de tu meta.

*HENRY FORD*

*Julia Tucker*
*14 de febrero de 2019*
*Upper West Side, Nueva York*

Justo en el momento en que piensas que lo tienes todo perdido y sólo cabe esperar lo peor, de repente, el caprichoso destino, como si de una veleta que oscila su movimiento según el viento se trate, gira las tornas a tu favor.

Lo digo en serio, pues parece mentira lo que una simple llamada telefónica puede hacer virar el rumbo de unas vidas.

20:22 PM

—Julia Tucker, al habla.

—Buenas noches, señora Tucker. Mi nombre es Margaret O'connor y soy la coordinadora de trasplantes del Centro Cardiovascular Montefiore-Einstein. El motivo de mi llamada es para comunicarles que deben acudir lo antes posible al hospital.

—Disculpe, pero…

Aún a riesgo de parecer impertinente, le interrumpí de sopetón e incluso me atrevería a decir que de una forma un tanto grosera.

—¿Eso quiere decir que han encontrado un donante compatible?

—Así es. Ya conocen el protocolo a seguir en estos casos.

«¡Oh, Dios mío…!»

Me quedé conmocionada, resultándome imposible articular un solo vocablo de viva voz. Ni siquiera unas palabras de agradecimiento. Lo único que recuerdo fue tratar de conservar la calma para poder activar los cinco sentidos y recibir con claridad las instrucciones a seguir.

Al finalizar la llamada, enterré la cabeza entre mis manos pues todo a mi alrededor empezó a dar vueltas y mi corazón a latir frenéticamente.

No mentiría si dijese que empecé a experimentar todos los estados de ánimos habidos y por haber… Absolutamente todos: escalofríos, júbilo, nauseas, palpitaciones, ilusión, angustia, esperanza, temores…

—¡Por fin! Oh, gracias a Dios…

Me alegré. Por supuesto que me alegré, a pesar de sonar cruel y despiadada, pues para que mi marido tuviera una oportunidad de vivir, otra persona, alguien anónimo acababa de perder su vida. Condición *sine quan non*.

Hice un brindis al sol pues mi marido merecía vivir a toda costa. Merecía tener una vida plena y duradera. Se había ganado con creces ser el elegido para ese corazón pues las cosas no ocurren porque sí.

Seguro que estaba escrito.

Seguro que debía suceder así.

Fin de la historia.

# SEGUNDA PARTE
# PUNTO DE INFLEXIÓN

# 21

El pasado no tiene poder sobre el momento presente.

*ECKHART TOLLE*

*Valentine Dunne*
*En alguna parte de Brooklyn, un año más tarde*

No es fácil perder a un marido, sobre todo si tras doce meses de su fallecimiento sigues anhelando su vuelta a casa todas las noche.

Es inevitable no permanecer sentada en el sofá, mirando sin descanso en dirección a puerta de la calle. Rezando entre plegarias que todo sea una pesadilla de la que despertar algún día.

Porque le echaba de menos, aunque estuviera más tiempo ebrio que sobrio. Aunque discutiéramos más que habláramos porque, tras los rifirrafes, la reconciliación era infinitamente mejor. Porque lo daría todo por tenerle de nuevo en casa. A mi lado, junto a mí.

Le echaba tanto de menos… Tanto que dolía. Mucho. Infinitamente.

No lo asumía. No quería asumirlo y jamás lo asumiría.

Dicen que lo único que sana las heridas es el tiempo… pero, nada más lejos de la realidad. La pérdida de un ser querido nunca cicatriza. Jamás.

Después de todo, aunque quisiera olvidarle, no podía, pues, el bueno de Bobby nos había dejado en la más completa ruina. En efecto, Bobby apostó nuestra casa en el juego y la perdió. Y mi casero, no tardó en echarnos de patitas a la calle. A mi hijo y a mí.

A día de hoy, subsistimos en un viejo apartamento cerca de la cafetería de Pipper, de no más de veinte metros cuadrados, repleto de humedades e infectado de cucarachas.

A pesar de todo, sobrevivimos. A la precariedad y a la pérdida.

La parte buena es que de la primera, con tesón y muchas horas extras en el trabajo lograré poner remedio. Pero de la segunda…, a ésa, a la pérdida, jamás me repondré.

# 22

Camina con cuidado y mucho tacto,

y recuerda que la vida es un gran acto de equilibrio.

*DR. SEUSS*

*Jack Tucker*
*Marzo de 2019*
*Entre la Quinta Avenida y la 74th St, Nueva York*

Me cité con Oscar Wilbur, un reputado detective privado especialista en encontrar a personas desaparecidas pues ansiaba conocer a toda costa el paradero del donante que hizo posible el milagro, ése de seguir con vida entre los míos.

Saber del donante fue un hecho que pronto me robó el sueño, el hambre e incluso… el juicio. Convirtiéndose en mi empeño o más bien, en mi aberrante obsesión. Sólo tenía un pensamiento entre ceja y ceja y un único objetivo que alcanzar, hasta el punto de dejarme de importar todo.

Necesitaba encontrarle, como fuera, mirarle a los ojos y darle las gracias…

11:27 AM

—Recuerdo haber tenido esta misma conversación hace tan sólo unas semanas y también recuerdo haberle comentado de que no sería fácil, señor Tucker. —Me explicó Oscar al borde de la excusa—. Y, además de resultar complicado, es ilegal.

Fruncí el ceño con recelo.

Desde luego esa no era la respuesta que esperaba recibir tras tantos días de incertidumbre.

—Pero, ¿lo tiene? —Balbuceé nervioso.

Se produjo un silencio demasiado largo para mi gusto y durante ese lapso de tiempo, entrelacé los dedos en forma de ruego sin percatarme de ese hecho.

Llegados a este punto, debería aclarar una cosa y es que desde siempre me he considerado una persona agnóstica. Sin embargo, tras lo ocurrido, tras la operación a corazón abierto, empecé a verlo todo desde un ángulo muy distinto y empecé a plantearme muchas preguntas, como por ejemplo una recurrente: ¿por qué había sido yo el elegido y no otro?

Hay quienes lo denominarían, fe. Otros, simplemente, suerte.

El tipo sacó otro cigarrillo. ¡El quinto en media hora!

—Su nombre es Valentine Dunne. —Dijo al fin casi a regañadientes— Encontrará todos los datos en el interior. Su edad, su domicilio actual, su lugar de trabajo, el nombre de sus familiares, de sus hijos… Etcétera.

Me hizo entrega de un sobre marrón.

—Y recuerde que jamás hemos mantenido esta conversación. —Repuso con sequedad— No me ha visto. No hemos estado aquí. No le he proporcionado dicha información.

Arqueó una ceja.

—Espero haber sido lo suficientemente claro.

Por supuesto, asentí en silencio y guardé la carpeta en mi maletín de piel. Pensé que tal vez, habían maneras más elegantes de decir las cosas, pese a ello, agradecí su rápida y eficaz gestión ante la situación.

Al poco, tras fumarse su cigarrillo número seis, el detective se marchó discretamente por el mismo sitio por donde había venido y yo, una hora más tarde, ya estaba preparando la maleta rumbo a Brooklyn para conocer a Valentine Dunne.

# 23

Una buena cabeza y un buen corazón

son siempre una combinación formidable.

*NELSON MANDELA*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Happiness Pediatrics, Brooklyn*

Respiré profusamente.

Me costó mucho aprender a vivir sola y a valerme por mí misma sin contar con el apoyo de Bobby. Mi día a día se redujo, de la noche a la mañana, en tratar de sobrevivir a toda costa.

Por suerte, el dicho: «Dios aprieta pero no ahoga» era cierto pues Pipper fue en todo momento el flotador que ayudó a mantenerme a flote. La boya que permitió llenar mis pulmones de aire y coger impulso una y otra vez.

Pero, incluso cuando crees que la vida parece haber hecho las paces conmigo, el universo se confabula en contra de ti y conspira para que todo tu mundo se vuelva del revés.

Debía dormir con un ojo cerrado y otro abierto, pues parecía que me había mirado un tuerto.

Para muestra, un botón.

9.50 AM

A media mañana acudí al endocrinólogo pediátrico para realizar la revisión periódica de Matt sobre su deficiencia en la hormona del crecimiento.

La revisión iba a ser una reproducción exacta a las anteriores visitas. Pesar y tomar medidas para comprobar que las curvas y los varemos se sitúen dentro de los percentiles adecuados a su edad según la enfermedad. Pero, esta vez no fue así. En esta ocasión, Matt debía realizarse unas pruebas más específicas para descartar otras enfermedades, como por ejemplo: las digestivas, las respiratorias o incluso la presencia de tumores.

—Un… ¿Un tumor? —Balbuceé.

Lo miré estupefacta y angustiada a partes iguales.

En seguida noté como todo mi cuerpo se tensaba por completo.

—Señora Dunne, cálmese… por favor. No es más que pura rutina, el protocolo a seguir.

—Pero…, ¿y si Matt?

Era oír la palabra tumor y todos mis demonios salir a flote.

No estaba preparada. En realidad una madre nunca está preparada para algo así.

—Lo mejor será que no adelantemos acontecimientos.

Alzó la vista impasible.

—Solicite hora para realizar nuevas pruebas y cuando tenga los resultados, pida cita. ¿De acuerdo?

En cuanto deslizó la petición firmada a mi lado de la mesa, me di cuenta de un detalle:

—¿Urgente? —Fruncí el ceño contrariada— ¿No decía que se trataba de algo rutinario?

—Exacto. Se trata de algo rutinario.

Se levantó de la silla y bordeó la mesa hasta quedar frente de mí.

—De momento son sólo especulaciones que han de ser contrastadas —me sonrió sin separar los labios— No debe alarmarse.

¿Estaba de broma?

¿Cómo tenía el santo valor de soltar que mi hijo tenía muchas papeletas de tener un tumor y quedarse más ancho que largo sin esperar que me horrorizara?

Cogí de la mano a Matt y salimos de su consulta con apremio y en completo silencio.

Caminé deprisa. Masticando y luego tragando todo aquello que había dicho. Y no sólo eso. ¿Y si estaba equivocado y si a Matt no le pasaba nada malo? ¿Cómo iba yo a costear las pruebas? Mi seguro médico no las cubriría.

—Maaaami… ¡Me haces pupa! —Gimoteó conteniendo un sollozo.

Paré en seco.

Pobrecillo. No me había dado cuenta de que le llevaba casi a rastras.

—Lo siento, mi vida, perdóname…

Lo miré desde lo alto y vi que me miraba con esos ojitos oscuros a punto de estallar en lágrimas.

Matt me recordaba tanto a Bobby. Él era su viva imagen y sin pretenderlo, me hacía sentir peor. Era como verle todos los días y no poder tener a mi marido.

¡Maldito Bobby! ¿Por qué quisiste comprarme el anillo? ¿Por qué apretaste el gatillo? ¿Por qué me abandonaste tan pronto?

Abracé a Matt. Le estreché entre mis brazos y apoyé la cara en su pecho.

¡Boom, boom, boom!

Su corazón latía raudo, fuerte y sano. Igual que el de Bobby, pero con una sutil diferenciación, que el de mi marido latía en el cuerpo de un completo desconocido.

# 24

La vida es una sucesión de lecciones que uno

debe vivir para entender.

*RALPH WALDO EMERSON*

*Jack Tucker*
*Marzo de 2019*
*Upper West Side, Nueva York*

—¿En serio? ¡No puedo creerlo, Jack…!

Julia se cubrió la boca con una mano y empezó a dar vueltas por nuestra habitación con nerviosismo.

—¡No puedes hacerme esto! Tú, tu vida. Nosotros. Olvídalo. Jack, no tienes nada que ver con esa persona. ¡Nada, nada!

—Julia, ya lo tengo decidido.

—Nada ni nadie te obliga a hacerlo —apuntó sin dejar de respirar entrecortadamente— ¡No estás en deuda con nadie! ¿No lo entiendes?

Sus palabras sonaron más a súplica que a ultimátum.

Me miró a los ojos, fija y profundamente. Traté de creer que fue porque esperaba que a última instancia transigiera en mis pensamientos.

—Parece que quien no lo entiende eres tú. Nada ni nadie me obliga a hacerlo. Ni siquiera me siento en deuda con esa persona. Quiero hacerlo. Eso es todo. —Apostillé muy tajante.

Y lo cierto era que, por primera vez en mi existencia, necesitaba ser egoísta; un capullo egoísta y llevar a cabo mi objetivo. Aunque para conseguirlo hiriera a la persona más importante de mi vida. A mi mujer.

—Julia, me marcharé en cuanto concluyamos esta conversación. Pero preferiría no hacerlo solo.

—Aunque quisiera acompañarte, no puedo. Me conoces y sabes perfectamente que lo que estás a punto de hacer va en contra de todos los principios morales.

—¡Jesús, Julia! ¿Principios morales? —Pregunté a mi mujer perplejo.

Una de dos: o yo no comprendía el trasfondo de sus palabras, o ella no comprendía mis intenciones, lo cual me entristecía descubrirlo.

—Creo que los principios morales quedan relegados a un segundo plano cuando nace la necesidad de zanjar algo que, para mi integridad emocional, es de vital importancia.

Esta vez ella cogió aire pausadamente.

—¿Sabes qué, Jack?

Me quedé en silencio esperando la respuesta.

—Reconoce una cosa. Reconoce que el trasplante te ha cambiado.

—Claro que me ha cambiado. Sabes de sobra que no soy el mismo de siempre. —Meneé la cabeza en forma de un rotundo asentimiento— ¡Demonios! ¿Cómo pretendes que sea el mismo? Eso que me pides es imposible.

Me encogí de hombros ante la obviedad y luego, añadí:

—Acabo de vivir una experiencia cercana a la muerte. —Tragué costosamente saliva al recordarlo—. Este último año he estado más muerto que vivo.

Miraba y miraba a mi mujer y aún no comprendía cómo no era capaz de cambiar los papeles y empatizar con mi sufrimiento.

—En todo este tiempo, ¿te puedes imaginar cómo me he sentido? ¿Serías capaz, Julia? ¿En algún momento del proceso te has llegado a plantear en ponerte en mi lugar?

Esta vez dejé las formas a un lado y le recriminé con la voz acerada y entrecortada, como si no estuviese en mis cabales.

—Quizás, si te dignaras a hacerlo, entonces y sólo entonces, podrías llegar a asumir que el concepto que tenía de vida ha cambiado. Y podrías llegar a la conclusión de que ahora, en este preciso momento, mis prioridades son otras.

—Sandeces. Eso no es ninguna excusa. —Intentó un nuevo abordaje para convencerme de lo contrario—. No cabe duda de que el dichoso trasplante te está trastocando y ¡te está volviendo completamente loco…! ¡Y lo más triste de todo es que ni siquiera te das cuenta de ello!

Giró en círculos y alzó los brazos al aire como si clamara algo al Cielo, como si esperara algo del Todopoderoso. ¿Otro milagro, tal vez? Salvo porque estaba equivocada en una cosa, en que nada ni nadie iba a conseguir que cambiara de parecer.

Y, lo peor de todo, es que lo sabía. Julia lo sabía porque me conocía a la perfección. Porque sabía lo testarudo que podía llegar a ser. Porque cuando algo se me metía entre ceja y ceja era capaz de viajar al inframundo, de surcar los siete mares o incluso, de dejarla en la estacada como en esta ocasión.

—Puede que tengas razón, Julia. Aunque, la verdad, también esperaba algo de comprensión por tu parte. Para mí esto es algo muy serio, no se trata de una chiquillada.

—¡Por el amor de Dios! —Exclamó dolida— Sabes de sobra que te he apoyado siempre, durante todos estos años. Siempre he estado a tu lado y jamás he desfallecido. He tragado tus cambios de humor, tus miedos y tus inseguridades… —replicó bruscamente y me clavó un dedo acusatorio entre las costillas— ¡No tienes ningún derecho a pedirme que esté de acuerdo en que remuevas cielo y tierra para encontrar a esa persona y sacrificar el bienestar del que disfrutamos a día de hoy!

Dejó de martirizarme con el dedo.

—Yo sólo te aconsejo de que deberías dejar las cosas tal y como están… —sus palabras emergieron como un cálido burbujeo adormeciendo mis sentidos. Luego me tocó la mano y

continuó—: Estás vivo Jack y, aunque no lo veas en este momento, no hay nada que importe más…, que me importe más.

Tenía que reconocer que en parte tenía razón, pero era una verdad a medias pues había regresado de entre los muertos y mi salud aún pendía de un hilo.

—Lo siento, Julia. Pero no es suficiente, no para mí —remarqué— ¿Piensas acompañarme?

Nos miramos fijamente y mantuvimos una competición de miradas durante varios segundos y al poco, respondió:

—No, Jack. Esta vez no. —Concluyó sin entusiasmo con el rostro enrojecido tras la acalorada discusión—. Sólo espero que esto no acabe dinamitando nuestra relación.

Justo entonces, me di la vuelta y cerré muy despacio la cremallera de la maleta por si en el último instante cambiaba de opinión.

Lo tenía decidido, estaba dispuesto a dejar mi casa, mi vida y a mi mujer durante un tiempo. ¿Cuánto? Eso aún estaba por determinar.

Ella, por el contrario, se quedó observándome en silencio, de pie, en un segundo plano. Sin pronunciarse, impasible y al puto margen de todo.

Sí. Tal vez me estaba comportando como un crío corto de luces y tal vez había perdido el juicio. Pero, equivocado o no, me estaba dejando llevar por lo que me dictaba el corazón. El corazón de Bobby Taylor.

Lo único que sabía era que debía seguir mis propios instintos. Y no desoír la llamada de mi cabeza, o de mi alma.

# 25

Si te tomas la vida demasiado en serio,

nunca vas a salir vivo de ella.

*ELBERT HUBBARD*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Liberty Street, planta 58*
*Financial Distrit, Manhattan*

—¿Cómo que Jack se ha ido?

James Curtis, mi compañero de trabajo, abrió la boca absorto; típica expresión de no entender nada de lo que le estaba explicando.

—¿Adónde y a qué lugar?

Dio un paso al frente proclamando mi atención.

—A Brooklyn, a una barriada perdida de la mano de Dios.

—Y… —me miró perplejo—, ¿tú no te has opuesto?

—Por supuesto que sí, James. Pero, aunque no dé mi brazo a torcer, Jack es demasiado testarudo como para darse cuenta por sí solo de que está cometiendo una solemne estupidez. —Cogí aire con fuerza— Y lo peor de todo es que ha dejado de ver con claridad. Está completamente cegado tras el trasplante.

Volví a colocar un mechón rebelde que se había soltado de mi recogido.

—Siente que está en deuda con esa mujer, esa tal Valentine Dunne. Necesita, requiere, precisa con urgencia mostrarle su gratitud; como si le fuera la vida en ello.

»Te juro que no le entiendo. Esta vez no.

—Oye, no te preocupes Julia. Además, que sepas que estoy de tu parte.

Me puso una mano sobre el hombro derecho mientras yo permanecía con los brazos cruzados.

Al poco prosiguió su discurso:

—Y que también estoy para lo que necesites. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí, James. Claro que lo sé. Hace años que nos conocemos y siempre has velado por mí... Y por Jack.

—Sí, pero con algunas salvedades.

—¿Cuáles?

—Pues…, que antes que Jack, estás tú. —Empezó a hablar—: De hecho, tú eres mi amiga y él es el marido de mi amiga. Por lo tanto, queda aclarada esa matización.

—*Touché!*

Justo entonces se apartó de mí, quedándose a tan sólo un par de metros. Lo justo y necesario para tener su espacio, llamar por teléfono y observarme por la rabadilla del ojo.

Yo aproveché para sentarme en el sofá. Los ahuecados cojines se hundieron bajo mi peso. Me quité los zapatos y masajeé mis pies hinchados. Estaba destrozada, literalmente. Y convencida de que nunca iba a acostumbrarme a pasar el día subida a unos incómodos tacones de diez centímetros. Salvo porque me debía a una imagen. Una imagen corporativa.

—Bueno, ya está.

James se acercó a mi lado al tiempo que esbozaba una amplia sonrisa en sus perfilados labios. Acompañada, cómo no, de su peculiar y elegante porte seductor y por el que cualquier fémina se volvía loca.

¡Para qué negarlo! Él lo sabía. Sabía exactamente el poder que ejercía sobre las mujeres y, por consiguiente, abusaba de ello.

—Tenemos reserva para cenar en Cull & Pistol.

—¿Estás de broma? ¿Cull & Pistol? ¿Ése? ¿El que está considerado uno de los mejores restaurantes de marisco de Nueva York?

Asintió él.

—James…, no.

—Julia, sí. —Afirmó solemne— Precisamente esta noche no pienso dejarte sola. No dejaré que te marches a casa y pases la noche llorando.

—¿Llorando?

Ahora fue mi momento, ese cuando me carcajeé con ganas.

—Bueno, ¿no es lo que se supone que hacen las mujeres cuando sienten frustración por algo que no han conseguido?

—¡Ui! Pero, ¿quién te ha contado semejante patraña sin sentido?

—Esto…

James carraspeó tratando de aclararse la voz o quizá lo hizo para ganar algo de tiempo y así poder meditar la respuesta.

—¡Bah! Déjalo, ni te esfuerces. —Realicé un gesto vago con la mano restándole importancia, pues era muy probable que el comentario sobre frustración personal, hubiese surgido de alguna mente inmadura. Seguramente de una de las jovencitas con las que acostumbraba a salir— Puedo imaginármelo…

—En absoluto, ni de lejos es lo que estás pensando.

—¡Oh, sí…! Claro que sí lo es. —Sonreí burlona—. Es exactamente lo que estoy pensando.

Me calcé de nuevo las sandalias de tacón de aguja. Me planché la falda lápiz con las manos. Me puse la gabardina y cogí el bolso que estaba encima de mi escritorio bajo la atenta y escrutadora mirada de mi compañero de trabajo.

—Sin ánimo de ofender James, pero creo que deberías empezar a subir la añada de tus conquistas. Digamos… que unos diez o quince años para que estén de vuelta de todo. ¿Me explico?

—Perfectamente, Julia. —Torció el gesto— Pero tú y yo sabemos, que el amor no entiende de edades, ni de religión, ni de…

—Pero, ¿quién está hablando de amor? —Le interrumpí en seco. Luego, abrí la puerta de la sala indicándole que estaba lista y que debíamos marcharnos—. En tu coche o en el mío.

—Mejor en taxi, es mucho más cómodo.

—Estoy de acuerdo, salvo por un pequeño detalle.

—Dispara, Julia.

Cerré la puerta del despacho, guardé las llaves en el bolso y nos abrimos paso hacia el ascensor.

—Cada uno se pagará su parte de la cena. —Propuse pizpireta.

—¡No, no, no! De eso nada.

—¿Y por qué no? Verás. Somos compañeros de trabajo… —empecé a decir—, además de tu jefa. Y mi sueldo está muy por encima del tuyo. Y, como no se trata de una cita, si no te importa, pagaremos a medias.

Ahora fue a James a quién se le escapó una sonrisa.

—*Okey*! Ya lo pillo.

—Así me gusta.

Tosí una risa.

—¡Qué encanto de mujer! —Exclamó en tono irónico.

—¡No lo sabes tú bien…! —Secundé.

James era un buen chico, siempre atento a mis pasos y servicial, extremadamente servicial. Cabe añadir que, en los comienzos de nuestra relación laboral, me irritaba soberanamente su comportamiento tan obsequioso. ¡Más que un empleado parecía mi perrito faldero! O, ¡el típico pelota de manual!

Un claro ejemplo sería cuando me fotocopiaba todos los documentos. Me preparaba el café con leche muy calentito todas las mañanas y en mi mesa siempre encontraba el último ejemplar del Times. Además, todo le parecía estupendo y solía darme la razón en todo sin rebatir nada.

Afortunadamente, su actitud fue amoldándose a mi temperamental carácter de ejecutiva agresiva. He de puntualizar que esto último sólo lo era en el despacho. Fuera, en el ámbito personal, me comportaba de forma muy distinta. Era yo misma. Una persona muy corriente, pragmática y bastante social.

De modo que, a partir de ese momento, James pasó a ser mi mano derecha y una de las piezas clave en mi vida.

Y, de nuevo. Aquella noche lo volvió a hacer. Logró por unas horas que me olvidara de todo. Consiguió que arrinconara mis obligaciones laborales y que pasara página.

Así fue como entre risas y anécdotas, dejé a un lado a mi marido Jack y a su chiflada aventura de conocer a la propulsora de todos y cada uno de mis actuales quebraderos de cabeza. A la jodida Valentine Dunne…

# 26

En la vida alguna veces se gana, otras se aprende.

*JOHN MAXWELL*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Dreams & Coffee Bar, Brooklyn*

Observé al tipo solitario que acababa de sentarse en la barra pues su presencia desentonaba con el resto de clientes que solían frecuentar el establecimiento. Parecía estar desubicado, incluso se mostraba algo taciturno, mirando ocasionalmente a la sección de las pastas.

Era un hombre de clase media, cuarentón, atractivo, bien vestido y aseado con su polo de marca azul cielo y sus pantalones de color caqui al estilo Dockers.

Podría parecer osada pero, me atrevería a afirmar sin riesgo a equivocarme que también era de una refinada educación. Distinto a los asquerosos/cerdos/babosos que me increpaban a diario.

En resumidas cuentas, no me sonaba la cara de ese desconocido y me tenía muy intrigada el conocer los motivos que le llevaron a merodear por este barrio.

Me acerqué a su lado blog en mano.

—¿Qué desea tomar, señor?

En seguida él estableció contacto visual conmigo y me obsequió con una tímida pero cálida sonrisa.

—Un café solo, por favor.

«Lo que yo decía: educado hasta la médula.»

—Y, ¿no le apetece algo para comer?

Vi como observaba la hora en su reloj de pulsera, uno que a simple vista parecía bastante caro.

—Quizá tenga usted razón, es casi mediodía. —Alzó la mirada— ¿Qué me recomienda?

—Bueno, pues…

Me llevé el bolígrafo a la boca e inconscientemente empecé a mordisquear el tapón (o lo que quedaba de él).

—Para empezar a abrir boca le sugeriría una ensalada *Waldorf*. Está elaborada con manzana, apio, frutos secos, repollo en julianas y aderezada con mahonesa. De segundo… Tal vez, el sándwich de pan de centeno con pastrami, mostaza y acompañada de pepinillos agridulces. Y si después de la bomba calórica aún le queda espacio en el estómago para un postre, en ese caso, no debe dejar escapar la oportunidad de probar uno de estos tres: la tarta de chocolate oscuro con frambuesas, el *red velvet cheesecake* o los *cupcakes* de mantequilla de maní y mermelada.

Sonreí pizpireta y luego alcé la mano derecha simulando estar jurando sobre una Biblia imaginaria.

—Le doy mi palabra de honor de que todo lo que le he recomendado está para chuparse los dedos.

Me devolvió la sonrisa en señal de agradecimiento.

—Excelente, para su información debo hacerle saber que acaba de convencerme.

—¿En serio? Gracias…

Aplaudí mentalmente.

—Así es.

—En ese caso, —empecé a anotar en la libreta—, la ensalada de primero, el sándwich de segundo y…

—Me confieso ser un apasionado del chocolate.

—Y la tarta de chocolate oscuro con frambuesas. —Le guiñé un ojo— Esa es la especialidad de Pipper, la dueña del local. Y le aseguro que tiene mano de santo para los postres, en especial con éste, créame.

—De acuerdo, me dejaré llevar por tus consejos.

—Le aseguro que no se arrepentirá, señor. Es más, imagínese lo convencida que estoy que sé que volverá otro día para repetir el mismo menú.

—No me cabe la menor duda.

Me sonrió, pero esta vez mostrándome los dientes, unos perfectos y alineados dientes perlados. Se notaba a leguas que había dedicado mucho tiempo y dinero en mantenerlos en ese estado.

Y, entonces pensé: «Me cae bien este tipo. Estoy segura de que es esa clase de persona que suele caer en gracia a todo el mundo».

—Ehm… bueno, ya me callo —carraspeé en el puño—. Voy a pasar la comanda a cocina… Supongo que se ha dado cuenta de que cuando una servidora empieza a hablar, no para de hacerlo ni debajo del agua…

Observó mi nombre bordado en mi uniforme.

—No te preocupes, Valentine, por mí está bien. Se agradece un poco de conversación.

Imagino que esa fue una forma elegante de llamarme cotorra parlanchina. Y lo cierto era que no le quité la razón, pues en ocasiones una servidora no era consciente de que hablaba por los codos.

—Vale… gracias. Puede sentarse en cualquier mesa del fondo, seguro que estará más cómodo. Yo he de ir a… la cocina.

Señalé con el dedo en esa dirección y luego desaparecí como alma que lleva el diablo de su lado.

Las normas de Pipper eran claras y precisas: no ofrecer conversación a los clientes de la cafetería más que el tiempo estrictamente necesario en el que se tarda en cursar un pedido.

Colgué la comanda en uno de los cuatro ganchos metálicos que quedaban libres y canté de viva voz los tres platos para que desde la cocina oyeran mis palabras.

—¡Una ensalada *Waldorf*, un sándwich de pastrami y una ración de tarta de chocolate oscuro

con doble ración de frambuesas…!

—¡Oído cocina!

Al poco, regresé a la barra y allí me estaba esperando Pipper, tras la caja registradora, devolviendo el cambio a uno de nuestros habituales clientes y sin quitarme el ojo de encima.

—Vaya, vaya, vaya… ¿Acabas de pedir la tarta de chocolate oscuro con doble ración de frambuesas?

—Ehm… así es.

—¡Ala, venga! Tirando la casa por la ventana.

Me sonrojé al instante pues me sentí cazada infraganti, pillada con las manos en la masa. Contada con los dedos de las manos eran las veces que alguna de nosotras había pedido doble ración de frambuesas.

Apuesto a que se imaginó algo que no era, como por ejemplo que me había prendado de ese tipo como una quinceañera: amor a primera vista o algo por el estilo.

¡A buenas horas mangas verdes!

Yo seguía enamorada hasta el tuétano de Bobby Taylor. Y sé que lo seguiría estando el resto de mi vida…

—Lo siento, Pipper. Debería haber…

—¡Ei! Que no pasa nada, cielo. Ni te estoy recriminando nada, ni te estoy regañando.

La miré ceñuda, no entendía nada de nada.

—Debe de tratarse de un cliente muy especial.

Me guiñó el ojo.

—Bueno, no exactamente —dije en mi defensa, pues lo cierto era que no tenía motivos que me condujeran a obrar de la forma que lo había hecho— A ese tipo no le conozco de nada.

—¿En serio, de verdad?

Pipper escrudiñó la sala a conciencia.

A esas horas el local solía estar a rebosar de clientes pero eso no fue impedimento para que ella diera enseguida con el susodicho.

—¿Es el guapetón de la mesa diez?

Señaló con la cabeza en esa dirección y yo me sonrojé más si cabía.

—Sí, pero te repito que no le conozco de nada. Mira su aspecto —dije dubitativamente, excusándome— Está claro de que tiene pasta y muchas papeletas de dejar una buena propina.

Alcé las cejas emulando al humorista Groucho Marx.

—Se puede decir que… he mirado por el negocio: vista empresarial, o algo así…

Mentí.

Aquello era una vil mentira.

Así, entre nosotros, el tipo me había caído en gracia. Sin mayor pretensión.

—Hace muchos años que peino canas, jovencita. Y eso que acabas de decir es una mentira. Pésima por cierto.

Pipper negó con la cabeza en señal de desaprobación.

—Tienes razón, Pipper. Te he mentido —musité.

—Pero, ¿por qué?

—Pues si te soy sincera no lo sé.

Sin darme cuenta mi mirada se deslizó hacia la mesa diez.

—Me daba vergüenza admitir que por primera vez en mucho tiempo, alguien ha despertado en mí una extraña sensación.

—¿Cómo de extraña?

Respiré profusamente antes de responder pues lo que iba a soltar por mi boca, era digno de un episodio de la mítica serie de Expediente X.

—Pipper, es una ida de olla y cuando te lo cuente sé que no me vas a creer…

—Apuesto a que sí —me retó con la mirada.

Tragué saliva despacio.

—He sentido la misma conexión con ese tipo que la que sentí el día en que conocí a Bobby.

Pipper entrecerró los ojos y me miró perpleja.

—Pero, ¿de qué coño estás hablando? —Arrugó la nariz sin comprender— Acaso, ¿has sentido un flechazo al ver a ese tipo?

—No, para nada, no me malinterpretes. Quizá no me he expresado correctamente. No estoy hablando de nada físico, sino más bien de algo… místico.

—Valentine, ¡explícate mejor, por Dios Santo!

Me miró dubitativa, con los ojos bien abiertos y adoptando una expresión casi desencajada.

—Lo que quiero decir es que… algo en mi interior, una alarma, una especie de señal, ¡qué sé yo! Algo me está advirtiendo de… —empecé a decir de forma desordenada y sinsentido—… Me conoces muy bien y sabes perfectamente que soy agnóstica y que no creo en nada más allá de lo racional. Mi filosofía de vida es clara: no creo en nada que no puedo ver, ni oír ni tocar…

—Cierto.

Pipper arrugó el entrecejo a la espera del desenlace de mis palabras, aunque conociéndola como la conocía, en su mente ya se cocían varias hipótesis al respecto.

Volví a coger aire y cuando mis pulmones se quedaron huérfanos de él, dije:

—Al verle por primera vez, he sentido como si él y yo, ya nos conociéramos de antes.

# 27

Si quieres algo que nunca tuviste,

debes hacer algo que nunca hiciste.

*ANÓNIMO*

*Jack Tucker*
*Marzo de 2019*
*En algún lugar de Brooklyn*

Apuesto a que ella también lo sintió, esa especie de conexión entre nosotros. Esas diminutas descargas eléctricas recorriendo cada una de las extremidades de nuestro cuerpo en forma de aviso…

Salí del Dreams & Coffee Bar medio aturdido, fallándome las piernas y doliéndome horrores la cabeza.

No me acabé el postre, no pude. Y no fue por falta de ganas porque realmente tenía un gusto exquisito. Sino porque me fue imposible seguir comiendo con el nudo creciente y lacerante que se me había formado en la boca del estómago.

Salí escopeteado de aquel lugar. Lejos de ella. Lejos de Valentine.

Necesitaba estar a solas y meditar sobre lo sucedido.

Distintos pensamientos burbujeaban en mi mente, a su libre albedrío. ¿Cómo sería la tal Valentine? ¿Cómo fue su relación con su difunto marido? ¿Fue feliz? ¿La trató bien? ¿Tuvo una vida cómoda?

La única información que logré sonsacar del detective privado fue que había sido huérfana a muy temprana edad, que había estado en decenas de casas de acogida antes de fugarse y desaparecer, que había tenido un hijo con Bobby Taylor llamado Matt, que carecía de estudios mínimos, que doblaba la jornada laboral para llegar a final de mes y que su hogar se encontraba en un pequeño apartamento casi en ruinas, ubicado en un barrio de mala muerte… Y poco más.

15:01 PM

Tan pronto entré en mi habitación del hotel, me desvestí dejando un reguero de ropa en dirección al cuarto de baño. Enseguida me metí bajo la ducha y cerré los ojos.

Ni siquiera cronometré el tiempo que permanecí bajo el agua pues perdí por completo la noción del tiempo, del espacio y del lugar. Necesitaba dejar la mente en blanco. Despreocuparme. Quedarme al margen de todo por unos instantes…

Tras salir y secarme con una toalla, me di cuenta de que toda mi piel tenía el mismo aspecto que una uva pasa.

Respiré hondo y luego exhalé.

Por fin volvía a tener los hombros destensados y los rasgos de mi rostro más relajados, pero seguía pensado en ella.

Caminé descalzo por la moqueta y abrí la puerta de la diminuta nevera incrustada en el mueble escritorio junto a la ventana. Escogí varios licores en miniatura. Uno de ellos era de Jack Daniel's y el otro de vodka Absolut.

Me bebí uno de un trago y me llevé el resto al sofá.

Me recosté en él.

Raudo, sentí una oleada de angustia que provocó que me replanteara los motivos que me habían conducido a ese lugar.

Me sentía mal. Sentía como si tal vez estuviera cometiendo un error pues nada estaba saliendo según lo previsto. Se suponía que todo iba a ser más fácil… He de confesar que no esperaba llegar y besar el Santo pero, tampoco que ella… me hiciera sentir así.

Afortunadamente, sonó mi teléfono haciendo que todas mis cavilaciones y mi monólogo interior se fueron al traste, por el momento.

Descolgué y respondí, ipso facto.

—Hola, Julia.

—Jack, no me has llamado. Supuse que me ibas a avisar en cuanto llegases al hotel.

—Cierto. Perdóname, cariño. Es que he estado… —carraspeé y me levanté del sofá para dar un par de vueltas por la habitación y acabar sentado al pie de la cama—, me he despistado. ¿Puedes creer que se me ha ido el Santo al Cielo?

Silencio.

—Cariño, ¿estás bien? Me tenías muy preocupada.

—Claro que estoy bien y no debes preocuparte por nada. Sólo que me encuentro algo cansado, eso es todo.

Silencio.

—Jack, ¿la has conocido? —Dijo muy seria.

—Ehm… apenas… —le respondí casi sin meditar las palabras que debía pronunciar—, apenas he tenido oportunidad de hablar con ella.

—Entonces la has visto.

—Sí. La he visto.

El silencio volvió a propagarse como el fuego entre nosotros, arrasándolo todo a su paso. A cambio de otras veces, esta vez resultó ser más largo e incómodo.

—Y ella… ¿sabe quién eres?

—No. Aún, no. Es pronto para eso… Demasiado pronto.

—¿Pronto para qué? —Explotó de sopetón— ¿Acaso no era eso precisamente lo que deseabas? ¿Darle las gracias en persona? Por eso estás allí, ¿no? Por eso has viajado hasta ella, por eso…

—Julia, aún no es el momento. —La interrumpí con sequedad.

—Entonces, ¿cuándo tienes previsto que lo será?

—Cuando sea el momento lo sabré. —Tragué saliva con resquemor—. Sé que no eres capaz de entenderme, pero te juro que el verla, el estar frente a la persona que me ha devuelto a la vida, ha sido para mí un tremendo shock emocional.

Julia volvió a quedarse sin habla, salvo por su respiración acompasada al otro lado del teléfono.

—Hasta hoy no me había dado cuenta de lo comprometida que resulta mi decisión.

—Jack, vuelve. Déjalo ya. Olvídala. Ni siquiera deberías estar allí…

—Lo siento, cariño. Pero ya no hay marcha atrás.

—No puedes hacerme esto. No puedes hacernos esto… No tienes ningún derecho a tratarme así.

Silencio.

—Julia. No pretendo que lo entiendas. Lo único que te pido es tiempo. Tiempo para digerir la situación, mi nueva situación. Eso es todo.

No tenía a mi mujer delante pero sabía que se estaba acariciando el lóbulo derecho, porque lo hacía siempre que algo le disgustaba.

¡Ni qué decir que todo el asunto de Valentine Dunne la enervaba soberanamente!

—¿Cuánto tiempo necesitas? —Volvió a insistir con sequedad. Esta vez de forma tajante.

—El tiempo que sea necesario. Horas, días. Tal vez semanas…

Nunca hubiese imaginado que tendría un comportamiento tan egoísta con mi mujer. Sin embargo, hay ocasiones en la vida en las cuales lamentablemente y sin pretenderlo, hieres a quienes más quieres.

Nunca quise hacer daño a mi mujer.

Nunca fue esa mi intención.

Ni nunca lo sería.

—Julia, escúchame, por favor.

No dijo nada, permaneció en silencio.

—Ni por un momento quiero que pienses que me importa más estar aquí en Brooklyn que contigo. —Pronuncié con insistencia, haciendo hincapié en las últimas palabras—. Eso jamás lo pongas en duda, por favor. Simplemente es…, que debo acabar lo que he empezado, quitarme ese mal sabor de boca. Debo…, necesito, simple y llanamente, sentirme en paz conmigo mismo.

La oí suspirar. Fue un largo, sonoro y amargo suspiro.

—Te pido, te ruego, te imploro que seas paciente.

Al cabo de unos segundos, respondió:

—De acuerdo, Jack. Tómate el tiempo que sea necesario. Yo… Sabes de sobra que yo estaré aquí cuando regreses.

Y lo cierto era que anhelaba esas palabras desde el inicio de la conversación, pues en el fondo no esperaba menos de ella.

Julia y yo siempre habíamos sido uña y carne. Dos almas gemelas que se amaban y se comprendían a partes iguales.

—Te quiero, Julia. —Le dije con urgencia, arrastrando las palabras— Eso jamás lo olvides.

—Yo también te quiero —susurró ella—, mucho.

—Lo sé. —Concluí con sensatez.

La llamada finalizó y yo me tumbé en la cama, entumecido y con la mirada perdida al techo. Teniendo una vez más, la amarga sensación de estar portándome mal con Julia.

¿Egoísta?

Tal vez. Quizás podrían tacharme de egoísta y no les quitaría la razón. Salvo porque era mucho peor pasar un día más sin dar las gracias a la persona que me salvó la vida. No podía seguir como si nada.

De algún modo, ya estaba allí y no pensaba echarme atrás.

# 28

Vive como si fueras a morir mañana,

aprende como si fueras a vivir para siempre.

*MAHATMA GANDHI*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Bedford, Brooklyn*

Soñé con ese tipo, el del bar. No supe por qué se entrometió de esa forma en mis pensamientos durante el día y se coló en mis sueños pasada la medianoche.

Soñé con él, con el misterioso desconocido de mirada dulce. Soñé que se presentaba en mi apartamento de madrugada, malherido y arrastrándose por los suelos. Había mucha sangre por todas partes. Era púrpura, intensa y brillante como el rubí. Ésta le goteaba por la sien manchando su inmaculada camisa blanca mientras con la mano extendida me clamaba auxilio.

Me desperté de sobresalto y con el corazón desbocado. Bañada en un sudor frío y pegajoso. Me faltaba el aire. Me costaba incluso respirar. Fue un sueño tan… explícito. ¡Tan real!

Casi de inmediato, deslicé la cortina de encaje grueso y abrí la ventana. Me gustaba reclinarme en el alféizar de madera aunque estuviera dañado por el paso del tiempo. Apoyar mis manos en él mientras sacaba la cabeza al exterior y cerraba los ojos, permitiendo que el aire fresco calmara el calor de mis mejillas.

A continuación caminé descalza en dirección a la cocina y recuperé de la nevera una taza de café que me había sobrado del día anterior y lo recalenté.

Salí de aquel nicho de tres metros cuadrados y me senté en el sofá y puse los pies encima del polvoriento cojín mientras daba discretos sorbos al café que, por cierto, sabía a rayos.

Lo siguiente que recuerdo fue ponerme a pensar, dar rienda suelta a mis pensamientos. Lo cierto era que, últimamente no hacía otra cosa…

Por un lado, ese extraño sueño y, por el otro, él.

¿Por qué no podía dejar de pensar un solo minuto en él?

Dejé la taza encima de la mesita para poder taparme con la manta pues sentí un incómodo escalofrío…

¡Me había dado cuenta de algo!

—No, no es posible —negué con la cabeza— Algo, una extraña sensación me advierte de que le conozco. Pero, no le había visto con anterioridad. Estoy segura…

En silencio apuré las últimas gotas de café que valsaban en el fondo de la taza mientras mantenía la mirada perdida a ninguna parte.

—¿Segura?

Volví la cabeza pues el crujir de la madera me indicó que unos piececillos descalzos se encaminaban hacia mí. Al parecer mi pequeñajo también se había desvelado, tal vez por mi culpa tras oírme deambular como un fantasma por el apartamento.

—Vamos… Vuelve a la cama, cielo. Debes descansar. —Le dije con una sonrisa ladeada y luego añadí—: No olvides que mañana vas al cole.

Enseguida Matt arrugó su redondita nariz en señal de desaprobación.

—Mami, ¿puedo dormir contigo? —Me preguntó en voz baja, mirándome desde la distancia; mirándome con su inocente y bondadosa mirada, con sus ojos lagrimosos y su carita de ángel a la espera de que mi respuesta fuese afirmativa.

Incluso desde lo lejos, su inocente y bondadosa imagen me robó mil sonrisas. Su pelo corto y revuelto, sus ojos lagrimosos, su carita de ángel, sus turgentes y sonrosados labios que no cesaba de mordisquear a cada momento, su cuerpecito de apariencia grácil y esa vocecita que acostumbraba a entonar entre susurros por temor a ser oído… O quizá por temor a molestar más de la cuenta.

—Claro, mi vida. Sabes que puedes dormir en mi cama todas las veces que quieras.

—Y… ¿también me abrazarás?

—¿Acaso lo dudas? ¡Pues claro que te abrazaré! Voy a estrujarte tan fuerte que incluso te costará respirar.

—Vale…

Matt ensanchó los labios premiándome con una de sus tiernas sonrisas comedidas, aquellas que regalaba a cuenta gotas y que, inevitablemente, te acariciaban el alma.

—¿Vale? ¿Ya está? ¿Y tú no vas a darme nada? ¿Ni siquiera besitos?

—Sí, muchos.

—¿Cuántos?

—Diez.

—¿Sólo diez?

—¡Pero… qué tacaño te has vuelto!

Fui en su busca y empecé a hacerle cosquillas.

Él soltó una risotada.

—¡Veinte!

—Me parece que voy a seguir haciéndote cosquillas para conseguir más besitos tuyos…

Me encantaban las cosquillas. Eran geniales. Yo solía utilizarlas como terapia. A Matt le servía para abrirse y a mí para acercarme más a él.

—¡Mil! —Gritó sin parar de reír al tiempo que se revolcaba por los suelos.

—¡Me vale! ¡Mil me parece el número ideal! —Exclamé retirando mis dedos de sus carnes— Ahora. A la cama. —Le di una cariñosa palmadita en el culo—. ¡Corre y espérame allí!

Le removí el pelo con la mano, me encantaba hacerle eso. Y es curioso, porque también me

gustaba hacérselo a Bobby. Se lo hacía cuando estábamos sentados en el sofá disfrutando de una serie que emitían en la tele.

¿Esta era la segunda vez que mencionaba a mi marido?

Respiré hondo y luego solté el aire de mis pulmones, permaneciendo inmóvil en el sitio mientras veía a mi hijo desaparecer tras la puerta.

—Ojalá aún estuvieras entre nosotros, Bobby. —Sentí como mis ojos se humedecían rápidamente— Te echo tanto, tantísimo de menos, mi vida.

# 29

No midas tu riqueza por el dinero que tienes,

mídela por aquellas cosas que tienes y

que no cambiarías por dinero.

*PAULO COELHO*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Nueva York*

Cinco días.

Jack se había marchado hacía cinco días; cinco días con sus cinco interminables noches…

Hasta la fecha siempre me había considerado una mujer moderna, una ejecutiva de éxito, autosuficiente y nada dependiente. Sin embargo, la soledad suele jugarte malas pasadas y hacer que te replantees ciertas cosas…, forzando que tu vida tome un cariz muy distinto.

No obstante, como dicen: Dios aprieta pero no ahoga y acostumbra a haber algo que te salva del inminente desastre. Y en mi caso, ése algo, bien podría ser mi estrecha relación con James Curtis. Ya que sus reconfortantes ánimos, sus palabras justas en el momento exacto y sus acertados consejos se habían convertido, sin pretenderlo, en algo crucial en mi día a día.

Era posible que a vista de otros, dedicara demasiado tiempo a estar a su lado, pero es que me aterraba la idea de volver a casa tan pronto por las noches y encontrarme sola sin la presencia de Jack. Pues, la verdad sea dicha, echaba de menos vivir en compañía, es decir, echaba de menos la convivencia o la rutina que tenía con mi marido. Particularmente, echaba de menos el tener a alguien a mi lado y sobre todo por las noches. Miento. Echaba de menos tener la presencia de Jack por la casa y por las noches tenerle a mi lado en la cama.

19.28 PM

Observé la hora en mi reloj de pulsera y me di cuenta de que se acercaba la hora de regresar a casa. Otra noche más… De nuevo, otra noche más en soledad.

Bajé mi vista a los documentos que tenía sobre el escritorio y suspiré profusamente.

—Otra vez sola…

Me llevé los dedos al entrecejo para masajearlo y acabé enterrando la cara entre las manos, pues aunque tuviera miles de asuntos pendientes por zanjar, no debía utilizarlos como excusa para quedarme en el despacho. Primero porque no sería saludable y segundo porque debía enfrentarme a mis propios fantasmas de una vez por todas.

—Incluso desde el otro despacho es posible oír tu respiración.

Di un sobresalto en la silla, llevándome la mano en el pecho. Mi corazón se puso a mil en un santiamén.

—¡Por el amor de Dios, James! —Mis palabras tronaron en medio de la sala— ¡Me has dado un susto de muerte…!

—Lo siento, Julia. No era mi intención.

Lo miré a los ojos directamente y me di cuenta de que lo sentía de veras.

—No te preocupes —dije para suavizar la situación— Es que… últimamente estoy demasiado irascible.

—Sí, tal vez un pelín —sonrió sin separar los labios— Pero, no te preocupes, es del todo comprensible pues estás atravesando un momento delicado. El asunto de Jack te está trastocando.

—Tienes razón, no lo estoy llevando nada bien. Además, siento malestar general y tengo el estómago revuelto.

James enarcó una ceja perfecta ante mí.

—¿Sientes náuseas?

Asentí con la cabeza en el acto y en seguida me di cuenta de que ya estaba empezando a hacer conjeturas osadamente.

—¡Oh, no! En absoluto es lo que estás pensando.

Volví a menear la cabeza pero esta vez negando con rotundidad.

—Vomitar no siempre es sinónimo de estar embarazada.

—Salvo porque un alto tanto por ciento amparan mi teoría.

—James, tan sólo estoy cansada.

Él aprovechó el momento para acercarse más a mi lado y quedarse frente de mí.

—Sólo respóndeme a una pregunta.

—Cómo no.

Me encogí de hombros.

—¿No te has fijado que últimamente estás demasiado cansada? Además, apenas tienes apetito y tu carácter... digamos que está un pelín… —hizo el gesto de las comillas con los dedos—, cascarrabias.

Me eché a reír pues sus conjeturas no tenían sentido.

—Verás, yo lo que creo es que mi trabajo me absorbe sobremanera y necesito descansar, física y psicológicamente. Además, no podría estar embarazada pues hasta la fecha todos los métodos: naturales y médicos, han fracasado.

—Lo sé, Julia. Estoy al caso de todos vuestros pasos.

—Así que, me temo que lo que estás barruntando en estos momentos es algo cuanto menos…, disparatado.

Entonces ambos nos quedamos en silencio durante varios segundos. Quizá el silencio se propagó durante medio minuto, o tal vez, más.

En cualquier caso, no tardé en obsequiarle con una sonrisa de agradecimiento por estar siempre tan pendiente de mí, a las duras y a las maduras.

Al poco, me dirigí al enorme ventanal para contemplar las vistas de la Gran Manzana pues solía mirar al horizonte para ver el atardecer desde esa privilegiada altura. Me gustaba mirar entre los huecos que dejaban los edificios y hasta donde la vista me alcanzaba para ser testigo de cómo el azul del cielo se tornaba naranja y de cómo las luces de la ciudad cobraban vida en perfecta armonía.

—Ojalá, James. —Me giré para mirarle a los ojos— Ojalá tuvieras razón y yo fuera la que estoy equivocada.

Suspiré hondo lentamente.

—Tal vez el destino os tenga reservada una inesperada sorpresa.

Tras oír sus palabras, la tristeza se apoderó de mí y, sin poder evitarlo, una lágrima afloró por la comisura de mis ojos y se deslizó por mis mejillas.

—Vamos, ven aquí, Julia —Me susurró con su voz ronca pero acogedora, envolviéndome entre sus brazos— Todo llegará, estoy convencido de ello. Tengo un presentimiento.

Acuné mi rostro en el hueco de su cuello y cerré los ojos. Por una extraña razón su abrazo me calmó los ánimos y ahuyentó mis malos pensamientos, ésos que no dejaban de martirizarme sin compasión.

Además, me di cuenta de lo mucho que echaba de menos el contacto físico de otro ser.

Y, qué reconfortante resultó que fuese James aquélla persona cercana que me diera el abrazo, a pesar de tener a mi marido a sólo unos kilómetros de distancia.

# 30

Cuando un tonto coge un camino,

el camino se acaba y el tonto sigue.

*ANÓNIMO*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Maple Street School, Brooklyn*

¡No podía creerlo!

Era la segunda vez consecutiva en esa semana que llegaba tarde. Y no tenía excusas. ¡Ninguna! Ni siquiera podía echarle la culpa al servicio de trasporte público aunque fuese como el culo. Ni que llevara veinte largos e interminables minutos en la condenada parada de la línea B52 antes de echar a correr por las calles de la ciudad.

Podría haber pillado un taxi, eso hubiese sido una buena alternativa para no acabar exhausta y con el hígado asomando por la boca, pero eso era un lujo que no me podía permitir.

Apenas en unos cuarenta minutos después, al llegar al patio del colegio, paré de correr en seco tras descubrir que Matt estaba sentado al pie de las escaleras y acompañado de un desconocido.

Mis parpados se movieron incrédulos.

«¡Maldita sea, no debería estar hablando con extraños!»

En varias zancadas llegué hasta ellos.

—¡Matt, ven aquí! —Bramé de forma violenta— ¡Corre!

Cogí a mi pequeño en brazos, arrancándole de su lado. Manteniendo a mi cachorro a salvo, como si de una leona me tratara.

Justo después, el hombre se volvió y fue cuando supe quién era. Era *él*. *Él*.

Mi corazón se saltó un latido.

—¿Tú? Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

—Pasaba por aquí y… —gesticuló con las manos como si fuera lo más normal del mundo— le vi solo, sentado en las escaleras y me puse a hablar con él. No quería dejarle solo.

—¿Acaso me has estado espiando?

De pronto me entró el pánico y retrocedí, dando unos pasos atrás. ¿Cómo sabía que Matt era mi hijo?

—No, claro que no —compuso una sonrisa algo forzada— ¿Por quién me has tomado?

¿Por un perturbado mental, tal vez? Que tuviera la apariencia de no haber roto nunca un plato, no le eximía de culpa.

Nos miramos durante unos segundos, cinco para ser exactos.

Al poco, volvió a tratar de defender su postura.

—Te aseguro que no es lo que parece. Verás, yo vivo cerca de aquí. Justo allí. —Alzó el dedo al aire y señaló a un grupo de edificios que se dibujaban en el horizonte— Y el otro día. Bueno, hace exactamente un par de días te vi con él. Y…, hoy al verlo solo…, pues…

Mientras oía su alegato poco creíble empecé a mordisquear la uña del dedo meñique. La única que se distinguía pintada de esmalte en rojo.

¿Y si estaba diciendo la verdad?

¿Era capaz de dar el beneficio de la duda a un extraño?

Pero se trataba de mi hijo y…

—Lo siento de veras —Insistió.

Me costó adivinar a qué se dedicaba laboralmente, pero no cabía duda de que era un magnífico orador.

—Asustarte sería lo último que desearía, créeme.

Acortó las distancias.

Estaba tan próximo a mí, que casi pude percibir el aire cuando éste salió por su boca.

—Mira, voy a hablarte con honestidad. —Empecé a hablar al fin. Sin tapujos, sin rodeos y muy directa— No sé de qué va todo este rollo, pero mi sexto sentido me alerta de que hay algo raro en todo este asunto. Hay gato encerrado…

Enseguida, la expresión amable y cordial que se pintaba en su cara se esfumó de golpe.

—No te conozco de nada. No sé quién eres. Ni siquiera sé cuáles son tus intenciones. Por lo tanto y ante la duda, si vuelves a quedarte a solas con mi hijo, me darás a entender de que no ha sido casualidad… y en esa ocasión, me obligarás a avisar a la policía.

—Ya te he dicho que ha sido mera coincidencia.

—Eso espero…

Mantuve su mirada unos segundos y luego, me largué de allí con Matt a cuestas.

Por algún motivo, todo ese asunto empezaba a olerme… a chamusquina.

# 31

Existen aquellos que llevan la verdad dentro de sí pero

no la expresan con palabras.

*KHALIL GIBRAN*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Upper West Side, Nueva York*

Llevaba cerca de una hora sentada en la taza del inodoro con el test entre las manos, observándolo sin decidirme qué hacer.

Era la primera prueba que iba a realizar sin Jack y me entró el pánico.

¿Y si James estaba en lo cierto y estaba embarazada?

Dejé el instrumento sobre el mueble del lavabo, salí del cuarto de baño y llamé a mi marido por teléfono.

Saltó el dichoso contestador.

—Jack, hola… Te llamaba porque quería saber cómo estás. Uh… Desde anoche no tengo noticias tuyas y me gustaría hablar contigo. —Guardé silencio— En cualquier caso quería decirte que…

Zapateé intranquila, me irritaba soberanamente tener que dejar mensajes en el buzón de voz, aunque fuesen dirigidos a él.

—Bueno, mejor será que me devuelvas la llamada cuando tengas un momento y… hablamos. ¿Vale?

Me esforcé en sonreír para que mis palabras tuvieran una entonación lo más serena y relajada posible y así aparentar sosiego, aunque por dentro estuviera delirantemente preocupada.

Y, entonces, concluí con un escueto:

—Te quiero, mucho.

De modo que, regresé al cuarto de aseo y devolví la prueba al interior de su caja, tentada de lanzarla al fondo del cubo de la basura.

Al regresar de nuevo al salón, me dejé caer pesadamente sobre el sofá, a esperar. A esperar la llamada de Jack.

Mientras tanto, traté de respirar hondo.

Di un par de vueltas a mi alianza de diamantes.

Cerré los ojos, quería dejar la mente en blanco.

No quería pensar…

Pero, ¿y si estaba embarazada?

Corrí al cuarto de baño pues la incertidumbre me estaba matando. Y con las manos aún heladas, retiré el capuchón azul.

Pronto, en sólo cuestión de segundos, se desentrañarían todas mis dudas…

# 32

Si dos personas que han sido extrañas, dejan de pronto que la pared que hay entre ellas se rompa para sentirse y descubrirse,

esta será una de las experiencias más emocionantes de su vida.

*ERICH FROMM*

*Jack Tucker*
*Marzo de 2019*
*The Williamsburg Hotel, Brooklyn*

¡La cagué, hasta la médula!

*Mi plan*, mi dichoso plan había fracasado a la primera de cambio o a la segunda tentativa de acercamiento a Valentine.

Ahora tocaba pensar en arreglar los desperfectos, porque no pensaba marcharme sin que supiera lo que significaba para mí. La importancia que tuvo esa elección. Pues su elección, fue la que me devolvió a la vida.

10.01 AM

Salí de la habitación del hotel y caminé taciturno por las calles de la ciudad rumbo a Coffee & Dreams Bar.

Al llegar allí, permanecí en la calle, justo en la acera de enfrente. A la espera, sin saber muy bien cuál sería mi siguiente acercamiento.

Esperé horas, haciendo guardia. Sentado en un banco, inmóvil y sin apartar la vista ni un segundo.

Al caer la noche, la temperatura descendió de golpe. Pronto, empecé a notar como todos los miembros de mi cuerpo se entumecían. De modo que, empecé a frotarme los brazos para entrar en calor.

Afortunadamente, minutos más tarde, las luces del rótulo se apagaron, señal de que estaba a punto de salir.

Y así fue.

Valentine salió a la calle, cabizbaja y sumida en sus pensamientos. Ataviada con un grueso abrigo marrón y un gorro de lana con orejeras.

Nada más verla, los latidos de mi corazón empezaron a acelerarse.

«Pero, ¿qué diablos me pasa?»

¡Mis niveles de serotonina debían estar por las nubes…!

¡Otra vez esa extraña sensación al estar cerca de ella!

Quise seguirla, pero esta vez a una distancia prudencial para no delatar mi presencia.

Esta vez debía hacerlo bien.

Esta vez no podía cometer errores.

«Hoy mismo le haré saber quién soy».

Fue entonces cuando un tipo alto, fornido y ligeramente encorvado, le cerró el paso sin contemplaciones. Ella se detuvo en seco mientras él le decía algo.

Y, en un visto y no visto, el hombre le cogió del brazo para llevarla a la fuerza a un oscuro callejón, franqueado por varios edificios en ruinas.

¡La oscuridad de la noche los engulló por completo!

La oí gritar y luego… nada.

El silencio más espantoso.

Inmediatamente eché a correr. Corrí todo lo rápido que pude. Corrí como alma que lleva el diablo y como nunca antes lo había hecho.

—¡Valentine!

Mi corazón empezó a bombear de un modo frenético.

Al doblar la esquina, pude ver como él tras agarrarle del pelo la lanzaba contra un contenedor de basura y caía entre unas bolsas que habían apiladas. A su vez, fui testigo directo de cómo, no contento con ello, se hizo con una enorme piedra y sin titubeos, le machacó la cabeza.

—¡Dios! ¡Noooooooo!

Grité atónico ante la macabra escena y una oleada de incertidumbre se cernió sobre mí.

Me quedé paralizado… sin saber qué hacer.

¡Joder, joder, joder…!

¡Santo Díos…!

Pese a todos mis esfuerzos, no llegué a tiempo para socorrerla…

# 33

Todo lo que nos irrita de otro nos puede llevar

a una comprensión de nosotros mismos.

*CARL JUNG*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*NYU Langone Hospital, Brooklyn*

Veinticuatro horas, precisamente ese fue el tiempo que permanecí en observación en el centro médico. Diez fueron los puntos de sutura cosidos en la frente y tres el número de las costillas fracturadas.

Un milagro. Así es como lo apodaron las enfermeras más veteranas, pues de no ser por la rápida actuación de la persona que me socorrió, seguramente hubiera fallecido.

Abrí los ojos despacio pues aún debía aclimatar mis pupilas a la luz del fluorescente de la habitación. Pestañeé en varias ocasiones para mantenerlos abiertos a pesar de sentirme desorientada.

Me dolía todo el cuerpo.

El dolor de la cabeza partía de la frente y se expandía por todo el cráneo. Además, tenía el estómago como si me lo hubiesen sacado de mis entrañas y después saltado a la comba con los intestinos.

—Buenos días, querida. ¿Has pasado buena noche?

Pipper estaba de pie justo en la puerta, en modo vigilante, con los brazos cruzados bajo sus pechos, muy propio de ella. El tono de su voz sonaba cansado pero ella no cesaba de mostrarme una sonrisa tranquilizadora.

—Bien… supongo —le mentí aunque apenas pudiera articular varios vocablos seguidos porque tenía ciertas dificultades para mover los labios. Cabe decir que fue una mentira piadosa, no quería que se preocupara más de la cuenta, aunque conociéndola como la conocía era muy probable que no se hubiese tragado esa patraña.

Entonces, se acercó a mi cama y sus manos pronto me acariciaron la mejilla.

—Me has tenido muy preocupada —se le escapó un suspiro.

—¿Y… Matt?

Desvié radicalmente el foco de atención hacia otra persona y traté de incorporarme ligeramente.

Vi la almohada teñida de sangre.

—No te preocupes, Matt está bien, está con tus vecinos.

A continuación, aproveché para palparme el rostro con la yema de los dedos. Había zonas que estaban hinchadas como un puñetero globo aerostático.

—Será mejor que no te toques la cara, —sonrió a medias. Me cogió la mano y la envolvió con la suya— todo está demasiado reciente.

—¿Es-estoy muy desf-desfigurada? —Quise saber, casi temiendo la respuesta a sabiendas que en ciertas ocasiones es mejor ignorar la verdad.

—Ahora tu principal preocupación es que las heridas cicatricen bien, que no provoque una infección, esas cosas.

—Entonces, es que estoy muy mal…

—Cielo… Estás viva. —Su voz por un instante titiló sin darse cuenta. Luego sonó firme y persuasiva, engatusándome con su dulzura, como de costumbre— No hay nada más valioso que eso, créeme.

La miré en silencio y no quise indagar más sobre mi aspecto, de momento. Aunque todo el mundo sabe que la curiosidad acaba matando al gato.

—Deberías descansar.

No parecía estar muy dispuesta a que hiciera caso omiso de sus recomendaciones. Así que se limitó a taparme con las sábanas hasta los hombros sobre la piel dolorida y yo lancé un alarido pues la fina tela parecía papel de lija, la misma que utilizan los carpinteros para alisar la superficie de una madera.

—Ahora —murmuró—, cierra los ojos, Valentine.

Luego se inclinó y, alargando el brazo, apagó la luz.

Y yo, al cabo de unos pocos minutos y sin apenas esfuerzo, me quedé profundamente dormida.

# 34

La felicidad no es algo ya hecho. Viene de tus propias acciones.

*DALAI LAMA*

*Jack Tucker*
*Marzo de 2019*
*The Williamsburg Hotel, Brooklyn*

—Siento no haberte devuelto la llamada, Julia. ¿Puedes crees que perdí por completo la noción del tiempo?

Ella se mantuvo en silencio durante unos segundos, diez para ser exactos. Y más tarde, lazó un hondo suspiro.

—No me vengas con esas, Jack. Tu comportamiento infantil carece de disculpas —rezongó— Llevo cuarenta y ocho horas sin saber nada de ti y en paradero desconocido. Y para más inri, cada vez que trataba de contactar contigo, saltaba el contestador.

Un nuevo silencio.

—¿Tan ocupado te has mantenido que no has podido encontrar ni veinte segundos para devolverme la llamada? ¡Ni una llamada de aliento para saber que estás bien!

Ahora fui yo quien se quedó mudo pues fui incapaz de rebatir sus argumentos. Julia tenía razón, esta vez sí. Y por un momento de lucidez me puse en su piel y me di cuenta de que si hubiésemos intercambiado los papeles, y no lograra contactar con ella, me hubiese vuelto completamente loco.

—Te juro que por más que trato de buscar sentido a todo lo que te está pasando, no lo encuentro… —aseveró angustiada— Y lo que más me aterra es saber que estás a punto de perder el norte y no puedo hacer nada por impedirlo.

Tragué saliva con resquemor. Sabía que estaba obrando egoístamente. Sabía que lo estaba haciendo mal, pero no podía parar. No podía dejar a un lado los motivos que me impelían a seguir hasta el final.

—Jack, todo este asunto de Valentine te está trastornando por completo. Te juro que ya ni te reconozco…

De nuevo Julia había dado en el blanco y por supuesto era consciente de mi desaguisada actuación. Sin embargo, tras el suceso en el callejón, algo me obligaba a estar más cerca de Valentine. Sentí que tenía que velar por ella, que tenía que cuidarla y que debía estar a su lado, tanto de día como de noche.

Además, pronto iba a saber quién era yo realmente.

—Lo único que puedo decirte es que lo siento Julia. Pero lo que más siento es que por culpa de mis actos, lo estés pasando mal. Ahora mismo no sé cómo hacerte sentir mejor, pero te prometo que te recompensaré —repuse con contundencia— no te quepa duda, mi amor.

Ella suspiró hondamente y luego se mantuvo en un desolador silencio que me perforó el alma.

Contadas eran las ocasiones en las que mi mujer se quedaba sin palabras. Únicamente cuando se sentía desbordada por la situación. Y mi inmadura rebeldía, no ayudaba demasiado.

—¿Cuándo volverás? —Preguntó con la voz entrecortada.

Tardé cinco segundos en contestar.

—Pronto.

A pesar de la desesperación en sus palabras mi respuesta fue un simple, escueto y apático monosílabo. Propio de un crío, de un crío malcriado y sin dos dedos de frente.

—¿Cuándo, Jack? —Balbuceó, arrancó las palabras desde lo más profundo de su garganta.

—Si lo que me pides es una fecha exacta, en ese caso… no creo que pueda dártela.

—¿No te das cuenta que todo esto es una locura? Es… Es como si ya hubieses tomado una decisión. Elegirla a ella antes que a mí.

—Eso es absurdo, Julia. —Musité.

Negué con la cabeza pues se equivocaba de cabo a rabo. En absoluto era un sufragio entre ambas, sino más bien una cuestión de honor. Algo que debía hacer o algo que necesitaba hacer. Era como una especie de deuda que tenía con ella.

Y, pese a saber que estaba castigando a mi mujer con mi comportamiento ególatra, aún seguía en deuda con Valentine Dunne.

Una deuda que muy pronto, pesara a quien pesara, saldaría…

# 35

El lenguaje de la verdad debe ser, sin duda alguna,

simple y sin artificios.

*SÉNECA*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*NYU Langone Hospital, Brooklyn*

Abrí los ojos y finté a mi alrededor.

Aparentemente estaba sola en la habitación; en la blanca, impersonal y tétrica habitación de hospital, que por extraño que resultara estaba ausente de médicos, de enfermeras y de Pipper.

Así que aproveché la ocasión para salir de la cama con cierta dificultad y dirigirme al cuarto de baño, entre tambaleos pues me costaba horrores mantenerme erguida.

Mis piernas, tan delgadas como alambres, no cesaban de temblar bajo mis caderas.

El tremebundo esfuerzo tenía que valer la pena pues lo único que tenía en mente en ese preciso momento era mirarme al espejo y saber el estado en el que me encontraba tras el incidente del callejón.

Quería ver mis heridas y la trascendencia de los golpes, pues la piel me ardía bajo los apósitos, vaticinando lo que a priori me iba a encontrar.

Tras encender la luz y plantarme osadamente frente al lavamanos, alcé la vista. No tardó en perturbarme la imagen que devolvía el espejo pues era indescriptible. Mi rostro era terrorífico, más propio de una película de terror que de la vida real...

Mi nariz no tardó en arrugarse y mis labios se fruncieron al descubrir los horrible moratones que desfiguraban mi cara, mi piel y todo mi cuerpo. Tenía los párpados tan abotargados que me costaba creer que pudiera ver con tanta claridad…

Una decena de puntos de sutura partían la simetría de mi frente. Varios restos de sangre oscura y seca moteaban mi camisón hospitalario. Pero, a pesar de mi lamentable estado, eso no fue lo peor de todo. Lo más terrible fue el horror que persistía en mi retina en forma de atroces y despiadadas imágenes sin censura, pues a pesar de haber perdido el conocimiento durante varios minutos, lo recordaba todo a la perfección; con pelos y señales.

Todo.

Recordaba los marcados rasgos de la cara del agresor. Recordaba su escaso pelo cano. Recordaba su corpulencia, sus manos, su pestilente aliento y el olor de su piel a sudor rancio….

Pero, sobre todo, recordaba su mirada. Ésa que tenía grabada a fuego en mi mente; una mirada oscura, pétrea…, satánica.

Meneé ligeramente la cabeza para tratar de desprenderme de esas imágenes que seguían perturbando mi mente. Y, por un momento, la estancia empezó a menguar de golpe. El techo del cuarto de aseo a caer y las paredes alicatadas a aprisionarme. Empecé a sentir claustrofobia, a agobiarme y a faltarme el aire con el que respirar… y me desplomé.

Caí contra el suelo…

Lo siguiente que recuerdo fueron dos voces entremezclándose en la lejanía.

Abrí los ojos despacio.

Ante mí apareció la imagen de Pipper, a los pies de la cama, charlando amigablemente con *él*, tratándose como dos colegas de toda la vida.

Justo entonces, me sentí fuera de juego pues no comprendía nada.

Acaso el mundo se había vuelto loco mientras yo había estado inconsciente.

Pipper y *él*. El tipo del bar, el impresentable que se coló en el patio del colegio para acercarse a Matt. El perturbado desconocido. El psicópata obsesionado con mi persona.

*Él*.

—¡Oh, mi querida Valentine! —Exclamó Pipper de sopetón— Me alegro tanto de que estés mejor —Unió las manos en forma de ruego dirigiendo la vista al Cielo, como si agradeciera a la Divina Providencia que aún siguiera entre los vivos— Estábamos tan preocupados por ti.

¿Estábamos? ¿Quién? ¿Ella y *él*?

¡Por el amor de Dios!

Puse los ojos en blanco y luego crucé mi mirada con *él*.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Bramé pues quise averiguarlo de inmediato. Saltaba a la vista que su presencia no era en absoluto de mi agrado.

—Jack —Añadió Pipper acercándose a mi lado.

—¿Cómo dices?

—Que él es Jack, Jack Tucker. —Me explicó de inmediato— O mejor dicho: tu salvador. —Concluyó echando de nuevo una miradita al techo; al Todopoderoso.

¿En serio?

¿Jack Tucker me ha salvado la vida?

Sentí un fuerte picor en la palma de la mano derecha. Solía sucederme cuando algo me inquietaba soberanamente.

Entonces fue cuando Jack, acortó las distancias y mi corazón, ajeno a mis órdenes, empezó a latir con intensidad.

—Siento mucho lo que te ha pasado —dijo entre dientes, con su ya peculiar e inconfundible voz grave.

Y, sí. Al parecer lo sentía, de veras. De eso no tenía la menor duda pues cualquier persona que me viera en ese lamentable estado y un mínimo de empatía corriera por sus venas, sentiría lástima por mí. Yo también lo sentiría…

—Si Jack no hubiese pasado por el callejón en ese momento, no sé qué es lo que hubiese

pasado… ¡Ni siquiera quiero pensar en ello!

La última palabra se le resquebrajó al inicio de la garganta y a punto estuvo de romper a llorar. Sin embargo, imagino que hizo de tripas corazón, respiró hondo y se mantuvo impasible.

—Venga, ahora no pensemos en eso —añadió él algo titubeante.

Pipper se acercó a su lado.

—Valentine, él está siendo tan caballeroso… ¿Sabes que ha permanecido en la sala de familiares desde entonces? A pesar de haberse quedado en un segundo plano, ha estado atento a ti. —Hizo una breve pausa y luego continuó—: Ha hecho guardia y ha estado preguntando a cada momento por tu estado…

Jack esbozó una media sonrisa algo comedida, supuse que manteniéndose en guardia, atento a mi reacción, por si yo me lanzaba a su yugular (por las viejas rencillas). Le observé mejor y me di cuenta de que un leve temblor se dibujaba en la comisura de su ojo izquierdo y una finísima y casi imperceptible capa de sudor vestía su frente. Ciertamente Jack lo estaba pasando mal.

—No ha entrado antes en la habitación porque no quería incomodarte.

Pipper se colgó del brazo de él y después le sonrió con amabilidad.

—Ya no se encuentran personas con tan generoso corazón, ¿no te parece Valentine?

Jack y yo nos miramos pues ambos sabíamos que con anterioridad él se había comportado como un capullo integral y, que además, le iba a costar sangre, sudor y lágrimas enmendar todos los errores cometidos.

—Obré de la misma forma que lo hubiese hecho cualquier otra persona —añadió Jack restando valor a su hazaña.

—¡Tonterías! Cualquier otra persona no, Jack. Ojalá todos, en alguna ocasión, arriesgaran su vida por la de otra persona —interrumpió Pipper recuperando con gracia el control de la conversación— De ser así, el mundo iría mucho mejor. Pero no lo es, pues el mundo es un hervidero de víboras egocéntricas que no se dignan a detenerse en el camino ni siquiera para darte la hora. ¡Y no quiero hablar más de la cuenta, que me enciendo solita!

Ambos sellamos la boca pues Pipper, sin encomendarse a Dios ni al diablo, ya lo había dicho todo bien clarito. Momento en el que aproveché para mirar a Jack de soslayo y observarle más detenidamente y en completo silencio.

Y, juro que de nuevo, noté esa sensación. Esa extraña y motivadora sensación…

La misma sensación en la que nuestras almas no eran tan desconocidas como pretendían hacerme creer.

# 36

Si ya sabes lo que tienes que hacer y no lo haces

entonces estás peor que antes.

*CONFUCIO*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Upper West Side, Nueva York*

—A ver si lo adivino ¿No se lo has contado a Jack?

—Aún no.

—Y, ¿a qué estás esperando, Julia? ¿A que el bebé me llame papá a mí antes que a él?

Dada la gravedad del asunto, no pude evitar esbozar una leve sonrisa nerviosa pues bien era cierto que James solía tener la santa peculiaridad de robarme sonrisas por doquier en situaciones complicadas.

Recostada en el sillón de mi despacho, con los pies desnudos y recogidos junto a mi cuerpo, le miré en silencio.

—Intenté decírselo, pero no estaba preparado para escucharme. Sé perfectamente que en estos momentos lo que encabeza su lista de importantes es el maldito asunto de Valentine. Lo demás sigue relegado a un segundo plano…

—Cariño, ahora no me vengas con cuentos chinos… —la voz de James subió de tono, como si estuviera disgustado— Coge el teléfono y llámale. Así de simple y sencillo.

Seguramente James estaba en lo cierto, pero ni tenía fuerzas ni estaba de humor para empezar una cruzada dialéctica a esas horas de la mañana. Así que, opté por levantarme, caminar descalza hacia el gran ventanal y mirar a través del cristal. Mientras observaba a unas nubes negras que raudas se cernían sobre la ciudad de Manhattan, oí como unos acompasados pasos se acercaban tras de mí.

—Enfréntate a ello. Sal de tu escondrijo y hazle partícipe de lo que te está pasando.

Me giré y me abracé a mí misma como si repentinamente la estancia hubiese descendido varios grados.

—¿Me creerás si te confieso que tengo miedo?

—Julia, pero eso que estás diciendo es absurdo. Tienes que decirle a Jack que estás embarazada y que va a ser padre. Algo que estáis esperando desde hace demasiado tiempo.

James permaneció en silencio, con su respiración pausada y controlada como la de un atleta olímpico.

—Lo que me aterra es que Jack pueda defraudarme.

—¿Defraudarte?

James arrugó el entrecejo, sin comprender. Como si estuviéramos manteniendo dos conversaciones paralelas.

—Oye, Julia. Eso no va ser así; esta vez no. Conoces a Jack mejor que yo y sabes perfectamente que se muere por ser padre. Es más, tu marido daría su vida a cambio de tener ese bebé que tanto deseáis.

Por una fracción de segundo quise abrir la boca para rebatir sus palabras, pero, al poco, la volví a cerrar.

—Vamos, reconsidéralo, Julia… Estamos hablando de Jack; de nuestro Jack.

Preferí no decir nada. Me incliné por no entrar en una eterna discusión pues a fin de cuentas, en todos los años de matrimonio, jamás había dudado de Jack, salvo desde que empezó todo este turbio y disparatado asunto de Valentine.

Porque, había llegado incluso a dudar de los sentimientos de Jack hacia mí, por abandonarme, por dejarme sola en un momento tan delicado como aquél, por estar empezando a perder la cabeza, por perseguir un sinsentido, por ser mi marido en funciones pero no en la práctica.

Y por eso le odié.

Odié a mi marido… hasta lo indecible.

# 37

La verdad se corrompe tanto con la mentira

como con el silencio.

*CICERÓN*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

Testarudo, metomentodo, insolente… y me quedaba corta pues estaba completamente segura de que existían más adjetivos para describir el patético comportamiento de Jack Tucker.

De todos modos, ya daba igual pues cualquiera que nos espiara por el orificio de una cerradura, pensaría que él y yo éramos un jodido matrimonio al uso.

Maldije el momento en el que me dieron el alta médica y él se ofreció para ayudarme en los quehaceres de mi casa mientras yo no pudiera valerme por mí misma.

Y, también maldije el momento en el que Pipper Ortiz, mi gran amiga del alma y consejera espiritual (permitidme el sarcasmo), se desdijo al instante de su compromiso, aludiendo algo tan arcaico y tan patético como la falta de tiempo.

«Sólo serán unos días», dijo la muy pécora (ese término sonaba menos demencial que el que realmente vagó por mi desquiciada mente).

Y, para más inri, añadió: «Te quedarás en muy buenas manos.»

Sí, por supuesto, ¡en las *buenas manos* de un psicópata perturbado, obseso y con evidentes trastornos persecutorios en referencia a mi jodida persona!

Y eso no fue lo más grave de todo, no. Lo peor resultó verme obligada a claudicar al estar imposibilitada, atada de pies y de manos.

En resumidas cuentas, quisiera o no, requería de la ayuda de los demás pues no podía valerme por mí misma a pesar de considerarme una mujer autosuficiente e independiente (o, hasta la fecha).

Mierda, mierda. ¡Mierda!

—Voy a prepararte un baño caliente.

Jack sonrió brevemente y miró a su alrededor, al cuchitril alias: mi apartamento. Sí, a esa caja de cerillas denominada hogar (por definirlo de una forma menos peyorativa).

—Y mientras tratas de relajarte, pondré todo esto en orden.

Me cogió del brazo para ayudarme a levantar del sofá.

—¡De eso nada! —Aseveré con malas pulgas justo después de que mi trasero se despegara del mullido cojín de un salto— No serás tú sino yo quien te diga lo que vamos a hacer.

Me erguí enfrente de él. Jack era un hombre alto, muy alto y tuve que levantar la cabeza para buscar su mirada.

—Ahora mismo vas a devolverme las llaves y en el tiempo en el que cuento hasta tres, saldrás por patas de mi apartamento. No necesito caridad ni a nadie que me cambie los pañales. Sé valerme por mí misma —Aseveré esta vez con una sonrisa malévola de medio lado, ésa que solía acompañar con una de mis miradas cercanas al delirio.

—No voy a ir a ninguna parte, Valentine.

—Pero, ¿quién te has creído que eres? Auxiliarme en el callejón no te ha dado derecho a ser mi dueño. Pero, ¡si ni siquiera te conozco!

—No puedes ni debes quedarte sola en tu estado y lo sabes.

Desoyó mis palabras y siguió en sus treces.

—Joder, Jack. —Mascullé entre dientes— Sólo he conocido a una persona tan cabezota como tú y fue mi marido, Bobby.

Casi ocho años.

Ése era el tiempo que hacía que no recibía órdenes de nadie. La última persona que se atrevió a darme una jodida orden fue en la Casa de Acogida horas antes de fugarme de aquella puñetera cárcel sin barrotes.

—Valentine, sólo puedo decirte que siento que debo involucrarme en esto, que debo cuidar de ti.

Lo miré.

Nos miramos.

Estuve a un segundo de dejarme embaucar por sus palabras, por su aspecto bondadoso y por su mirada limpia, cristalina y sincera. De hecho, debo confesar que hasta la fecha era la más sincera que había visto en mi vida.

Pero no por eso podía permitir que se saliera con la suya pues Jack, a todos los efectos, seguía siendo un extraño que se había infiltrado en mi vida.

Y yo no le había dado permiso.

—Las llaves, Jack. Ahora. —Suspiré exageradamente como si me faltara el aire al hacerlo y luego le mostré la mano para que las depositara ahí, justo en la palma.

—¿Por qué te cuesta tanto dejarte ayudar?

Y al pronunciar esas palabras, le falló la voz. ¿Tal vez se sintió inseguro?

Pese a ello, debía ser pasiva. No debía ceder…

—Ahora, Jack. Quiero que te vayas de mi casa.

Esta vez lo miré con rabia, fulminándolo de forma desafiante, en plan barriobajera.

Él, por el contrario, trató de sostenerme la mirada varios segundos hasta que al final, claudicó, depositando las dichosas llaves en mi palma.

—No cabe la menor duda de que no se puede ayudar a quien no quiere ser ayudado.

Su reflexión me dejó muda, pues estaba en lo cierto. Yo jamás le pedí ayuda porque siempre

me había valido sola. Sola, incluso en los malos momentos de matrimonio que atravesé con Bobby.

Raudo, dio media vuelta y sin articular un solo vocablo puso rumbo al mueble recibidor y, antes de salir de mi apartamento, garabateó algo en un block de notas que halló sobre el tapete de ganchillo.

—Éste es mi número de teléfono —musitó sin levantar la vista del papel (cabe destacar que lo hizo en un modo adorable, tal y como me tenía acostumbrada), acto que por otro lado, consiguió repatearme aún más el hígado, logrando hacerme sentir una mala persona— Llámame si necesitas cualquier cosa, lo que sea. Medicamentos, comida… O, simplemente, hablar.

Esta vez sí que pude oír un leve suspiro escapársele de entre los dientes.

—Antes de irme, quisiera romper una lanza a mi favor y hacerte entender que, en esta ocasión, a pesar de no ser un hombre perfecto, sí que soy el bueno de la película. —Aclaró con cierto tacto y con toda la buena intención del mundo.

Cerró la puerta tras de sí y se marchó. Y yo me quedé de pie, en mi sitio, confundida, en conflicto conmigo misma y en compañía de una sensación amarga recorriendo todo mi torrente sanguíneo. Sin comprender a ciencia cierta, por qué me sentía de esa forma pues el estar sola siempre había sido mi modus vivendi, mi dogma y el paradigma de mi vida desde que tenía uso de razón.

Pero Jack, el bueno de Jack Tucker, había conseguido que todo mi equilibrio emocional se desplomara con un simple chasquido de dedos y saber que se alejaba de mi lado, creó en mi interior un sentimiento difícil de explicar. Una tristeza, un vacío similar al que solemos experimentar ante una pérdida. Cuando un ser querido o una persona significativa en nuestras vidas, se aleja para siempre de nuestro lado.

Maldito seas, Jack…

# 38

No camines delante de mí, puede que no te siga.

No camines detrás de mí, puede que no sea un guía.

Solo camina a mi lado y sé mi amigo.

*ALBERT CAMUS*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Bedford-Stuyvesand, Brooklyn*

Me desperté bañada en un sudor frío y pegajoso, con el corazón desbocado y con nauseas… Había tenido una pesadilla, una especie de sueño oscuro y siniestro que parecía demasiado real.

Desorientada y angustiada, corrí al cuarto de baño tan rápido como mis piernas me lo permitieron y vomité. Vomité todo lo que habitaba en mi estómago, junto a unos hilillos de sangre que aún persistían en mi interior tras el incidente del callejón.

A continuación, me desnudé y me metí en la bañera. Me senté en la fría porcelana y permanecí allí, titilando de frío y abrazando mis rodillas durante un buen rato antes de atreverme a abrir el grifo. Y cuando el agua cubrió mis hombros, cerré los ojos, metí la cabeza y me sumergí por completo, aguantando la respiración.

A pesar de que las heridas me escocían como si las hubiesen rociado con sal, eso no era comparable a la constante sensación de estar conviviendo con el miedo. El miedo se había convertido en mi sombra, persiguiéndome, acosándome, ahogándome…

Jamás había sentido nada parecido, siempre había conseguido burlar ese primitivo sentimiento, esa percepción de estar siempre alerta a lo desconocido, a la amenaza de caminar sola por las calles a determinadas horas de la noche, a las nuevas situaciones que no tenía controladas. Pero, sobre todo, sentía auténtico temor a volver a estar al borde de la muerte…

Y, por una extraña razón, sumergida dentro del agua, mis palpitaciones dejaron de retumbar en mis oídos y hallé la paz aunque fuese en un corto espacio de tiempo...

Así, cerrando los ojos y dentro del agua, era como estar en el vientre de una madre. Calentita, protegida…, amada.

«No quiero sentir miedo…»

«No quiero sentir miedo, no quiero sentir…»

Con brusquedad salí a la superficie, tratando de retomar el aliento pues había perdido la noción del tiempo y me había quedado sin oxígeno en los pulmones.

Abrí la boca exageradamente como si de un pez fuera del agua me tratara y después tosí.

Tosí en repetidas ocasiones y con rabia, hasta lograr regurgitar el agua sobrante y luego, lloré. Lloré hasta que no me quedaron más lágrimas por derramar.

Detestaba sentir miedo. No quería sentirme así.

Así que, me rendí.

Necesitaba ayuda, aunque me repateara en el alma tener que reconocerlo. Sí, Valentine Dunne iba a aceptar la ayuda de Jack Tucker para salir de esa insostenible situación emocional y seguir adelante con mi vida.

Al fin entendí que necesitaba ayuda.

Jack no tardó en presentarse en mi casa. Vestido con una camisa blanca, un suéter de cachemira en tonos grises, unos tejanos desgastados y unas deportivas Adidas, con el pelo revuelto y sofocado. No hace falta aclarar que fue a causa de la carrera.

Al quedar frente de mí, me percaté que tenía los globos oculares inyectados en preocupación… por mí.

Le miré, nos miramos en silencio, salvo por su respiración acelerada y sus jadeos entrecortados.

Necesitaba tanto que alguien me abrazara. Ansiaba tanto sentirme protegida. Anhelaba tanto ser querida…

Me abalancé sobre Jack, hundí mi cara en su pecho y rodeé su cuerpo con mis brazos.

Él enseguida me correspondió, rodeando mi cintura, acariciando el largo de mi pelo, arriba y abajo despacio, con tanta ternura y dedicación que a día de hoy, aún soy incapaz de describir lo que sentí.

No era amor, no era nada físico, era un grado superior. Sentí paz y una mística conexión entre nuestras almas…

Cerré los ojos y permanecí abrazada a él tanto rato que perdí la noción del tiempo. Su cuerpo pegado al mío, sus dedos enredándose en mi pelo y su corazón latiendo como el de un galgo bajo su pecho…

# 39

Vive como si fueras a morir mañana; aprende como si el mundo fuera a durar para siempre

*MAHATMA GANDHI*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*En algún lugar de Brooklyn*

¿Habéis sentido alguna vez esa sensación de no esperar nada de nadie? Apuesto a que sí. Pues así era como me sentía yo, sin esperar nada de nadie, ni siquiera de Jack.

Tal vez la culpa fuera el hecho de esperar demasiado…

Porque llega un momento crítico en tu vida, denominémoslo: punto de inflexión en el que la confianza se acomoda en nuestros lechos y por equis razones, dejas de ser primordial en la vida del otro.

Por ejemplo, el esperar a que algo ocurra, como que tu marido concluya su labor humanitaria y regrese a casa por su propia iniciativa, es un craso error.

Y también lo es creer que el amor todo lo puede. Quien piensa así, vive sumido en una mentira y le aconsejo despertar cuanto antes.

—Julia, confía en Jack. Estoy convencido de que en cuanto te vea, recapacitará.

Carraspeé.

—Si te soy sincera, ya no sé cuál será la reacción al verme.

—¿Acaso lo pones en duda?

Me crucé de brazos.

—Yo lo único que no pongo en duda es que si sigo a pies juntillas lo que en estos momentos me está pasando por la cabeza…. ¡que eche a correr y no pare, porque si le doy alcance!

James se carcajeó al instante.

—Vamos… cálmate y respira hondo, fierecilla. —Dijo calmadamente al tiempo que clavaba los dedos en mis cervicales, tratando de relajar la tensión acumulada en esa zona.

— Cierto es que se trata de una situación un tanto… *incómoda* para todos, pero no te quepa duda de que Jack, nuestro Jack, en el momento en que le expliques que estáis esperando un bebé, se dejará de tonterías y entrará en razones.

Me quedé en completo silencio mientras me mordía los labios y meditaba a la vez.

—¿En serio me crees capaz de utilizar ese pretexto para retenerle a mi lado?

—No, pero sí…

—¡Santo Dios! ¿Tantos años trabajando codo con codo y aún no me conoces? —Resoplé con fuerza por la nariz, indignada—. Debe ser una elección suya, sin presiones, sin obligaciones… Y sin imposiciones por mi parte.

—Ya, bueno… Lo único que sé es que desde que Adán mordió la manzana de Eva, el fin justifica los medios —Añadió él distraído y se quedó más ancho que largo.

Visto desde ese punto de vista, parte de razón tenía pues no contarle algo de tal magnitud no sería juego limpio.

Jack debía involucrarse. Tenía y debía conocer todos los detalles para poder decidir.

Aquí jugábamos todos o ninguno.

—Date un tiempo pues ahora mismo estás ofuscada. Ya verás como después todo lo verás más claro.

Cerré los ojos, los volví a abrir, respiré hondo y salí bruscamente de mi coche. Esperé a que James siguiera mis pasos. Activé la alarma y salimos del garaje al exterior, al núcleo urbano.

—Corrígeme si me equivoco pero creo que antes de ir al hotel en el cual tu marido se hospeda, convendría sentarnos, centrarnos y tomarnos un café.

—Error. Lo que haremos sin dilación es aquello para lo que he venido, hemos venido. —Gorjeé bastante seca, lo confieso. Pero la culpa la tenía todo aquel asunto que estaba pasando de aburrido a tedioso.

James, que guardó las manos en los bolsillos, respondió:

—Desde luego, Julia. Lo que tú prefieras. —Mantuvo sus ojos fijos en mí durante varios segundos que parecieron siglos. Los miró como si hubiese visto en ellos un ápice de paranoia—. Sabes que haré todo lo que me pidas. Siempre.

Y una vez más, con su temple, sus saber estar y su idiosincrasia estuvo a la altura de las circunstancias. Como siempre, manteniéndose al margen, tratando de no mediar en mis decisiones. Un acto que agradecí muchísimo.

A continuación, mientras caminábamos en paralelo, aproveché para recapitular los hechos, tratando de llegar a un consenso entre lo que me exigía por defecto mi cerebro y lo que sentía a priori mi corazón.

Una vez en el hall del The Williamsburg Hotel, nos dirigimos a información para averiguar el número de la habitación donde se hospedaba mi marido.

—Lo siento, señora. Me temo que no puedo responderle a eso. La Ley de protección de datos y el derecho a la intimidad me impiden darles ese tipo de información —cacareó el chico en un tono bastante cursi, la verdad sea dicha.

Busqué su nombre inscrito en la placa que pendía de la solapa.

—Disculpa… Cameron, te repito que soy la esposa de Jack Tucker —dije algo aséptica, lo reconozco.

Sonreí sucinta y volví a plantear de nuevo la pregunta para ver si en esta ocasión entraba en razones.

—¿Sería tan amable de indicarme el número de la habitación en que se hospeda mi marido?

Cameron carraspeó comedido y después se recolocó el nudo de la corbata.

¡Por el amor de Dios! Tan sólo le faltó poner los ojos en blanco…

—Le repito que no puedo complacer su solicitud, pues como ya le he comentado hace tan sólo un momento, esa es una información confidencial al que no estoy autorizado a compartir.

—¿Otra vez volvemos a las andadas?

Mis ojos azules se abrieron de par en par pues entablar una conversación con el tal Cameron era lo más parecido a hablar con una pared quien no era capaz de mirar desde el otro lado.

—Y yo le repito que soy Julia Tucker. Su es-po-sa…

Le deletreé poco a poco, por si aún no le había quedado claro, deslizando mi lengua lentamente, como cuando se enseña a hablar a los bebés.

—Y yo le repito que no estoy autorizado a dar ese tipo de información con-fi-den-cial.

Acaso, ¿osaba imitarme? ¡Ábrase visto!

—Exijo hablar de inmediato con su superior.

Juro que estaba a punto de tirarme a la yugular de ese tipo y estrangularle con mis propias manos hasta que desembuchara toda la información.

—Está usted ante él, señora Tucker. —Sentenció esta vez con una sonrisa de suficiencia—. Yo soy el responsable del departamento de relaciones públicas del hotel.

¿En serio? No podía dar crédito a mi mala suerte.

Suspiré irritada, conteniendo la frustración por momentos.

—Julia.

James me agarró del brazo.

—No necesitamos su ayuda, créeme. Ya idearemos otra forma de llegar hasta Jack.

Me miró directamente a los ojos y luego al vientre que por el momento se mostraba libre de curvas.

Al poco, prosiguió:

—Además, no deberías alterarte pues tu estado de nervios no beneficia al feto.

De hecho James estaba en lo cierto. Perder el norte, estando encinta no era nada aconsejable.

Salimos del hotel y nos dirigimos a la primera cafetería para deliberar sobre lo sucedido e idear una nueva forma de reunirnos de nuevo con Jack.

# 40

El valiente tiene miedo del contrario;

el cobarde, de su propio temor.

*FRANCISCO DE QUEVEDO*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Bedford-Stuyvesand, Brooklyn*

Aquella mañana me levanté angustiada, pues toda mi vida se había convertido en un trágico bucle sin fin: dolor, miedo… soledad.

Oteé a mi alrededor, pues me sentía desorientada aun estando en mi habitación, en ése cuchitril que me daba cobijo desde hacía poco más de un año. Miré de nuevo y sí, ésos eran mis muebles, esas reliquias de la Era Neolítica y ésa era mi ropa, arrugada y hecha un ovillo. Y esa era mi cara, la misma que se reflejaba en el espejo que había colgado frente a la cama.

Bostecé y me levanté, desganada. Alicaída. Me faltaban las fuerzas…

Puse rumbo al comedor. Allí estaban Jack y Matt, uno sentado junto al otro, encajando las piezas de un puzle de Star Wars, en completa armonía, como dos viejos colegas de toda la vida.

—Vaya, vaya, vaya… Parece que lo estáis pasando muy bien —traté de no esbozar una sonrisa, pero me fue imposible ocultarla.

—Buenos días, Valentine.

Jack se incorporó enseguida.

—¿Has dormido bien? ¿Has podido descansar? —Me devolvió la sonrisa al tiempo que se sacudía las manos en los pantalones de pana.

—Descansar poco y dormir fatal, pero… se agradece tu preocupación.

Matt no tardó en salir a mi encuentro.

—¡Maaaami…!

Me acuclillé y abrí los brazos para recibirlo en un efusivo abrazo. No mentiría si afirmara que los abrazos de Matt eran medicina para mi alma.

—Auuu… —gimoteé levemente pues las heridas aún estaban demasiado frescas tras el ataque.

—Con suavidad, Matt… —gruñó bajito Jack. Él y su peculiar forma de cuidarme a toda costa — Ya te he explicado que tu madre sigue convaleciente…

—No pasa nada, Jack. —Alcé la mano y le sonreí agradecida— Estoy bien, de verdad.

Ya se sabe que tratar de explicar a un niño de seis años que debe medir sus emociones, es una tarea muy complicada. Sin embargo, he de confesar que me gustó su intento fallido. Me gustó

sentirme protegida por Jack. Saber que yo le importaba...

—De acuerdo. Si tú estás bien, todos estamos bien.

El bueno de Jack me sonrió desde la distancia y sus hoyuelos, perfectos y sexis, se le marcaron en el centro de las mejillas.

—¿Te apetece café? Estaba pensando en preparar una cafetera.

—Vaya, te lo agradezco. —Le devolví la sonrisa— ¡Genial idea!

Una vez Jack nos dejó a solas, aproveché su ausencia para confesarle a Matt lo mucho que le había echado de menos. Lo importante y vital que era en mi vida y lo mal que lo había pasado estando tan lejos de su lado.

—Te quiero muchísimo, mi pequeño.

—Y yo a ti, mami. Mucho…

—Guau, ¿en serio?

Él sonrió ampliamente. Tenía una sonrisa tan preciosa y tan expresiva.

—¡Síííi…!

—A ver…, ¿cuánto, mi vida?

— Pues… *¡Muchichichísimo!*

Sonreí, por su forma de hablar, por la expresión de su cara y el halo de vida que iluminaba siempre su mirada. Por su energía, su espontaneidad y por ser una personita tan esencial en mi vida.

Le di beso en la frente y cobijé su cuerpo con el mío.

Cerré los ojos, a sabiendas que ese momento no iba a ser eterno.

Después, miré a mi pequeño con devoción, a los ojos y ambos intercambiamos una de esas sonrisas cómplices que sólo comparten las madres con sus hijos. Esas miradas que llevan impreso un código especial, íntimo e intransferible. Un código que se concibe justo en el instante que sabes que estás embarazada.

—Mi vida, ¿qué haces aquí? ¿Cómo es que no estás en casa de Pipper?

—No estoy con ella porque le he dicho que quería ver a mi mami —Me explicaba con su peculiar vocecilla tímida pero a la vez animada. Gesticulando de forma exagerada con sus ya habituales aspavientos y muecas.

Al poco, Jack, regresó a nuestro lado.

—Valentine, muéstrame la mano.

Fruncí las cejas pero hice lo que me pidió. En mi palma depositó seis pastillas.

—¡Santo Cielo! —Exclamé con los ojos desorbitados— ¡Son una barbaridad!

—Sí, lo son. Antibióticos, analgésicos y… —Arrugó la nariz tras echarle una nueva ojeada— … otras tantas acabadas en *icos* que ya ni recuerdo el nombre. El caso es que debes tomártelas.

—¿Todas?

—Eso he dicho.

—Pero…

—Y sin rechistar.

Me guiñó el ojo y yo alcé ambas cejas.

Sin rechistar… sin rechistar… Sus intenciones eran buenas, pero no me gustó nada que me tratara como a una niña pequeña…

Quise rebatir, quejarme, pero eso hubiese sido darle la razón. Así que, abrí la boca (pero no para hablar), miré al techo, cerré los ojos y las engullí. Todas a la vez y sin protestar, como una niña buena…

«Justo ahora que empezabas a caerme bien, Tucker —dije para mis adentros en clave de humor.»

Al poco, sorbí un poco de agua y me apoyé en el filo de la mesa del salón. Tanta grajeas agolpadas en mi garganta me habían provocado arcadas.

—Valentine, ¿estás mareada?

—No, Jack. Estoy… bien.

Acortó las distancias.

—¿Quieres sentarte?

Me sujetó del brazo por temor a que me desplomase ante él. Acto seguido, trató de mantener mi equilibrio posando la mano libre en mi cintura. He de añadir a ese hecho que, sus manos eran muy grandes y desprendían calidez y seguridad a partes iguales.

Demasiada seguridad…

Y, de nuevo, esa extraña sensación… La sensación de que tal vez no éramos tan desconocidos como creíamos ser.

—Deberías sentarte, hazme caso, Valentine.

A pesar de considerarme alguien poco afectivo, además de una persona que odiaba las distancias cortas entre seres humanos, él no hizo que me sintiera incómoda. Es más, ni siquiera me disgustó la idea de que estuviera tan cerca. Tan próximo que incluso pude percibir su aliento acariciar la piel de mis labios. Suave y ligero, como un sutil beso. Y me estremecí de pies a cabeza.

Justo en ese preciso momento, en ese *impasse* de sensaciones, alguien aporreó enérgicamente la puerta de la calle.

—Iré yo —me dijo Jack y luego se giró para dirigirse a Matt— Cuida de tu madre.

Le guiñó el ojo a mi hijo y después abrió la puerta.

—Buenos días, ¿se encuentra Valentine?

—¿Y usted es…?

Estiré el cuello para tener una mejor visión desde donde me encontraba, aunque su voz chillona lo delató al instante. Se trataba de Elliot Graham, mi casero. Rectifico: mi cordial, amigable y escuálido casero sureño. Él era el típico casero cotilla que vive pendiente de las cosas que hacen el resto de la humanidad.

Elliot no tardó en escrudiñar a Jack de arriba abajo tentado de preguntar quién era él y que relación mantenía conmigo.

—Soy el señor Graham, el dueño de esta finca. —Señaló en redondo a su alrededor mientras henchía su pecho como un auténtico pavo real; como si ese hecho pudiera impresionar a alguien.

En fin…—. Y mi visita se debe a que se ha producido un quebrantamiento en la cláusula número cuatro del contrato de alquiler de este apartamento. Alguien no ha pagado el alquiler.

Jack alzó una ceja perfecta y luego añadió:

—Y… dígame señor Graham, ¿de qué importe estaríamos hablando?

—Exactamente de mil dólares con ochenta y cinco centavos.

—Bien. En ese caso, será mejor que enmendemos el error lo antes posible.

Y, dicho eso, Jack buscó algo en el interior de su americana ante el estupor del casero y mi absoluta confusión.

—Mil dólares con… —murmuraba al tiempo que garabateaba algo en un papel— …ochenta y cinco centavos.

Al acabar, lo firmó y entonces fue cuando me di cuenta de que se trataba de un cheque.

Pestañeé repetidas veces.

¿Jack acostumbraba a llevar encima un talonario de cheques? Acaso, ¿se trataba de un empresario? ¿Alguien adinerado? La gente normal no acostumbraba a utilizar ese medio de pago. La gente como yo, solía llevar encima el dinero justo y necesario para coger el metro. Incluso, algunas monedas para un imprevisto de última hora, pero nada más.

«Pero, ¿quién coño eres, Jack Tucker?»

Tras extenderle el cheque a mi casero e invitarle con un correcto gesto con la mano a que se marchara por donde había venido, cerró la puerta y puso el pestillo.

Luego se giró y yo traté de amonestar su acción, pues no me había gustado nada.

—Jack, lo que acabas de hacer no está bien y no debiste hacerlo.

Fui a su encuentro.

—Ya te lo he explicado en varias ocasiones: quiero ayudarte.

—¿Por qué, Jack? ¿Por qué yo? No me debes nada. ¿O tal vez sí?

Jack se quedó en silencio, circunspecto, como si estuviera meditando la respuesta, como si tratara de buscar las palabras adecuadas a un hecho que yo ignoraba por completo.

—Lo sé. No me debes nada. —Carraspeó— Quiero ayudarte, eso es todo. Además, no lo interpretes como un regalo, sino como un depósito. El dinero de una fianza que ya me devolverás, cuando puedas… Algún día de estos.

Me encogí de hombros en un acto inconsciente y ahogué un suspiro.

—Jack, por más que lo intento no… no lo acabo de entender. ¿Fiarme dinero? Si ni siquiera me conoces. No sabes nada de mí. Yo no sé nada de ti…

—A veces no hace falta conocer a la otra persona para ayudar o ser ayudado.

Resoplé esta vez muy contrariada. La gente normal no se dedicaba a soltar dinero por doquier y a todo *quisqui* pues a vista los demás, resultaba ser un acto muy extraño.

Esta vez crucé los brazos bajo mis pechos y le miré directamente a los ojos sin pestañear.

—Te lo vuelvo a preguntar, Jack: ¿Te debo algo?

—No. ¡Claro que no…! —Su voz por un instante titubeó.

—Entonces, no quiero tu caridad.

Alzó los brazos y me mostró las palmas a la defensiva.

—¡Oh, vamos! No te confundas, por favor. Te aseguro de que no es lástima lo que me lleva a ayudarte…

Él negó enérgicamente con la cabeza como si estuviera librando una batalla interior, como si tratara con todas sus fuerzas de defenderse de algo que se le venía encima.

¿La enorme losa del remordimiento, quizás?

—Entonces, ¿qué, Jack? —le increpé de malas formas para que me explicara de una vez por todas el verdadero trasfondo de su ficticio desinterés.

Él, por el contrario, permaneció en silencio durante demasiado tiempo. Un tiempo que por desgracia acabó por exasperar más mis nervios hasta que lapidó mi paciencia. O la poca que me quedaba en la recámara.

—¿Sabes Jack? Ibas bien. Empezabas a caerme bien, hasta que la has cagado —sonreí con amargura— Hasta que has metido la pata hasta el fondo…

Inspiré hondo para coger aire pues los engaños o las verdades a medias, las detestaba. No eran santo de mi devoción y en eso Bobby tuvo su parte de culpa.

Gracias a él, me era relativamente fácil descubrir cuando alguien no decía la verdad… Y Jack Tucker ocultaba algo. Aún no sabía el qué, pero era algo importante, algo que escondía celosamente y que no quería que yo lo descubriera.

Pero lo que él no sabía era que se había topado con un hueso duro de roer, con alguien que se había hecho mujer antes de ser niña y que se las sabía todas de calle.

—Déjame explicarte la realidad de la vida —empecé a decir sin demasiados miramientos— Las personas como yo detestamos que los de la clase acomodada como tú, sientan lástima por nosotros porque es sinónimo de ofensa.

Jack exhaló aire con fuerza.

—Y eso es algo que no soporto.

Me rasqué el pulgar. Acostumbraba a tener ese tic nervioso cuando una situación imprevista me incomodaba sobremanera; igual que aquélla.

—Valentine, yo jamás sentiría lástima por ti.

—¡Cállate! —Le grité. No sé por qué le grité, pero lo hice. Tal vez porque no quería más oír sus excusas baratas, ni sus mentiras piadosas. Sólo quería que, de una vez por todas, dejara de justificarse una y otra vez—. ¡Chiiiist! ¡Basta ya, por favor!

Me tapé los oídos y acto seguido cerré los ojos. Pronto noté como mi labio superior empezó a temblar.

—Jack. Creo que el dejar que te involucraras en mi vida, no ha sido buena idea —empecé a decir y mi voz empezó a quebrarse por momentos— Perdóname si te he hecho creer que necesitaba una figura masculina que adoptara el papel de un padre. O quizás, has creído en algún momento que necesitaba un amigo que me tendiera la mano.

Jack negó con la cabeza con insistencia.

—Jamás pretendí ser nada de eso, créeme. Nada más lejos de la realidad…

Tragó saliva y pude oírla corretear hacia abajo a través de las paredes de su garganta.

—Ahora escúchame, Valentine.

Él se aproximó más a mí acortando las distancias y luego me sujetó de los hombros.

—Sólo dime qué debo hacer y lo haré. Si lo que quieres es que me quede, me quedaré. Si lo que prefieres es que me marche, me marcharé.

Esta vez le miré contrariada y en silencio. Jack prosiguió, tal vez porque sabía que ésa era su última oportunidad para tratar de convencerme de una causa perdida.

—Sé por propia experiencia que cuesta dejarse ayudar. Ya sea por la educación recibida, por la sociedad que nos dirige o simple y llanamente, por nuestro propio y terco ego. Y por la razón que sea, no sabemos cogernos con fuerza a ésa mano cuando nos la tienden.

Le escuché, permití que hablara y aunque me costó sangre, sudor y lágrimas, al final tuve que claudicar.

Aceptar su mano tendida no fue fácil. Dejarse ayudar no es fácil y menos a alguien como yo que ha pasado la mayor parte de su vida cabreada con el mundo. Y la culpa la ha tenido la mierda de vida que me había tocado vivir y la mierda de gente que se había cruzado en mi camino. Ellos me habían hecho cuesta arriba la existencia, a excepción de Bobby y de Pipper.

Dicen que el tiempo lo cura todo, pero lo que no te dicen es que las heridas sanan por fuera pero siguen sangrando por dentro.

Pero a mí me habían herido demasiado y demasiado tiempo…

En ese preciso instante, en el que estaba a un paso de coger su mano tendida y dejar que Jack me ayudara, una llamada telefónica entró en escena.

Se trataba de Pipper, quien, puntual como un reloj de precisión, a las siete de la tarde, llamaba para comprobar mi estado de salud.

—Bien, me encuentro bien. Un poco cansada, eso es todo.

—Me alegra oír eso, Valentine.

Sonreí.

Creo que ya comenté que desde el día en que nos conocimos ella siempre había velado por mí. Primero a escondidas desde la trastienda de su local y luego a vista de todos y sin ocultarse lo más mínimo pues le encantaba hacerlo.

Ahora entre tú y yo, debo confesar que saber que en tu vida hay alguien cercano que está siempre cuando lo necesitas, es un alivio. Y me atrevería a añadir que tener a alguien como ella a tu lado, es sin duda, una bendición.

—¿Te las apañas bien en la cafetería?

—Sí, Valentine —la oí carraspear levemente— Pero, ahora no es el momento de preocuparte por mi negocio, sino por ti.

—Sí, lo sé, pero ese hecho no evita que piense en ello.

—Hazme caso, mi niña. No malgastes tu energía innecesariamente en mis cosas y dedica todo el tiempo en ponerte bien pues la salud es lo primero. Olvídate del resto…

Justo, en ese preciso instante, oí tras de mí un tremendo impacto; un estruendoso y espeluznante ruido de algo pesado caer y chocar contra el suelo.

Con celeridad, giré la cabeza en esa dirección y para mi desconcierto, allí se hallaba él.

Su cuerpo, el cuerpo de Jack Tucker yacía tendido a sólo unos metros de distancia, con la mano derecha sobre su pecho izquierdo, clavando los dedos en sus carnes como queriendo evitar que su corazón saliera disparado de su tórax.

Dejé caer el teléfono ipso facto, por un acto reflejo.

—¡Oh, Dios Santo, Jack!

Él, sudoroso, con la respiración agitada y con los ojos inyectados en sangre y enteramente salidos de sus órbitas, logró articular entre susurros:

—A-a-a-yudame… Va-Valen-tiiiiine…

# 41

El futuro no pertenece a nadie. No hay precursores;

sólo existen retardatarios.

*JEAN COCTEAU*

*Bobby Taylor*
*Barrido de Bushwick en Brooklyn, hace ocho años*

—¿Has dormido bien? El colchón es como una puta montaña rusa que no para de moverse y se te clavan todos los muelles, pero… de lejos es mucho mejor que dormir en el suelo de un callejón como una cucaracha, ¿no te parece?

—Infinitamente mejor, ¡dónde va a parar…!

Me reí, por sus palabras y porque ella, Valentine Dunne, aquella chica de la eterna mirada triste me devolvió por primera vez la sonrisa. Por primera vez en horas ella se había dignado a mostrarme los dientes (esa imperfecta hilera de dientes color marfil) y de paso a mostrarme parte de sí misma. Había conseguido rasgar con mis uñas la imaginaria burbuja de cristal que le rodeaba.

Y, a pesar de que ella fuese tan reticente a los extraños, me gustó ese gesto, pues era sinónimo de que se encontraba a gusto en mi casa, a mi lado, o al menos eso fue lo que quiso darme a entender.

—Además, fíjate si soy un tipo detallista que me he permitido el lujo de traerte un jersey de cuello vuelto y un pantalón de chándal. Ambos los he encontrado tirados en el fondo del armario.

Los ojeé discretamente para darles el visto bueno.

—Aparentemente… están limpios.

—Gracias, Bobby. Lo cierto es que necesitaba ropa limpia…

Y no estaba equivocada, pues esa camiseta de propaganda barata y esos tejanos harapientos pedían a gritos la jubilación.

—Creo que son de tu talla. —La escruté raudo, de arriba abajo, observando su menudo cuerpo en una milésima de segundo por temor a que pensara que era un pervertido y que tuviera la mente más sucia que el inodoro de los Bale. Sí, los Bale, esos vecinos que detestas tener pues su dichoso hobby es dedicarse a guardar mierda por doquier. O lo que es lo mismo, padecer el condenado síndrome de Diógenes.

«¡Vaya, vaya, vaya!»

Alcé una ceja ante mi sorpresa, pues Valentine aceptó la ropa y sin cuestionar nada. La chica, ni siquiera preguntó la procedencia de la misma. No preguntó si era de un familiar, si era una tía

que me había tirado en los últimos días, o incluso… si era de una fulana.

Bravo, Valentine…

Permitidme que en esta parte de la historia haga un inciso sobre Valentine. Ella era una chica discreta por defecto, pero sobre todo, callada, muy callada. Solía medir mucho las palabras que salían por su boca. Puede que a causa de algún temor o simplemente, porque… era demasiado astuta y prefería observar.

Os prometo que lo único que saqué en claro de ese día, fue que Valentine no era una chica como las demás y que pronto averiguaría los motivos que la hacían tan distinta. Porque para terco, yo. Pues no pararía hasta resolver esas dudas que rondaban por mi cabeza. Vamos, que me había picado el gato de la curiosidad y ya no podía hacer nada por revertirlo.

—¿El baño?

—Al fondo a la derecha… como en las pelis. Ja, ja, ja… —arqueé una ceja mientras señalaba en dirección al pasillo— No creo que te pierdas, como bien has podido comprobar, esto no es ni de lejos el Buckingham Palace. Aunque, los cincuenta y cinco metros cuadrados de este antro están muy logrados… Ya lo irás descubriendo.

«O eso espero…», dije para mis adentros.

Tosí en mi puño y crucé los dedos imaginariamente.

—Lo importante es que ahora estás a salvo —me aventuré a decir sin apenas pensar.

Para desdicha de mi corazoncito, Valentine no alegó nada a mi desacertado comentario. Se limitó a suspirar hondamente, apartar su mirada de chocolate Hershey’s de la mía y hacer ademán de salir por patas cuanto antes de mi lado, correteando por el estrecho y empapelado pasillo hasta acabar encerrada en el cuarto de baño con un suave portazo.

«¿A salvo? ¿En serio he dicho eso? ¡Joder! Pero, ¿qué soy? ¿un hortera superhéroe americano de los cincuenta? —Fruncí el ceño e hice un mohín— ¡Bocazas…, no eres más que un puto bocachanchas…! ¡Mierda! ¡Me cago en todo lo que se menea!»

—¡Bobby, cierra el pico la próxima vez, para variar…! —Dije de camino a la cocina para prepararme un café bien cargado, mientras me rascaba la barba, sin siquiera vaticinar el futuro que iba a depararme junto a ella. Pues, sin pretenderlo, nos habíamos reunido dos almas perdidas, dos atrincherados e incomprendidos de la sociedad, o dicho de otro modo: nos habíamos juntado… el hambre con las ganas de comer.

Porque a medida que fueron pasando los días, me iba enganchando más y más de ella. Enganchada a Valentine, como una puta droga. Una dulce y placentera droga que te envuelve, te arrastra y te seduce hasta anular tu capacidad de razonar, de sentir y de ser…

Así era Valentine Dune: dulcemente envolvente.

# 42

Me interesa el futuro porque es allí donde pasaré el resto de mi vida.

*WOODY ALLEN*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Mount Sinai Hospital, Nueva York*

Retuve al primer doctor de bata blanca que se cruzó en mi camino y, devorada por la incertidumbre, el ansia y el nerviosismo, le sujeté por las solapas enérgicamente y hundí los dedos en la fina tela.

—¡Por el amor de Dios, dígame de una jodida vez cómo se encuentra Jack! —Aullé como una loba a la que le habían arrebatado a sus crías y mi chirriante voz retumbó en las paredes de la sala de espera de emergencias del Mount Sinai Hospital.

Cuando varios pares de ojos se volvieron en nuestra dirección me di cuenta de que había adoptado el rol de una detestable desquiciada, pero juro por Dios que fue un acto completamente lícito pues hacía más de tres horas que no sabía nada de él.

¡Absolutamente nada!

Tres interminables, exasperadas y angustiosas horas sin que nadie se dignara siquiera a comunicarse conmigo. Cero palabras de aliento. Cero miramientos. ¡Cero! Ni las enfermeras ataviadas con sus cofias, ni los celadores transportando de un lado a otro las camillas… ¡Ni siquiera tuvo la Santa decencia de dirigirse a mi persona el mismísimo especialista de turno!

—Cálmese… se lo ruego.

Me retiró las manos de su impoluta y recién planchada bata al tiempo que daba un paso atrás, sacudiéndose la ropa, como si yo padeciera la sarna o algo parecido.

¡Como si tuviera ante sí a una demente a la espera de su ingreso en un psiquiátrico!

Lo miré con los ojos desorbitados, centelleantes, justo en el preciso momento en el que le cayó un rizo castaño oscuro sobre su amplia frente arrugada.

—Lo… siento, disculpe. Yo… no pretendía… —titubeé de forma cadente con los labios temblorosos. Debía andarme con ojo, pues no podía cagarla, sino probablemente se ofendería y no obtendría respuestas. Y entonces, al ser consciente de ello, me estremecí.

Eso no podía ocurrir… bajo ningún concepto.

Lo miré de hito en hito durante un largo y tenso instante, pero en silencio; en el más absoluto silencio. Apenas respiré, como si eso ayudara en algo a calmar las aguas…

Suspiré y miré a Matt que permanecía en un segundo plano, sentado en una de las sillas de madera del pasillo, con la cabeza ladeada y jugando a la consola para matar el tiempo.

—Veamos, dígame el nombre completo del paciente y la relación que mantiene con él —dijo y sonrió de forma un pelín forzada, me temo que por la situación que le había tocado lidiar—, y veré qué puedo hacer.

«¿Relación? —Pensé para mis adentros. Pensé rápido y sin atenerme a las consecuencias más inmediatas. Seguramente no tendría más oportunidades. Era esa o ninguna— Debo mentir o no me dará la información que preciso.»

Contuve el aliento, un segundo, dos segundos, tres…

—Soy… soy su mujer. Soy la mujer de Jack Tucker… —concluí creyendo a pies juntillas mis palabras. Mi fingido rol, mi nuevo y estrenado papel, a sabiendas de que siempre había pecado de ser una pésima actriz.

Mientras tanto, él ni corto ni perezoso, empezó a observarme sin recato de arriba abajo y de abajo arriba. Observando con detenimiento mis vaqueros desgastados, mi blusa amarilla que olía a humedad y los cardenales que aún desdibujaban parte de mi blanco rostro de niña desamparada.

—Espere aquí, por favor.

Sinceramente, ese «espere aquí» no ofrecía demasiadas garantías, estaba segura que mi apariencia no le acababa de hacer el peso. Sin embargo, ante mi sorpresa, varios minutos después apareció en escena y sin poner mis palabras en tela de juicio, propuso:

—Antes de reunirse con su marido, debería acompañarme señora Tucker.

—¿Acompañarle? ¿Por qué? ¿Ocurre algo?

El doctor permaneció en silencio y luego repuso:

—Verá, la cardiología no es de mi competencia, por lo que mi recomendación en estos casos es que debería abordar el estado de su marido con el especialista en cuestión.

—¿Un cardiólogo? ¿Ese no es un especialista del corazón?

—Sí, así es —me miró aún más contrariado, como si se hubiese perdido una parte culminante de la película. Y cuando vio que yo no decía nada, añadió—: El doctor Smith le espera en su consulta pues tiene aspectos de extrema importancia a comentar con usted. Temas relacionados con el trasplante de corazón al que su marido se sometió hará un año.

¿Un trasplante de corazón… hará un año?

Abrí los ojos perpleja y retrocedí varios pasos de forma involuntaria. Fui incapaz de articular una sola palabra pues la mandíbula se me había quedado encajada, en un bloque, como si me hubiesen pegado los dientes con masilla y cosido los labios con aguja e hilo.

Nonononono…

Por un momento todo cobró sentido. Todo…

—¿Le ocurre algo señora Tucker?

«¡Oh, Dios Santo…!»

Bobby…

# 43

A nadie le acontece cosa alguna que no sea capaz de soportar.

*MARCO AURELIO*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Bedford Avenue, Brooklyn*

Cincuenta mensajes de WhatsApp y una treintena de llamadas perdidas y ¡nada! Ni rastro de mi marido. Era como si la Tierra se lo hubiera engullido…

Guardé el teléfono en el bolso y, acto seguido, respiré hondo.

—¡Se acabó! Acompáñame a comisaria, James.

—¿A comisaria? Pero, ¿te has vuelto loca?

James estudió mi rostro, como si hubiese perdido el juicio, literalmente.

—Mi marido no da señales de vida desde hace más de un día.

Él se encogió de hombros.

—Te dirán que se trata de una persona adulta, Julia.

—Una persona adulta con una operación a sus espaldas a corazón abierto. ¡Por el amor de Dios! Puede que… quizás haya sufrido algún contratiempo.

»No es propio de mi marido no mantener el contacto.

«Percibo algo… ¡Algo no va bien!

Silencio.

—Pamplinas, Julia. Creo que estás exagerando. —Continuó—. Jack está perfectamente. Te pidió tiempo para solucionar un asunto y es justo lo que se está haciendo.

Yo apreciaba mucho a James pero cuando se ponía en modo: «No pasa nada» «Ves cosas que no existen» «Das demasiada importancia a memeces», me enervaba los nervios hasta límites incalculables.

Además, los motivos eran lo de menos. Tenía que ver a Jack. Y tenía que verle… ya.

—A todo esto. ¿No hay que esperar unas horas antes de interponer denuncia?

—Eso es un estúpido mito generado en las películas. Cuanto antes se denuncia una desaparición a las autoridades, mayor es el índice de éxito.

Proferí un gruñido impropio de mi persona y me abrí paso con celeridad entre la gente que deambulaba por la acera.

—Cabezota —oí murmurar tras de mí.

Sonreí y no le rebatí pues en eso tenía razón, aún no había nacido el ser que me ganara en testarudez. O eso decía mi padre…

En cualquier caso, me había propuesto poner freno a todo ese sinsentido. Era crucial mediar cuanto antes en aquel desorden que se había enquistado en nuestras vidas como un maldito cáncer.

—Te acompaño.

Y entonces, James me alcanzó, caminando en paralelo, a mi lado.

—Es grato oír eso —le observé de soslayo por el rabillo del ojo—, aunque si te soy sincera: no esperaba menos viniendo de ti.

—*Touché*.

# 44

Podrás engañar a todos durante algún tiempo; podrás engañar a alguien para siempre; pero no podrás engañar siempre a todos.

*ABRAHAM LINCOLN*

*Valentine Dunne*
*Marzo de 2019*
*Mount Sinai Hospital, Nueva York*

Como pequeñas e insignificantes piezas de un puzle, todo por sí sólo, empezó a encajar a la perfección: Bobby, la donación, Jack, el trasplante… Las fechas, las coincidencias, las mentiras, los engaños…

Incluso entonces, juro que me sentí como un puto ratoncillo blanco de laboratorio, formando parte de un calculado e insultante experimento.

¡¿Cómo demonios iba a sospechar que un día conocería a la persona que viviría gracias al corazón de Bobby?!

Nunca tuve el menor interés en averiguar quién sería el receptor, de hecho lo solicité encarecidamente y así constó en los documentos que firmé. No quise saberlo nunca. ¡Jamás!

Yo no quería eso.

¡No, joder!

¡Yo jamás pedí eso…!

Mis pretensiones habían sido mucho más banales que las de convertirme en una heroína moderna o de pretender ganarme un lugar en el cielo.

¡No, no y no! Me niego en redondo.

Después de todo, cuando me sugirieron la donación como la mejor alternativa después de una pérdida, lo cierto es que ni siquiera dediqué el tiempo necesario para meditarlo. Firmé, sin más.

¡Santo Cielo!

¡Cómo pretendían que pensara teniendo el cuerpo de mi marido de veintinueve años aún caliente al otro lado de la puerta!

Y, pese a mi negativa moral, accedí.

Di mi consentimiento, sin más, como una marioneta guiada por las cuerdas de un titiritero a su antojo…

Firmé, sin deparar en que habría un día después a ése.

Jamás pensé que estaba jugando a ser Dios, manipulando el destino a mi libre albedrío. Cambiando el futuro; virando las vidas de varias personas al mismo tiempo…

Tanto se me encogió el estómago que podría caber en el interior de mi puño.

Yo, Valentine Dunne. ¡Jugando a ser… Dios!

Matt esperó en la sala de juegos habilitada para los menores mientras yo buscaba respuestas en la habitación once de la cuarta planta del Mount Sinai Hospital.

Abrí la puerta, con cautela. Girando el pomo lentamente e inspiré hondo.

Recuerdo el momento en el que, tras cruzar el umbral, nuestras miradas se encontraron a media distancia.

Jack, aquel hombre atractivo de mediana edad, ojeroso y de barbilla hendida quien se hallaba postrado en la cama, se removió nervioso y las láminas de madera del somier crujieron bajo su espalda.

Ni siquiera esperé su beneplácito para ajustar la puerta, cruzar la minúscula estancia y situarme frente de él.

Entré.

De inmediato, él habló:

—Valentine, ¿no prefieres tomar asiento? —Gorjeó y su voz ronca y cadente se entremezcló con el runrún de las silibancias[4].

—No será necesario, no estaré tanto tiempo.

Ni siquiera su aparente fragilidad, ni su compasiva mirada de buen tío lograron ablandar la profundidad de mis entrañas.

Mi intención era simple. Tan simple como una breve toma de contacto con el dentista para evaluar el estado de tus piezas dentales.

—Por mí, bien. —Añadió él con aire cansado.

Silencio.

Al desviar la mirada a su pecho, por una extraña razón a la mente acudieron imágenes de momentos que había compartido con Bobby. Todas ellas desordenadas, sin criterio, sin filtro: nuestra primera pelea. La noche del callejón. Dormir abrazados, cuerpos desnudos, piel con piel. Mentiras, mentiras, mentiras. El nacimiento prematuro de Matt. Lluvia. Días grises. El juego, las apuestas, las malditas apuestas. Sus contados: «Te quiero». Mentiras, engaños, mentiras. Sol. Días de caravana. La ruta 66. Promesas incumplidas. Sueños rotos. Soledad… Sus palabras: «Mi Valentine…, mi rebelde y preciosa Valentine.»

—¿Por qué Jack? ¡¿Por qué…?!

Tragué saliva con rabia.

—Por más que me lo pregunto, no comprendo por qué tuviste que inmiscuirte en nuestras vidas… ¿No te bastaba con continuar con la tuya? —Cogí aire con dificultad— Ya tenías lo que querías: un corazón. El corazón de mi marido. Acaso, ¿eso no te bastaba?

Esperó unos segundos antes de responderme; unos segundos que parecieron siglos…

—Puede que jamás logres entenderme y no pretendo que te pongas en mi lugar —empezó a decir con expresión tensa y los labios ligeramente apretados—, pero cuando alguien desconocido de forma altruista te tiende la mano y te saca de las fauces de la muerte… No entiendes por qué

pero… pero, sientes la imperiosa necesidad de buscarlo, de saber quién es, de… ¡No sé! Tal vez de agradecerle la vida.

Negué con la cabeza aguantando las terribles ganas que tenía de llorar, lo que decía no tenía ni pies ni cabeza.

—Y, cuando te vi por primera vez en Dreams & Coffee Bar. ¡Oh, Dios! Me ocurrió algo indescriptible. Pude experimentar algo que jamás había sentido. Algo distinto, algo que a día de hoy aún sigo sin determinar.

Posó su mano en su pecho izquierdo y clavó sus penetrantes ojos en los míos.

—Algo… muy extraño. Llamémosla: una especie de conexión inusual. Y fue entonces, en ese preciso momento cuando empezó mi calvario, fue cuando…

Carraspeó.

Tosió en su mano repetidas veces y luego bebió de un vaso de plástico que descansaba en la mesita de noche.

Por la expresión de su rostro, me dio la impresión de que esos inofensivos sorbitos de agua le estaban provocando náuseas y dolor.

—Quiero decir, que… que, todo lo que tenía planificado: el cómo llegar a ti, el cómo darte las gracias y el cómo volver de nuevo a mi vida, se fue al traste en cuanto te vi.

Negué con la cabeza.

—¡Basta, eso es ridículo! —Repliqué bruscamente, poniéndome en pie de guerra. Quería que se callara, que dejara de decir sandeces, de buscar pretextos a todo lo que había hecho. ¡Basta ya! — Te equivocas si crees que accedí a la donación sólo para que más tarde, alguien me diera las gracias.

Jack suspiró angustiado.

—¡Qué pena! Me temo que no has comprendido nada de lo que he intentado explicarte pues sigues sin entenderlo.

—Quien no lo entiende eres tú Jack. No me debes nada y no espero nada de ti. ¡Nada! — Empecé a notar como mis ojos se anegaban en lágrimas— Tardé demasiado tiempo en asumir que mi marido había fallecido y que jamás volvería a verlo. En asumir que toda la vida que habíamos planeado juntos, se fue a la mierda en un chasquido de dedos.

Me enjugué los ojos con la manga de la camisa y retomé el aliento.

—¡Mierda…! —Resollé apesadumbrada— Sé que Bobby no era un hombre ejemplar y que además, tenía múltiples defectos. ¡Millones! Pero… era el hombre que había elegido para compartir mi vida. Bobby Taylor era mi vida. Toda mi vida…

Sorbí por la nariz en dos ocasiones.

—Los días sin su compañía han sido muy complicados: vacíos. Te aseguro que la soledad sin ser elegida es espantosa y una batalla perdida de antemano.

Mi voz se quebraba por momentos, incluso temí no poder acabar de hablar.

—Y ahora cuando trato de seguir adelante sin él, de repente apareces tú, de la nada. Inmiscuyéndote en mi vida, y… poniéndola patas arriba. ¡Obligándome a revivir de nuevo todo! A retroalimentar los momentos dolorosos que ya creía tener enterrados bajo tierra…

—Siento oír eso… —dijo, interrumpiéndome— Esa jamás fue mi intención, créeme. Quise llegar a ti sólo para saber que estabas bien. Cerciorarme de que eres feliz, dentro de la desdicha, por supuesto. Y por esa extraña razón que te he dicho, sentí la imperiosa necesidad de saber quién eras. Debía saber que eras tú, Valentine.

Justo entonces, Jack abrió su bata, dejando al descubierto la enorme cicatriz trasversal a lo largo del esternón que desdibujaba por completo su torso libre de vello.

—No, Jack, no hagas eso… No, por favor…

Rompí a llorar como un bebé y él aprovechó para agarrarme de la muñeca y atraerme hacia él con un leve tirón.

Su mano temblaba al igual que la mía.

—Por favor —dijo entrecortadamente—, siéntelo como yo. Siente como late el corazón en mi interior, Valentine.

Jack acababa de posar mi mano sobre su tórax izquierdo.

Pegué un sobresalto y me quedé muda al instante.

No supe reaccionar…

Sentí como su corazón estaba latiendo en mi mano, bajo su pecho. Fuerte, raudo, vivo…

No…, eso n-no era cierto.

¡El corazón de Bobby seguía latiendo en el interior de su pecho, del pecho de otro hombre, de otro cuerpo!

¡Bum, bum… bum, bum!

¡¡¡Era de locos!!!

—Es… indescriptible, ¿verdad, Valentine?

Alzó la vista para mirarme y su aliento rozó mis labios con una suave caricia.

Mis dedos, mi piel. Todo mi cuerpo empezó a temblar sin compás y mis dientes a castañear como si estuviera sin ropa, desnuda, como Dios me trajo al mundo, en la calle y a diez grados bajo cero.

He de confesar que una turbada e indescriptible sensación empezó a apoderarse de mí.

El aire se volvió prácticamente irrespirable a mi alrededor.

Pronto, creí ver destellos de flashes y, como una peonza, la habitación comenzó a girar a mi alrededor.

Una pausa en el tiempo, enorme y hueca nos engulló a ambos.

Tuvo que pasar varios segundos antes de que mi cerebro reaccionara al fin:

—Jack… no sigas, te lo ruego.

Proferí un singulto agudo, casi entre sollozos.

Y cuando traté de separar mi palma de su piel, él siguió resistiéndose, sujetándome más fuerte mi mano sobre el bombeo incesante de su corazón.

—Equivocado o no, ¿ahora logras comprender en parte por qué debía encontrarte aunque quebrantara las reglas morales entre personas?

A continuación, varios lagrimones brotaron sin censura de la comisura de mis ojos, deslizándose por mis mejillas y lanzándose al vacío antes de impactar contra su mano.

—Volví a nacer, Valentine.

Tragó saliva y sus ojos se iluminaron con un brillo distinto. Conmovedor…

—¿No te das cuenta? —Hizo una breve pausa antes de seguir hablando—: Tú, Valentine. Tú y sólo tú me devolviste a la vida… ¡Me concediste una segunda oportunidad!

Me enjugué los ojos con la mano libre y pude comprobar como los de él seguían vidriosos.

Ante mi Jack, sólo Jack Tucker y su eterno aspecto de tipo majo. Su porte educado, su cara recién afeitada, su estudiada y milimetrada verborrea *Harvardiense*…

Y… con sus inconmensurables ganas de devorar la vida… Las mismas ganas de devorar la vida que tenía Bobby.

—Y ahora que te conozco Valentine, ahora que sé de tu existencia, me niego a no volver a saber de ti. Necesito saber de ti, saber que estarás bien. Protegerte. Saber que no te faltará de nada, saber que serás feliz, saber que…

—Jack. —Le interrumpí entre sollozos y de un tirón logré separarme de su lado—. Ya está. Tienes razón, hice un bonito gesto altruista que ha ayudado a mejorar tu vida, pero… ya está. No eres ni mi guardián, ni mi protector, ni siquiera existe un vínculo afectivo, ni familiar para seguir unidos…

»¿No entiendes que si tú sigues formando parte de mi vida, yo jamás lograré avanzar en la mía? Jamás podré superar la soledad que siento sin Bobby. Porque…, aunque intente dar la espalda a la evidencia: en ti sigue habitando parte… —Tragué saliva—, parte de su alma. Vives gracias a él y él ya no está entre nosotros… Y eso no lo puedes cambiar. Ni tú, ni nadie.

Antes de dar media vuelta con la intención de desaparecer para siempre de su vida, le miré una última vez más, a sabiendas que me equivocaba. Pero, eso jamás lo sabré, pues la vida, la caprichosa vida, te pone a prueba cerrando caminos y abriendo senderos.

Sin embargo, a la conclusión que debes llegar es que únicamente tú eres quien tiene la potestad de elegir por el lugar por el que quiere andar, aunque sea un barrizal y haya un desfiladero al final del camino.

Y, me fui, con la angustia retorciendo mis entrañas. Pues tal vez había elegido el atajo más corto: ése sin trabas, aquel con el terreno llano, el sin baches y sin arenas movedizas. Sí, aquel más cómodo para todos; probablemente el más cómodo para mí.

No tardé en echarme a llorar, como hacía mucho tiempo que no lo hacía; quizás desde el fallecimiento de Bobby.

Y lloré, lloré con toda la rabia que tenía contenida. Lloré con todo mi cuerpo y con todo mi ser. Lloré, hasta que no me quedó ninguna lágrima por derramar. Y, porque en el fondo, muy en el fondo… quizá era mejor dejar las cosas así y pasar página, para poder empezar a olvidar.

---

[4] *Silibancias: Sonido agudo al paso del aire por los conductos respiratorios, debido a un estrechamiento bronquial.*

# 45

La esperanza es un buen desayuno pero una mala cena.

*FRANCIS BACON*

*Julia Tucker*
*Marzo de 2019*
*Mount Sinai Hospital, Nueva York*

¡Maldito presentimiento!

Algo en mi interior me alertaba de que Jack no se encontraba bien. Y, desafortunadamente, estuve en lo cierto.

Una inesperada llamada telefónica del centro de salud me alertó de su paradero.

Jack había sufrido una grave recaída y estaba ingresado en el Mount Sinai Hospital, en observación.

Corrí por los pasillos como alma que lleva el diablo, como jamás había corrido. No recordaba haber corrido así ni en mis mejores tiempos en el equipo de atletismo de Columbia University.

Jack me necesitaba, yo le necesitaba.

Necesitaba tanto verle… tanto.

¡Oh, Jack! No debiste irte en tu estado. No debiste alejarte de mi lado. No debí permitir que te fueras…

Jamás había sentido tanto miedo. Miedo a perderle, a no volver a verle más. A no saber más de él.

Jack, Jack… ¡Jack!

Justo en ese instante de confusión, en el momento en que buscaba desesperadamente la habitación once de la cuarta planta y me giraba para comprobar si James seguía mis pasos, me choqué contra el hombro de una persona con tanta fuerza que trastabilló y cayó al suelo.

—Disculpe… Lo siento.

Me acuclillé y traté de socorrerla.

Era una muchacha joven de pelo largo y castaño, no demasiado alta y delgada, muy delgada, asumí consciencia de ese detalle al sostenerla del brazo. Además, lo que más me llamó la atención, fueron las numerosas magulladuras de su rostro y los puntos de sutura que partían su frente.

—No pasa na-nada… —susurró al levantarse y cuando nuestros ojos se cruzaron a medio camino, vi que los de ella estaban enrojecidos a causa de haber llorado en abundancia y sin parar,

sin duda debido por un fuerte choque emocional. Lo supe por esas razones y en particular porque sus mejillas aún permanecían mojadas y su respiración acompasada emitía algún que otro hipo.

No pude evitar sentir lástima por ella y al mismo tiempo sentir empatía por su desdicha ya que estaba convencida de que yo me sentía igual.

La sensación de perder a un ser querido es el sentimiento más desgarrador y doloroso que existe.

Sí, sentí su dolor. El dolor de una desconocida, aún sin presagiar quién era realmente.

Cinco años, ese fue el tiempo que tardé en descubrir su identidad, pues aquella desconocida de mirada triste, era sin sospecharlo, nuestro punto de inflexión y la responsable de que Jack siguiera con vida.

Ella era Valentine Dunne.

# Epílogo

*Valentine Dunne*
*Cinco años después*
*Bedford-Stuyvesant, Brooklyn*

No volví a ver a Jack Tucker, ni a saber de él en años. En cierto modo cumplió mi deseo: el de no querer saber más de él.

Sin señales, sin llamadas, sin encuentros planificados ni fortuitos. Así que, de esta forma, me limité a continuar con mi vida sin echar la vista atrás pues el pasado suele tener una fea costumbre: la de dejar heridas abiertas; heridas que escuecen cuando recuerdas el por qué permanecen ahí. Por extraño que resulta, así, engañándose a una misma, todo parece doler menos, todo resulta ser más fácil y todo se asemeja a un simple sueño.

Todo, hasta que un día, el cartero deja una carta en el buzón de mi apartamento. Una carta distinta a las que acostumbraba a recibir. Esta vez, nada de facturas, nada de publicidad, ni nada en apariencia del estilo.

Confundida, la cogí y me acomodé en el sofá biplaza pero antes de abrirla, quise echar un vistazo para averiguar la procedencia. Sin embargo, ésta venía sin remitente.

No tardé ni medio segundo en rasgar el sobre pues la curiosidad se adueñó de mi calma por momentos…

En su interior, hallé una única hoja en forma de acordeón y al desdoblarla, una fotografía se deslizó y cayó.

En seguida, dejé la carta a un lado y alargué el brazo para recoger la instantánea del suelo. Ésta reflejaba la bonita y cuidada entrada de una casa victoriana, la cual estaba rodeada de un jardín privado. Y, junto a un pequeño pinar, había una niña de unos tres o cuatro años, de pelo castaño y largo, ataviada con un vestido azul de tirantes y a cuadros. Sonriente, muy sonriente. Su preciosa sonrisa se mostraba de oreja a oreja la cual iluminaba por completo su precioso rostro de porcelana. Me fijé mejor y me di cuenta que en su regazo sostenía a un conejo blanco con un enorme lazo rojo rodeándole el cuello.

La giré.

Y en su reverso había una nota manuscrita:

*«Lo mejor que me ha sucedido en mi vida.*

*Gracias, Valentine.*

*Jack Tucker»*

Nada más leerla, mis manos empezaron a temblar, Justo en el preciso instante en que até cabos pues esa niña pequeña… ¡era la hija de Jack!

Un súbito escalofrío recorrió todo mi cuerpo, de pies a cabeza, parecía como si la temperatura del diminuto salón de mi apartamento hubiese descendido varios grados de golpe.

Me levanté.

Corrí al cuarto de baño pues tuve la necesidad de sumergir varios segundos mi cara en el agua… Refrescar mi nuca, tratar de recuperar la compostura pues no comprendía los motivos por los que, después de cinco años sin tener noticias de él, me enviaba la fotografía de su hija.

—¿Por qué? ¿Por qué, Jack? Y, ¿por qué ahora?

Aún seguí unos minutos tratando de buscar sentido a todo ese absurdo. Sin embargo, por más que quise no hallé respuestas. Tal vez las hallara al leer la carta.

Regresé al sofá y tras sujetarla con firmeza entre mis manos. Leí de viva voz lo siguiente:

*Apreciada Valentine,*

*Soy Julia Tucker, la esposa de Jack.*

*Te ruego que leas estas líneas con atención y hasta el final, pues quisiera que supieras que fue una petición expresa en las últimas voluntades de Jack antes de fallecer el pasado verano.*

*Primero, quisiera que supieras que Jack siempre me habló de ti y siempre te tuvo en mente. Tu nombre y el de Matt siempre estuvieron presente en nuestras vidas.*

*Me rogó que te hiciera saber que para él, tú Valentine, fuiste una especie de ángel que se cruzó en su camino y le obsequió con el mayor y más preciado de los regalos: tiempo.*

*El tiempo necesario para ordenar su vida. Tiempo para reconciliarse con viejas rencillas. Tiempo para escuchar, para dialogar, para disfrutar en familia y de los seres queridos. Tiempo para dejar las cosas arregladas y para acabar de zanjar temas pendientes por terminar. También tuvo tiempo para amar y ser amado. Y lo más importante de todo para él: tiempo para conocer y disfrutar de Sarah, nuestra hija.*

*Gracias a tu decisión, la de donar el corazón de Bobby, Jack ha podido vivir intensamente y ser feliz. Muy feliz. Todos y cada uno de los días de su vida, te lo aseguro. Y no ha malgastado ninguno, porque para él cada segundo contaba.*

*Jack siempre decía aquello de:*

*«Lo importante no es el tiempo que vivas sino la calidad de ese tiempo que compartas».*

*Debo confesarte que me ha costado mucho decidirme a dar este paso, porque hasta hace muy poco tiempo no entendí su empeño por conocerte, su cabezonería por darte las gracias y su terquedad por hacerte saber que eras alguien tan crucial en su vida.*

*Pero, tras su ausencia, al fin he comprendido que era un acto muy necesario. Y no sólo para ti, sino para mí y para todos. Pero, sobre todo, para Jack.*

*Siento haber sido la mensajera de tan malas noticias, pero creí que debías ser partícipe de sus pensamientos.*

*Y ahora soy yo, quien te da las gracias por haber sido la responsable de que Jack estuviera durante ese tiempo a mi lado, a nuestro lado.*

*Sinceramente,*

*Julia Tucker*

¡Uffff!

Me costó horrores acabar de leerla pues las letras empezaron a desfigurarse ante mis ojos a causa de las lágrimas.

Me sequé la cara con la manga del pijama y sorbí por la nariz.

Debo confesar que tras dejar la carta a un lado y tragar saliva con cierto resquemor, sólo sonreí a medias. Pues por una parte, Jack había sido feliz y la fotografía de Sarah así lo atestiguaba, pero por otra parte…, él ya no se encontraba entre nosotros.

Recuerdo llorar en silencio durante bastante rato, tal vez ese fue mi particular duelo… O, porque, tal vez y sólo tal vez, después de tantos años, pude sentir en mi propia piel la angustia que padeció por encontrarme y darme su gratitud. Quizás porque sintió la necesidad de quedarse, en cierta forma, en paz consigo mismo…

Jack, el bueno de Jack, consiguió hacerme reflexionar, pues es posible que las personas en el fondo, no seamos tan independientes como creemos. Puede que cada uno de nosotros seamos parte de un Todo y la vida, nuestra vida, tal vez sea simplemente un punto de un círculo el cual debe ser completado.

Es obvio que todo lo que hacemos tiene consecuencias, puede que no inmediatas, pero sí con el trascurso del tiempo. Y cuando donamos parte de nosotros, como en mi caso el corazón de Bobby, no solamente estamos donando vida, sino también parte del alma.

*Julia Tucker*
*Cinco años después*
*Upper West Side, Nueva York*

Aunque parezca mentira, cuando menos te lo esperas, un inesperado suceso vuelve a virar el rumbo de tu vida y, en cierta forma, a desmontar tus valores preconcebidos. Pues alguien que no esperas volver a encontrar, de la noche a la mañana, irrumpe en tu estructurada, estudiada y organizada realidad, dándole un cáliz algo distinto y, por qué no, un color especial.

¿Pretenciosa osadía? Tal vez. Pero gracias a esa actitud y a los impredecibles caprichos del destino, un buen día ese alguien decidió acortar las distancias y presentarse en mi casa sin previo aviso.

—¡Mamiiiiii, mamiiiiiiiiii! Llaman a la puertaaaaaa… —oí la voz de Sarah alejarse tras echar a correr desde el pasillo al salón y después en dirección al recibidor de casa.

Sarah Tucker a pesar de tener tan sólo cuatro años, ya era todo un terremoto de sensaciones, quien había heredado muchos de mis defectos, como por ejemplo el perfeccionismo extremo por

las cosas y los dotes de mando hacia los demás, aunque sabía cómo contrarrestarlo muy bien pues además había heredado las cualidades de Jack, como por ejemplo la gratitud y las palabras afables, la amabilidad con el prójimo y su eterna sonrisa angelical que era capaz de derretir al más gélido de los corazones.

Así que, sin demorarme un solo instante, dejé todo lo que estaba haciendo y salí a su encuentro para tratar de pillarla antes de que me volviera a desobedecer, a sabiendas de que ese hecho conllevaría una buena regañina.

Pero, como de costumbre, llegué tarde pues la puerta ya estaba abierta y Sarah expuesta a unos desconocidos.

«Nota mental: echar el pestillo para evitar que vuelva a pasar.»

—¿Quiénes sois? —Oí pronunciar esas palabras a través de su vocecilla con cierta musicalidad, quizás debido a las clases que impartía desde hacía un año en la Escuela Juilliard, un reputado conservatorio de Nueva York.

Lo primero que hice al llegar junto ella fue apartarla del campo visual de esa gente y lo segundo sermonearla, in situ.

—¿Cuántas veces te he dicho que no abras la puerta sin estar yo presente? ¿Cuántas, Sarah?

Sarah puso morritos y empezó a enroscar un mechón de pelo en su dedo.

—No te enfades, mami…

—Chantajes emocionales los justos —le acusé con el dedo— Ya hablaremos más tarde, jovencita.

—Hola, Julia.

Al oír esa frase dejé de mirar a mi hija en el acto y en seguida miré hacia esa dirección. Sin poder evitar negar con la cabeza al descubrir la procedencia de esas palabras, pues mis ojos no dieron crédito…

Ella estaba allí, ante mí y en mi casa.

—¡Oh, Valentine! Pero, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella sonrió con timidez y luego lo hizo el joven, pues no venía sola, sino acompañada de un apuesto muchacho, de pelo castaño y ondulado, y los ojos oscuros y de mirada astuta y penetrante. Por sus características físicas deduje que se trataba de Matt, ya que tenía un asombroso parecido a Bobby Taylor, su padre. Jack me había hablado largo y tendido de esa familia, de la familia precursora que le regaló el tiempo necesario para que estuviera con nosotros y poder descubrir la maravillosa sensación de ser padre.

Confieso que por mi parte hubo un silencio atenazador pues era la última persona que esperaba ver.

Afortunadamente, Valentine al cabo de unos segundos, no demasiados, habló poniendo fin al angustioso momento.

—Julia, no sabía cómo hacerlo, sólo que debía hacerlo —tragó saliva despacio— Llevo mucho tiempo meditando la forma de llegar a ti, pero nunca era el momento. Pero, ya ves, aquí estoy…

Se encogió de hombros y miró a Matt, como si eso le diera fuerzas para seguir con su cometido.

—Quería verte en persona y darte las gracias por hacerme llegar su carta y la foto de Sarah —esta vez sus ojos buscaron los de mi hija y los abrió bastante como si acabara de ser testigo de un milagro— Esas líneas me han ayudado a responder muchas dudas y a entender los verdaderos motivos que llevaron a Jack a desear buscarme, saber de mí y de mi vida.

—Valentine, yo… —la interrumpí a pesar de querer escucharla. No sé por qué lo hice, simplemente lo hice. Tal vez porque no era muy dada a abrir mi corazón a los demás ni a permitir que otros lo abrieran conmigo— No deberías…

Lo sé. Supe que reaccioné de malas formas, como nunca debí de hacerlo. Pero aún seguía en una especie de trance emocional del que no podía salir.

Me quedé en silencio, tratando de masticar su confesión despacio para no atragantarme. En primer lugar porque nunca llevé bien el hecho de que mi marido enfermo fuese en busca de una desconocida y agradecerle de seguir vivo. En segundo lugar, aún no había superado la parte en la que Jack falleciera al cabo de unos años. Y en tercer lugar no era fácil de asumir que Valentine estuviera en mi casa, ahora, en ese preciso instante.

Todo necesita su tiempo y yo tal vez necesitaba demasiado.

—Lo siento... —dijo ella agachando la cabeza— Creo que… no ha sido buena idea… Lo siento de veras…

Valentine cogió de la mano a Matt y dio media vuelta dispuesta a volver por donde había venido.

—Espera, por favor. Quédate —miré a Matt—, quedaros. Os lo ruego. No he pretendido ser descortés… Ha sido un acto reflejo, pues no estaba preparada para una visita así y no he sabido estar a la altura de las circunstancias.

Abrí más la puerta, invitándoles a pasar.

—Entrad, por favor. Estaba a punto de preparar la merienda a Sarah. Hay té y pastas. Si te parece bien, si os parece bien —sonreí—, tal vez podríamos continuar la conversación en el salón.

Fui testigo de cómo los rasgos de ella se relajaron en parte e instintivamente, los míos también.

—Te lo agradezco —dijo Valentine.

Para no faltar a la costumbre, Sarah fue más rápida que ninguno de nosotros y se avanzó en sus actos. Sin que nadie le dijera nada, se acercó a Matt y le cogió de la mano.

—Ven, daremos té a mis muñecas…

Matt tras mirar a su madre con cara de circunstancia y pedirle con la mirada su aprobación, Valentine se encogió de hombros y luego le guiñó un ojo, dando de esa forma su beneplácito.

Pero, lo más extraño de todo sucedió una vez estando a solas con Valentine, justo en el preciso instante que ambas nos miramos a los ojos, en silencio y sin prisas.

Justo entonces, hice algo que jamás había hecho, con nadie o al menos que yo recordara.

Guiada por unos impulsos que no entendí, di unos pasos al frente y la abracé.

¿Los motivos? Jamás los supe, pero intuyo que fue algo que realmente necesitaba hacer, como si se tratara de una asignatura pendiente.

Y lo mejor de todo no fue el abrazo en sí, ni siquiera el acercamiento entre nosotras, sino la paz

interior que sentí justo después… Y confieso que aún se me eriza el vello cada vez que lo recuerdo. Fue indescriptible.

A partir de ese día, sucedieron más encuentros.

Valentine y yo nos seguimos viendo durante muchos años, cerca de diez. Compartiendo momentos y vivencias, anécdotas y recuerdos. Tuvimos la suerte de ver crecer a nuestros hijos juntas. Además, nos hicimos compañía la una a la otra y fuimos grandes amigas.

Pero, lamentablemente siempre hay un pero en todas las cosas buenas de la vida, pues todos sabemos que nada es eterno... El destino una vez más hizo de las suyas y quiso separarnos, pues Valentine Dunne, esa dulce joven sin prejuicios ni falsas apariencias, de sonrisa siempre limpia y honesta, quien miraba más allá de las almas de las personas, se reunió con Bobby Taylor hará apenas seis meses.

Y a pesar de padecer una larga y maldita enfermedad, yo, Julia Tucker, debo decir que tuve el privilegio de acompañarla en el duro camino y estar a su lado, hasta el final.

Sin soltar su mano hasta que su frágil corazón, dejó de latir para siempre.

# Agradecimientos

Deseo con toda mi alma que te haya llegado al corazón la historia de Valentine, Bobby, Jack y Julia pues bien podría ser la de cualquier persona, la de alguien que conozcas, incluso la nuestra propia…

Gracias por adentrarte en mis idas de olla y desvaríos varios, plasmados en unas hojas de papel en blanco.

¡GRACIAS, GRACIAS, GRACIAS a ti mi LOKA/O! Por adentrarte en mis historias, por permitirme hacerte sentir uniendo simples palabras, por darme permiso para acariciarte el alma, por estrujarte el corazón, por robarte mil sonrisas, por arrebatarte suspiros y en ocasiones, incluso de quererme interponer una demanda judicial por írseme la pinza o la mano y pecar de dramática en algunas escenas…

¡GRACIAS por vuestro cariño infinito!

GRACIAS… A mis amigas, María Giménez, Elisenda Fuentes, Roge Galera, Almudena González, Loli Zamora y Alicia Almazan. ¡Os quiero *forever*, chicas!

A mis compis de *office*, sobre todo a Àngel Vallès. Gracias por vuestro apoyo incondicional desde que descubristeis que amo con todo mi ser Crear Sueños.



A mis compañeras de letras, por hacer una piña y apoyarnos mutuamente.

A Marisa Amado S. por el precioso y cariñoso prólogo, que me ha emocionado profundamente.

A l@s bookstagrammers y a los grupos de las redes sociales que leéis mis libros y los reseñáis, promoviendo la lectura e incentivando a otros lectores para que sean partícipes de nuestro trabajo. Mención especial a Christian de @surfenadounlibro, @vanessa_books, @_Nira_, @pilasdelibros, @valientegarciamariajose, @mecaieunlibro, @loslibrosdetess, @magiaytinta, @m_angelespelirroja, @unmundodehistoriasfantasticas, @beatrizgomes264, @ @lectura_con_cafe, @begoseal, @izasmagu, @novelacrush, @un_libro_en_mi_mesita, @evita_berme, @miriammramz, @anitadevoradoradelibros, @entrelibrosycastillos2022, @cris_bealo, @lourdes.andresgarcia, @marirosales_74, @manelafer, @mirnita_coni, @silviasaje, @mayka_conesa, @marien_f_sabariego, @naisagodes, @lareinadeloslibros, @entrealmasmaribelmabel, @dreamingofmimibooks, @beli_novelas, @eva_y_suslocuras, @desmontandolibros, @entrelibrosygirasoles, @anag.castellar, @danielaysuslibros, @la_terraza_del_libro, @booksandmark, @protolunaig, @ro_perdidaentrelibros, @eli.p.r., @librosqmencantan, @promocionesesther, @mayka369, @miespaciodelectura,

@nymmynbooks, @el_desvan_de_noa, @laratitadelibros, @libros_magia_pasion, @mruano_mjose, @lionela23, @norte_literario, @rocanilla, @lupitareadsbooks_, @buceandoentrehistorias, @lectogramers, @monicacostasb, @monica_martinezsanchez, @mapiboix, @locasdelmundo4, @chapoteando.en.letras, @kelita.books, @marimarpintor, @reino_de_libros_26, @mydreamergirl, @bailandoconlibros, @divina_lectura_paty, @lacolinadelosgatos, @montbdn, @relatosdemara, @cuci¡ocandas, @xicade_frases, @beatrizgomes264, @meryrangeloficial, @loslibros_delaura, @naiarasanchez.escritora, @fernandezdiazbelen, @evvstay, @rocio.librosyscrap, @anna.gils.writer, @johannamartinez8895, @entrelibrosyplancha, @garbival, @mesumerjoentrelibros, @txaro83, @anamomentsmetro, @marivicas5, @reina_de_los_libros, @lilith_lectora, @lalibreriadeoih, @vykamurias, @amaluma0, @manuelmiguelgarcia7647, @marisa_amado_rodriguez, @lorebooksstars, @melanireads, @redblossomwriter, @lauramendolazaro, @sofybook1, @navalucillera_lorena, @sanmartin223_leo_luego_existo, monicadelatorre_author, @raquel75mr, @minervafj72, @elrincondearan_, @trigollorca, @ y ¡millones más!

A l@s organizadores de los eventos a los que asisto y en los que disfruto como una enana, Ainhoa S. Gómez, Miguel Ángel Gash y Tanya Martins de Book's Wings Barcelona; Carolina Galobardas de Your Stories Market Barcelona; María José y Noa de Devoralibros Barcelona y muchísimos más.

A las organizadoras de las LV, en especial a @librosviajerosylibres por conseguir que las novelas viajen por toda la geografía española y vuelvan a casa cargadas de regalitos, mensajes, dibujos, post-its, comentarios maravillosos *I love you so much!*

A Isidro Santos, por cederme siempre un hueco y parte de su tiempo para hacerse eco de mis novelas en su sección de Radio Vermut. ¡Eres muy grande y un comunicador excepcional!

Como siempre, solo me queda dar las gracias a mi hijo, Aleix Subirà, que no por ser el último en la lista es el menos importante; al contrario. Él es mi vida completa y mi razón de existir, la sangre que corre por mis venas, el aire que exhalo a cada segundo. Él es mi pasión y mi sueño. Por él merece la pena todo: las noches en vela, comer a deshoras, la impotencia de no hallar la palabra adecuada. Por él, y solo por él, merece la pena seguir luchando, creando sueños para vosotr@s...

¡Gracias infinitas, de todo corazón, por hacer de mi sueño una hermosa realidad!

Nací en Barcelona en 1974. Diplomada en Ciencias Empresariales por la Universidad Pompeu Fabra de Barcelona en el año 2006, me considero contable de profesión, aunque escritora de vocación.

A principios de 2013 me decidí por fin a tirarme de lleno a la piscina y sumergirme en mi primer proyecto: la saga «Loca seducción». Todo empezó como un divertido reto a nivel personal, que poco a poco fue convirtiéndose en mi gran pasión: crear, inventar y dar forma a historias, pero sobre todo hacer soñar a otras personas mientras pasean a través de mis relatos.

*Encontrarás más información sobre mí y mi obra en:*

Facebook: *evapvalenciaautoranovela*

Instagram: *@evapvalenciaautora*
Web: *www.evapvalencia.com*







**Atrévete a sentirlas en tu propia piel**
**www.evapvalencia.com**

# Datos de interés

Cuando una persona se plantea la posibilidad de ser donante y decide hacer donación de sus órganos y tejidos con el fin de que sean trasplantados para ayudar a otras personas, la primera cosa que tiene que hacer, y la más importante, es comunicar su decisión a la familia y los amigos más íntimos. Ellos serán los primeros a quienes se consultará la posibilidad de la donación después de la muerte, con el fin de respetar la voluntad del o la donante.

También existe el carnet de donante para que sea el testimonio de tu decisión.

* * *

La Organización Nacional de Trasplantes (ONT) indica que España alcanzó los 47,3 donantes por millón de población (p.m.p.) en 2018.

# Índice

Prólogo 7

Primera parte
Vidas cruzadas

1 11
2 21
3 29
4 37
5 45
6 55
7 61
8 73
9 79
10 85
11 93
12 95
13 101
14 109
15 121
16 131
17 139
18 143
19 153
20 155

Segunda parte
Punto de inflexión

21 161
22 163
23 167
24 171
25 177

26 183
27 189
28 195
29 199
30 203
31 207
32 209
33 213
34 217
35 221
36 227
37 231
38 237
39 241
40 247
41 259
42 263
43 267
44 269
45 277
Epílogo 281
Agradecimientos 291
Datos de interés 297